



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores *Amador de los Ríos*, Alarcón, Arce, Sra. *Avellaneda*, Sres. *Asquerino*, Anón (Marqués de), *Alvarez* (M. de los Santos), *Arnó*, *Ayala*, *Alonso* (J. B.), *Araquistain*, *Anchorena*, *A. Buene*, *Aranda*, *Ariza*, *Arrieta*, *Balaguer*, *Baralt*, *Barzanallana* (marqués de), *Beerra*, *Benavides*, *Bona*, *Borao*, *Borrego*, *Bueno*, *Bremón*, *Bretón de los Herreros* (Manuel), *Blasco*, *Calvo Asensio* (D. Pedro), *Camuamón*, *Canus*, *Canalejas*, *Cañete*, *Castela*, *Castro y Blanc*, *Cánovas del Castillo*, *Castro y Serrano*, *Calavia* (D. Mariano), *Calvo y Martín*, *Cazurro*, *Cervino*, *Cheste* (conde del), *Collado*, *Cortina*, *Corradi*, *Coimero*, *Correa*, *Costa*, *Cueto*, *Sra. Coronado*, *Sres. Calvo Asensio* (D. Gonzalo), *Cañamaque*, *Dacarte*, *Díaz* (José María), *Díaz Pérez*, *Durán*, *Duque de Rivas*, *Echevarría* (J. A.), *Espin* y *Guillen*, *Estrada*, *Enecaray*, *Equiz*, *Bacosa*, *Estrella*, *Eulate*, *Fabre*, *Ferrer del Río*, *Fernández y González*, *Fernández Guerra*, *Fernández de los Ríos*, *Fernán Toro*, *Flores*, *Figuerola*, *Figuerola* (Augusto Snares de), *García Gutiérrez*, *Gavangos*, *Gaiete de Molina* (D. Javier), *Graells*, *Giménez Serrano*, *Giron*, *Gómez Marín*, *Güell* y *Renté*, *Güelvenza*, *Guerra*, *Incengas*, *Hartzenbusch*, *Iriarte*, *Zapata*, *Janer*, *Labra*, *Larra*, *Larrañaga*, *Lasaia*, *Lezama*, *Lopez Guizarro*, *Lorenzana*, *Llorente*, *Lafuente*, *Macanaz*, *Martos*, *Mata* (D. Guillermo), *Mata* (D. Pedro), *Mané* y *Flaque*, *Medina* (D. Tristán), *Mercio*, *Montesinos*, *Molins*, (Marqués de), *Muñoz del Monte*, *Ochoa*, *Olabarria*, *Olabarria* y *Huarte*, *Orgáz*, *Ortiz* y *Pinedo*, *Olozaga*, *Pañacio*, *Passaron* y *Lastra*, *Pascual* (D. Agustín), *Pérez Galdós*, *Pérez Lirio*, *Pi* y *Margall*, *Poey*, *Reinoso*, *Retes*, *Revilla*, *Ríos y Rosas*, *Rivera*, *Rivero*, *Romero* *Ortiz*, *Rodríguez* y *Muñoz*, *Rodríguez* (G.), *Rosa* y *González*, *Ros* de *Oiano*, *Rossell*, *Ruiz Aguilera*, *Sagarminaga*, *Sanz Pérez*, *Sanz*, *Salvador* de *Salvador*, *Sáimeron*, *Sanroma*, *Seigas*, *Segovia*, *Serrano Alcazar*, *Sellés*, *Tamayo*, *Trueba*, *Tubino*, *Ulloa*, *Valera*, *Veles de Meirano*, *Vega* (*Ventura de la*), *Vidart*, *Wilson* (baronesa de), *Zapata*, *Zobel*, *Zaragoza*, *Zorrilla*.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Diciembre de 1883.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificación.
 Redaccion y Administración, Jacometrezo, 63.

SUMARIO.

Revista general, por Hoe.—LA AMÉRICA, por D. Eusebio Asquerino.—Reformas de los ferro-carriles, (conclusion), por D. P. C. Calvo y Martín.—El humanista Juan Reuchlin, por D. Juan Fastenrath.—Visita á los muertos, por D. Tristán Medina.—Frases, por D. Alfredo de la Escosura.—Don Vicente García de la Huerta, por D. Nicolás Díaz y Pérez.—Crónica científica, por D. P. Ruiz Allistur.—Bibliografía, por D. Eugenio de Olavarria y Huarte.—Folk-lore: cuentos populares, por D. A. Machado y Alvarez.—Elegía: Cancion: Las palomas, por D. Luis Romero y Espinosa.—Un momento: Anacoreta: A María, por J. A. Torres Salvador.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

¡Un año más! Un nuevo grano de arena que se desprende en el reloj con que cuenta el tiempo los días de la vieja humanidad. La fiesta tradicional de Noche-Buena viene á terminar felizmente esa larga sucesion de noches malas que el hombre pasa en la desesperacion. Otra vez, y con la monotonía de esta existencia tan cansada, vuelve á comenzar en el establo de Belén el hermoso poema de la Redencion que termina en la cumbre del Calvario. ¡Días felices para los niños que insensiblemente se deslizan por la pendiente de los años; días de recuerdos dolorosos para los que, no teniendo perspectivas risueñas á la vista, tornan los ojos atrás y se abisman en la contemplacion de lo pasado! Todas estas épocas del año que periódicamente se repiten sin que falte á la cita ni una sola, evocan recuerdos, mecen ilusiones, truecan esperanzas bellísimas en escuetas y tristes realidades. Pero no hay quien no las ame, quien no espere su acostumbrada vuelta con ansiedad, quien no las reciba gozoso. Cuando se alejan, dejan suspensa al alma que quisiera rasgar el velo misterioso que oculta á los hombres el secreto del porvenir; en presencia de lo que aquel año se ha conseguido, empuñanse los obcecados en deducir lo que les dará el año que empieza. Dentro de poco, de muy poco, vamos á proponernos empezar una nueva vida como parece reclamar el año nuevo, segun reza el antiguo proverbio castellano. El año 1883 termina... ¡quién sabe si dentro de trescientos sesenta y cinco días podremos decir lo mismo del 84!

En esta época en que aún el más preocupado echa cuenta de sus pensamientos y sus actos durante los doce meses trascurridos, tambien nosotros, si no temiéramos cansar á los lectores de LA AMÉRICA, deberíamos repasar en nuestra memoria cual há sido en este tiempo la marcha de la política española, á la que hemos seguido paso á paso en estas columnas á través de los senderos tortuosos porque ha atravesado. Y á fé que esta ojeada

da retrospectiva no carecería de provechosa enseñanza para aquellos que sienten can-adas sus fuerzas y perdida su fé en la libertad, pues les demostraría hasta la evidencia cómo son vencidos los que tienden á mixtificarla y hacen traicion á sus hermosos ideales.

Dió principio el año con la crisis, en virtud de la cual tuvieron acceso los señores Gamazo, Nuñez y Romero Giron, con lo cual parecia entrar en él el elemento más liberal y aun el democrático alejado hasta entonces del Poder, y el país esperó algo bueno de la gestion de esos ministros; y aunque sin abandonarse á una escesiva confianza creyó posible lo que de tan veras deseaba: el cumplimiento de solemnes compromisos que habia olvidado el señor Sagasta, cual si en la Presidencia del Consejo hubiera aquella maravillosa agua del Leteo que hacia perder la memoria. Nuevamente salieron fallidas las esperanzas del partido liberal. Los hombres de quien con tanta impaciencia aguardaba actos más en armonía con sus aspiraciones legítimas que los realizados hasta entonces, llegados á las altas esferas del Ministerio pusieron todo su cuidado, todo su afán, todas sus miras, en un sólo y único propósito: la prolongacion de su existencia. Viviendo al día, sin programa que desarrollar, sin criterio alguno sobre cualquiera de los puntos más importantes sometidos á su consideracion, la existencia del Gabinete no fué conocida por nadie, pues nadie se podia convencer de que aquellos ministros se movian, hablaban, tenian ideas como los demás hombres. Los resultados de aquella política excepcional, pero extremadamente excepcional, son conocidos: quedaron por desgracia demasiado grabados en la memoria para que ya estén olvidados: en el interior, el desasosiego, el malestar, traducidos en los levantamientos de Badajoz, Santo Domingo y la Seo; en el exterior, el recelo, la desconfianza, traducidos en la situacion harto difícil creada al rey en la rue Lafayette, de París. La opinion, que tiene mucha fuerza cuando sin atender á parcialidades apasionadas juzga sólo con arreglo á la conciencia general, se levantó indignada contra aquella situacion insostenible, y el señor Sagasta no tuvo más remedio que resignar el mando del Gobierno, como dos años antes se habia visto precisado á hacerlo el señor Cánovas y la situacion fusionista cayó por sorpresa y á espaldas del Parlamento, del mismo modo que habia sido llamada al Consejo de la Corona. Y dejó de ser aquella sombra de libertad falsificada que respiraba penosamente bajo la dominacion de los ex-constitucionales.

Exigencias de la opinion, que no en balde hace

oir sus acentos á los altos poderes constituidos, llamaron al poder á un partido nuevo, jóven y robusto, de ideales generosos, más á propósito para desvanecerse en las esferas puras de la teoría, que á desarrollarse enérgicamente en el terreno de la práctica; partido tanto más simpático, cuanto más irrealizables se consideran sus propósitos, cuanto más imposibles se ven sus aspiraciones, pues pretender la union de la monarquía con la democracia, consagrarse á esa empresa y sacrificarse á ella en aras de la libertad, es acto digno de una agrupacion de hombres honrados y amantes del país. Todos acogieron con aplauso y ofrecieron su benevolencia al nuevo partido; hasta los conservadores, aburridos ya de las sofisterías fusionistas. Pero habia en el problema que la izquierda planteaba datos contradictorios que no podian menos de embarazar la solucion, aun dentro de su probable insolubilidad. Como si no fuesen bastantes los obstáculos naturales que en sí presenta la empresa, escrúpulos y reparos del nuevo partido, consideraciones que jamás debió tener á quien sólo en último caso y de tan mala gana arrojó en sus manos el poder, hicieron que los izquierdistas se cargasen con una mision más difícil todavía que la que forma su credo: la de acortar distancias entre los dos partidos liberales aptos para la gobernacion del Estado; la de acallar resentimientos, adormecer odios, fundir en una sola dos aspiraciones distintas y á las veces anti-téticas. Pero como hemos dicho más arriba, el exámen desapasionado de los hechos deja una provechosa enseñanza; aunque por tortuosos senderos, el que sigue la marcha de la política española durante el año 1883, vé siempre ante sus ojos enhiesta y altiva la santa imagen de la libertad; á veces eclipsada y como envuelta por nieblas espesísimas, pero siempre en pié, revelando su existencia aunque sólo sea con su sombra que vaga en el espacio, y brillando las más como un sol sobre todas las cumbres del camino.

Esta amalgama imposible de dos ideas que una á otra se repelen, porque lo que es afirmacion en la primera es negacion en la segunda, lo que aquella reclama imperiosamente lo aplaza ésta en término indefinido y por plazo que no determina, habia de redundar forzosamente en perjuicio de la democracia, y si el consorcio de ésta con la monarquía ha de hacerse, es preciso que no sufra nada la integridad de las ideas liberales. Los fusionistas habian de llevar forzosamente á la conciliacion sus preocupaciones conservadoras, el odio inveterado de su jefe á los derechos individuales, su apego de neófitos que aun creen preciso hacer

méritos por esa Constitución del 76, contra la cual protestan tanto como su filiación liberal su mismo nombre de constitucionales que tomaron del código inmortal de la revolución. Alguno había de ver mermado su credo político en la amalgama que se proyectaba; y si ambos partidos hacían concesiones, por pocas que éstas fuesen, ya bastaban á desnaturalizar el pensamiento de la izquierda. Aquí, pues, había un peligro, un peligro muy grande para la libertad. La conciliación era un eclipse forzado. Y la conciliación no se hace. Intransigencias del señor Sagasta la dificultan más y más cada día. Como si él fuera el jefe, como si él fuera el único árbitro de los destinos del país, como si en la contienda política él fuera el vencedor, como si la opinión en vez de obligarle á abandonar la presidencia del Consejo hubiera puesto en sus manos el poder supremo, el poder de atar y desatar en la tierra lo que en el cielo ha de ser atado ó desatado; manda en vez de resignarse; exige en vez de otorgar lo que se le pide; impone condiciones en vez de aceptar las que se le ofrecen; todo fiado en una mayoría revoltosa é indisciplinada que puede deshacer un decreto de disolución, que parece poseída de la manía del suicidio, á juzgar por sus actos inexplicables frente á una situación honrada, á una situación de buena fé como la que preside el Sr. Posada Herrera, y que se propone aliar la democracia con la monarquía, que era también, según antes decían los mismos que hoy dificultan esta alianza, la aspiración suprema de los fusionistas.

Desde que la izquierda subió al poder, reconocimos la imposibilidad de que la conciliación pudiera llegar á ser un hecho, si el programa de la nueva situación no había de sufrir desviación ni pérdida ninguna, porque son absolutamente incompatibles. Nuestra profecía—que no revela en nosotros aptitudes especiales para la adivinación de los sucesos por venir, pues se necesita que el deseo y la pasión cieguen para creer otra cosa—nuestra profecía va realizándose en todos sus puntos. De tal modo van poniéndose las cosas, que dentro de unos días, la conciliación será imposible, aún para aquellos mismos espíritus optimistas, que no hace mucho juzgaban fácil conseguiría.

Larga tarea, y á más de larga, enojosa, sería la nuestra si nos hiciésemos cronistas de la malhadada conciliación, que, insistimos en ello, á nada bueno podía conducir. El que, poco acostumbrado á esta lucha diaria de la política española, lucha mezquina muchas veces, tejido de ambiciones y rencores, en que sólo existe memoria para el agravio sufrido y no para la consecuencia prometida, se hallase de pronto en medio de las agitaciones corrientes, entre las intransigencias del señor Sagasta, las veleidades de la fusión y las concesiones y espíritu casi evangélico de la izquierda, seguramente que se creería trasladado á un país extraño en que todos pensaban y sentían de distinto modo á como los hombres piensan y sienten en el mundo. Impresiones distintas á cada hora, esperanzas nacidas tan pronto como muertas y sustituidas por otras más ó menos halagüeñas, la conciliación ha recorrido inmensas fases sin fijarse en ninguna de ellas. Sobre el buen deseo de los izquierdistas, claramente revelado en el Mensaje de la Corona, que en virtud de cierta ambigüedad de que en algunos de sus párrafos adolece, llegó á disgustar á los mismos izquierdistas, que no dudaron al principio en considerarlo como evidente abdicación de su política; sobre este buen deseo estaba el rencor del jefe de los constitucionales aumentando sus exigencias, no cediendo ni un sólo paso del terreno en que se había colocado después de la última crisis.

El resultado no es dudoso para nadie: la conciliación no puede hacerse. Habían de entrar en ella caracteres opuestos, ideas incompatibles, maneras distintas de apreciar el problema político. Ahí están para demostrarlo ese jefe de la mayoría á quien el Gobierno abandona la Presidencia de la Cámara persuadido de que la alcanzaría aunque el Gobierno no se la abandonara. Ahí están las distintas votaciones hechas por el Parlamento desde que se reanudaron las sesiones, y en todas las cuales ha sido derrotado el Gabinete; ahí está, sobre todo, la comisión del Mensaje en que triunfaba el señor Romero Robledo, votado por los mismos fusionistas, que antes de otorgar sus sufragios á un ministerial se los regalaban á un conservador, indisciplinándose á su jefe y adoptando soluciones contrarias á las que su propio interés reclama; ahí está, por último, la comisión de presupuestos, en la que son vencidos todos los candidatos del ministro de la Guerra, el más caracterizado dentro del nuevo partido, y el que más necesita estar representado en esa comisión, que otorgándole ó negándole los recursos que de las Cámaras solicite, puede contribuir á llevar adelante ó embarazar su política reformista en el ejército, objeto de todas sus preferentes atenciones.

Y sin embargo, aunque abundan en tanto número los ejemplos contrarios al término feliz de la proyectada conciliación, esfuerzarse los mismos que la hacen imposible con sus manejos en arbitrar nuevas componendas que tienen el mismo éxito que las componendas ya fracasadas. El Gabinete, por su parte, devora las ofensas recibidas, los desaires que continuamente lleva, y se pone, al parecer con el mejor deseo, á coadyuvar á la tarea de los componedores. Y es que todos, absolutamente todos los que en esta lucha toman parte, parecen poseídos de lo críticas que son las circunstan-

cias. A ninguno se le oculta que la situación actual es muy grave, que el peligro es grande y la seguridad escasa. Tras este período de confusión en que tanto encontrado afecto riñe en descomunal pelea, hay algo que no se distingue, algo que no se ve, algo que está envuelto en la sombra y que puede ocultar grandes catástrofes. En ese algo, cuya presencia se adivina y se teme al propio tiempo, hay un país á quien se le ha dicho que iba á procurarse una alianza entre el pueblo y la corona, alianza franca y leal de la que el pueblo sacaba la mayor suma de derechos, sin dispensarse de cumplir la mayor suma de deberes, y si no se le da lo que se le ha ofrecido, ó al menos se le demuestra prácticamente que lo ofrecido es irrealizable, ese país puede creer que se juega con sus intereses y alzarse en son de queja contra los que así le engañan; ó puede creer y tener por demostrado que dentro de las instituciones vigentes no alcanzaría esos derechos que necesita é ir á otra parte á buscarlos.

Esta es, sin duda, la razón de tantas vacilaciones, el por qué de tantas consultas que tienen sobre sí los fusionistas de la comisión del Mensaje con su jefe el Sr. Sagasta; sólo que, dominados de un lado por el miedo á la libertad, y de otro por el miedo á lo porvenir, ni tienen la suficiente virtud para formar entre los vencidos, ni la suficiente grandeza de ánimo para arrostrar las consecuencias de un fatal empeño.

Y, sin embargo, la hora terrible ha de llegar; el momento de la crisis se acerca á pasos agigantados. El dictamen de contestación está ya estendido, y en él se aceptan en absoluto, dentro del programa de la izquierda, las afirmaciones del Mensaje. Pronto, muy pronto, la fusión habrá de decidirse y dar una contestación definitiva. De esa contestación está hoy pendiente la política española. O los constitucionales se someten, y en ese caso la conciliación se hace y la crisis se aplaza, ó sostienen sus teorías reaccionarias y la conciliación, mal soldada, se rompe y la crisis se precipita. En este último caso—único que discutiremos por que es el más probable—el Gobierno es derrotado en las Cortes y ofrece al rey su dimisión. ¿Qué sucederá después? ¿Volverá el Sr. Sagasta, que ya no podrá llevar al poder ni aun el pretexto que antes proclamaba, de atraer fuerzas democráticas en derredor de la monarquía? ¿Obtendrá la izquierda el decreto de disolución y con él los medios de desarrollar todo un programa, implantar todas sus reformas y llevar á cabo el ensayo que al constituirse se propuso realizar? ¿O desconfiando el rey de la izquierda y poco satisfecho de la política anodina del Sr. Sagasta, dará el decreto á los conservadores?

Aún es pronto para contestar á cualquiera de estas preguntas. Abiertos están los puntos de interrogación: no es todavía tiempo de cerrarlos. Pero de todos modos y sea la que sea la solución que tenga el conflicto político, el año que dentro de tres días va á terminar, es, á nuestro juicio, un año provechoso para la libertad en España, porque cualquiera de las hipótesis arriba expuestas nos ha de conducir más pronto al ideal que há tanto tiempo perseguimos.

¡Vaya, pues, en paz el año 1883! Al empezar nos trajo una esperanza de libertad; al terminar nos deja una esperanza de democracia. Y no hay que decir que aquella se desvaneció á poco; por la crisis de Enero tuvimos que pasar para venir á la crisis de Octubre. Antes de que Sagasta cayera del poder hubo de demostrarse que á su lado no podía vivir ningún ministro democrático sin apostatar de los ideales de toda su vida. ¡Ojalá el año 1884 cumpla todas las necesidades de nuestra política, todas las aspiraciones de nuestra alma!

HOE.

"LA AMÉRICA."

Al terminar este año, LA AMÉRICA entra en el año vigésimo quinto de su existencia. Fundada con el elevado propósito, con el nobilísimo pensamiento de ser el apóstol ferviente, constante y decidido de los derechos inherentes á la naturaleza humana, el firme adalid de los intereses de nuestras Antillas, de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, emprendimos con ánimo varonil y generoso tan difícil campaña, difícil á sus comienzos, por los obstáculos inmensos que nos oponía la reacción triunfante en todas las esferas de la administración pública.

No cejamos ante el cúmulo de dificultades crecientes cada día por las corruptelas de vicios añejos é inveterados, por vetustas tradiciones, por la amalgama poderosa que formaban los intereses egoístas, y las ideas tenaces contrarias á nuestros principios regeneradores de la dignidad de nuestros hermanos de Ultramar, del desarrollo de sus libérrimas facultades, y de su anhelada prosperidad.

LA AMÉRICA alcanzó la gloria de iniciar las reformas políticas, económicas y sociales, que en parte han sido realizadas, especialmente en Cuba y Puerto-Rico.

Y no hacemos un vano alarde de haber contribuido eficazmente al triunfo de estas conquistas, porque los hechos han sido patentes, y además de satisfacernos el testimonio de nuestra íntima conciencia, permanece grabado en ella con caracteres indelebles nuestro sincero y profundo reconocimiento á las muestras de afectuosa deferen-

cia, de reiterada simpatía, con la que nos han favorecido aquellas provincias, y no podemos olvidar nunca el benévolo, cordial, y por qué no hemos de decirlo? el vehemente y entusiasta recibimiento con que fué honrado nuestro inolvidable hermano Eduardo, en su último viaje á la isla de Cuba.

Viven y vivirán eternamente en nuestra memoria las atenciones delicadas y exquisitas de que fué cariñoso objeto, los banquetes, los saraos, las serenatas, las ovaciones que se le prodigaron por todas las clases sociales, en la Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos, Santa Clara, en las principales ciudades, en fin, de aquella isla, cuando ocurrió el más degradado suceso, cuyo recuerdo doloroso desgarró nuestra alma, la pérdida terrible de nuestra madre idolatrada.

Nuestro querido hermano se encontraba de regreso en la Habana de su favorecida expedición, para continuarla á Santiago de Cuba y Puerto-Príncipe, cuando le hirió como un rayo tan fúnebre catástrofe.

El Sr. Echevarría, director de los ferro-carriles de la Habana, persona dignísima, dotada de un juicio reflexivo y prudente, afectuoso amigo nuestro, fué elegido, después de madura previsión, por la solicitud tierna de nuestro fraternal desvelo, para revelar el inmenso infortunio.

Reciba nuestro excelente y distinguido amigo el público homenaje de nuestra sincera gratitud, porque el infeliz Eduardo nos manifestó al llegar á esta corte, que no podíamos haber hecho elección más acertada que la del Sr. Echevarría, para anunciarle su amarga desventura.

Se abren las heridas de nuestro corazón; los dos seres que nos restaban más queridos, yacen sepultados en el mismo cementerio de Sanlúcar de Barrameda, y derraman lágrimas de dolor sobre tan tristes despojos de la inexorable parca, una fiel esposa y unos hijos desolados.

Hemos continuado la tradición gloriosa de LA AMÉRICA á costa de rudos y perseverantes afanes, con desinterés constante y abnegación austera.

La guerra fratricida que ensangrentó nuestras Antillas engendró tantas catástrofes y derrumbó tantas fortunas, perjudicó enormemente á nuestra Revista; pero ha sido tradición persistente de nuestra liberal familia el sacrificio sin tasa de todos los intereses materiales por el culto, sin límites, de los nobles ideales, de la libertad y del progreso.

En nuestra ya larga, avanzada vida política, podemos levantar al menos nuestra frente serena, sin que la empañe la más leve sombra de codiciosos pensamientos.

Podemos ostentar este título de nobleza sin farsante petulancia, como sin falsa modestia.

Establecidos estos principios fundamentales, hemos de seguir en el mismo camino, proclamando la conveniencia y la necesidad de mejorar y simplificar la gestión de la administración pública en Cuba, Puerto-Rico y Filipinas, fomentando la industria, el comercio y la agricultura, empujando las vías de comunicación, y las escuelas primarias gratuitas y obligatorias, de artes y de oficios, las academias, los liceos, los institutos, las universidades, todos los centros de la civilización.

Hemos de defender la abolición gradual de los excesivos gastos de importación y exportación de los productos nacionales, hasta que desaparezcan todos los abusos que embarazan el libre tráfico terrestre y marítimo.

LA AMÉRICA se fundó, como su título lo revela, para estrechar también los vínculos fraternales entre España y las repúblicas hispano-americanas.

Nuestro hermano había representado al Gobierno español en Chile, y nombrado después para el mismo cargo en Venezuela, le dimitió al abandonar el poder, en el año de 1856, el veterano de la libertad, el ilustre pacificador de España, modelo de probidad y de virtud, el egregio don Baldomero Espartero, duque de la Victoria.

Había visitado además el Perú, Méjico y otras repúblicas, y amaba aquellos pueblos que merecieron nuestra preferente predilección, porque el que escribe este artículo se ha consagrado con frecuencia á estudiar sus instituciones, los hechos más culminantes de su historia, la diversidad de sus razas, y á enaltecer á sus hombres eminentes en la ciencia, en la literatura, en la elocuencia, en la filosofía, en todos los ramos del saber humano.

Hemos admirado sus progresos, después de haber deplorado sus convulsiones políticas y sociales, que no consideramos nunca como signos de debilidad ó de decadencia, sino como consecuencias forzadas y lógicas de una grande transformación.

Siempre las hicimos justicia, y las hemos visto con placer desarrollarse libremente, como lo demuestran nuestros juicios sobre Chile, la República Argentina, Centro-América, Venezuela y los demás estados de aquel inmenso continente.

La historia gloriosa del Perú fué evocada por nuestros recuerdos juveniles; sintiendo en el alma sus desgracias, hacemos votos sinceros para que logre con el tiempo cicatrizar sus heridas profundas, levantarse de su actual postración y volver á recobrar el esplendor de su antigua grandeza.

Respecto de Méjico, públicas fueron nuestras enérgicas protestas contra el intruso imperio y á favor de su sacrosanta independencia. Recibimos

varios testimonios de la gratitud que inspiraba nuestra tenaz oposición al gobierno invasor del territorio mejicano, de un íntegro é indomable patriótico, del austero y preclaro presidente que fué de aquella república, D. Benito Juárez, cuando éste luchaba valerosamente sin abandonar á San Luis de Potosí.

El desgraciado Maximiliano prohibió la circulación de La América, y á pesar de la pérdida cuantiosa que experimentamos en nuestros intereses materiales, no pensamos en reclamar indemnización alguna, ni solicitar el favor de Juárez, que nos le había brindado espontáneo y generoso en su destierro, cuando volvió á ser elevado por el voto entusiasta de los heróicos mejicanos al poder supremo.

Recordamos todos estos antecedentes para demostrar cuán desinteresada fué nuestra defensa de Méjico, sometido al yugo extranjero, y aunque salimos notablemente perjudicados en la contienda, celebramos con júbilo tan glorioso triunfo.

Desde entonces hemos seguido paso á paso sus conquistas morales, no ménos fecundas en bienes que las alcanzadas por sus ilustres guerreros, que como el dignísimo ministro plenipotenciario que representa á su país en esta corte, reúne los timbres exclarecidos de bravo adalid de la independencia de su patria, y la de inteligente diplomático.

Nos complacemos en rendir este doble tributo al distinguido Sr. Corona.

Y no queremos, ya que nombramos al señor Corona, pasar de ligero sin reiterar el homenaje de nuestro aprecio expresivo y de nuestra deferente consideración al elocuente orador é ilustrado ministro de Venezuela, Sr. Calcaño, con cuya amistad nos honramos.

En el Manifiesto electoral dirigido á la nación por el antiguo partido del progreso, firmado por los representantes que fuimos nombrados por Madrid y por las provincias, se debió á nuestra iniciativa la mención que se hizo en aquel solemne documento de nuestras provincias de Ultramar y de las repúblicas hispano-americanas, y tuvimos el honor de recibir las gracias más expresivas por este último recuerdo, sobre todo, del presidente y vicepresidente de nuestra Junta, los eminentes patriotas, dignos de eternal memoria, D. Joaquín Aguirre y D. Juan Prim.

También formaban parte de la mesa presidencial entonces, en el año 1864, nuestros amigos políticos del progreso, los señores D. Práxedes M. Sagasta, D. Manuel Zorrilla, D. Francisco de P. Montemar, y D. Angel Fernandez de los Ríos.

Así, desde que La América vió la luz pública, nos hemos esforzado con insistencia en desvanecer prevenciones injustas para crear relaciones de afecto mútuo de sincera amistad entre España y sus antiguas colonias, fundadas en los principios de la libertad, la independencia, la comunidad de régimen constitucional, literatura, historia, religión, lengua, raza, y en la mutualidad de concesiones y ventajas literarias y comerciales.

Hemos pretendido dar á conocer las condiciones sociales, políticas é históricas de aquellos pueblos que son nuestros hermanos.

Hoy, merced á los beneficios de la paz de que disfrutan, avanzan rápidamente por las anchas vías del progreso, impulsados por el patriotismo inteligente de los hombres de Estado que están al frente de los respectivos gobiernos republicanos, por una prensa ilustrada y celosa del bien público.

Muchos son los hombres de mérito que brillan en la literatura y en la ciencia, y no son pocos los publicistas, historiadores, geógrafos, escritores de costumbres, hacendistas y jurisconsultos que han publicado obras muy importantes que dan á conocer las verdaderas condiciones históricas, sociales, políticas, económicas é etnológicas de las Repúblicas hispano-americanas.

Conocidos son los nombres célebres del infatigable geógrafo Codazzi, Baralt, Diaz, Toro, Rojas, Calcaño, y de otros en Venezuela, de Olmedo y Villavicencio en el Ecuador, de Vergara, Gonzalez, Pinzon, Restrepo, Acosta, Plata, Ancizar, Royo, Uricoechea en Nueva Granada, del ilustre Bello, del fecundo Lastaria, Amuriátegui, Vicuña, Makenna, Sarmiento, Bilbao, La Fragua, Magariño, Cervantes, y mil más antiguos y modernos.

Hemos enaltecido la idea grandiosa, propuesta por el digno y erudito presidente de Venezuela, B. Guzman Blanco, para celebrar un congreso de los representantes de todas las repúblicas de origen español, á fin de que acuerde la union íntima y fraternal entre todas ellas, que elijan árbitros para dirimir sus contiendas interiores, y nos ha complacido mucho más por haber abogado con pertinaz perseverancia en La América, en la imperiosa urgencia de adoptar tan patriótico acuerdo.

Pero continuaremos insistiendo en los inminentes peligros que amenazan á aquellas repúblicas por la ambición desmedida de los Estados Unidos, que tiende á absorberlas, ya por medio del Istmo de Panamá, como por los ferro-carriles de Méjico.

Amamos mucho á aquellos Estados para que no les escitemos á precaverse con vigilante firmeza de las asechanzas contra su independencia, dirigidas por una raza vigorosa y astuta, que no tiene nada de comun con las expansiones del entusiasmo, del franco y espontáneo impulso que caracteriza á la nuestra.

Las enseñanzas de la historia, las lecciones dolorosas del pasado deben servir de luz para el presente, y de prevision para el porvenir, porque deseamos un porvenir de estabilidad, de progreso y de verdadera libertad para las quince repúblicas que deben concertarse y defenderse mútuamente de las agresiones exteriores, y tengan siempre fijas sus miradas en la república del Norte.

La union de España y de Portugal es uno de nuestros antiguos ideales. Emigrado al vecino reino el autor de nuestros días, despues de la reaccion sangrienta del año 1823, por haber sido ayudante de campo del capitán general de Cataluña D. Francisco Espoz y Mina, se concertó con varios jefes y oficiales del ejército lusitano que odiaban también el despotismo de D. Miguel, y acariciaron la patriótica idea de la *Union Ibérica*.

Descubierta la conjuración, nuestro infortunado padre que, por su clase de coronel, había sido nombrado jefe del depósito de oficiales de Peniche, fué preso y sepultado con sus compañeros en el último departamento del navío averiado de San Sebastian, donde sufrieron los más terribles tormentos; salvados de la muerte á que habían sido condenados por la aparición del general Saldaña, y de D. Pedro de Braganza, que renunció en su hijo el imperio del Brasil, y voló á Portugal á combatir contra la tiranía de su hermano don Miguel.

Nuestro padre peleó al frente de los cazadores de Oporto á las órdenes de D. Pedro, que era ardiente partidario de la union de las dos naciones peninsulares.

Educado en estas ideas, en los albores de nuestros juveniles años, las defendimos en un periódico titulado *El Peninsular*, y las hemos proclamado en *La América*.

Solo el trascurso del tiempo y el convencimiento íntimo de los dos pueblos, podrá desvanecer las preocupaciones hoy profundamente arraigadas, y afirmar en el porvenir la célebre máxima del elocuente autor del libro de los oradores, M. Cormenin, que al tratar de la centralización decía: «Que unidas España y Portugal, por la ley política, como lo están por la ley de la naturaleza, no estallarían un cañonazo en Europa sin su permiso.»

Ese peñon de Gibraltar es una afrenta para España, y Marruecos es refractario á la civilización. Allí está también el ideal de nuestras aspiraciones.

Pero lo que importa hoy á nuestra patria es desarrollar, en el seno de la paz y de la libertad, el comercio, la industria y la agricultura, fomentar la canalización de nuestros rios, que fecunden tierras estériles, poblar de colonias agrícolas muchos de nuestros desiertos, para que adquieran trabajo en nuestro país los millares de seres infortunados que emigran al Africa y América para sucumbir los más lejos del suelo en que han nacido.

Difundir la enseñanza, educar al pueblo para que ejerza con acierto sus derechos y sepa elegir á los que han de dictar sus leyes al país, á los ciudadanos probos é inteligentes, amantes del bien de la nación, son principios que siempre hemos defendido.

Somos ya muy antiguos adalides del progreso y de la democracia, amamos la libertad en todas sus manifestaciones, queremos todas las reformas políticas, económicas y sociales que reclama el espíritu del siglo, y tributamos nuestro homenaje más sagrado á la unidad de la patria; *Españoles sobre todo.*

EUSEBIO ASQUERINO

REFORMAS DE LOS FERRO-CARRILES.

SUPERIORIDAD DE LA VIA ESTRECHA Á LA ANCHA.

Los ferro-carriles del porvenir.

VIII Y ÚLTIMO.

Voy á citar, para que se vea nuestra imparcialidad al estampar en estos artículos datos de nuestros adversarios, algunos números que atañen al coste y aplicación, *prácticos*, relativos de la fuerza motriz sobre ferro-carriles del ancho de 6 pies tomados de una Memoria del general Mc. Callum, sobre la vía de Nueva-York y Erie; superintendente que fué de ella, y en la guerra separatista administrador general de todos los ferro-carriles militares de los Estados-Unidos, persona de gran reputación y de mucha más experiencia en estas materias, convenimos en ello, pero apegado á rancias costumbres, á la ordenanza con su rigorismo y al pasado.

Resulta de ella:

1.º Que una máquina de 66,050 libras inglesas de peso, con un peso de 40,050 sobre las ruedas motrices, arrastró un tren compuesto de 100 wagones cargados de 3,423,450 libras de peso, á distancia de 1 milla, con un desnivel de 6,14 pies y una curva de 5,730 pies de radio, en 11 1/2 minutos.

2.º Que la misma máquina arrastró un tren de 22 wagones, cargados de 753,082 libras de peso, á 1 milla, con un desnivel de 60 1/2 pies y una curva de 1,146 pies de radio, en 6 1/2 minutos.

3.º Que la misma arrastró otro de 25, cargado de 870,250 libras, á 1 milla, con 52 pies de desnivel, una curva de 1,146 pies de radio, en 9 minutos.

4.º Que la misma arrastró 23 wagones, cargados con 800.330 libras, á 1 milla, con 60 pies de desnivel y una curva de 1,637 pies de radio, en 5 minutos.

5.º La misma arrastró 24, con carga de 821.544 libras, á 1 milla, con desnivel de 60 pies sin curva, en 5 1/2 minutos.

6.º La misma siguió arrastrando el mismo tren, á distancia de otra milla, sobre 58 pies de desnivel y pasando por una curva de 3 grados y medio por 100 pies, en 8 1/2 minutos.

Tampoco olvidaré poner aquí, para que los lectores puedan compararlos con otros relativos á vías estrechas, que no son ni teóricos ni hipotéticos en lo tocante á resultados prácticos con el ancho de 4 pies 8 1/2 pulgadas, un extracto detallado relativo al trabajo que ejecutaban ciertas máquinas que se empleaban hace diez años en los Estados-Unidos, y el cual fué comunicado por el ingeniero norte-americano M. H. Stanley Goodwin, superintendente del ferro-carril de Lehigh Valley. De él resulta:

«1.º Que las máquinas que se suelen emplear sobre esa línea son de dos clases: primero, la máquina ordinaria de 10 ruedas, de 76.400 á 78.000 libras de peso con combustible y vapor, de las que 61.000 á 63.000 libras cargan sobre las 6 ruedas motrices, y las restantes sobre el tren delantero; segundo, las llamadas «Consolidacion», de 86.000 libras de peso, con combustible y vapor, de las que 76.000 cargan sobre 8 ruedas motrices de 4 pies de diámetro.»

«2.º Peso medio de los wagones de mercancías sobre dicho ferro-carril, es de 3 4/10 toneladas cada uno, y que el peso útil por término medio que carga cada uno es de 5 4/10 toneladas, lo cual da por resultado un peso total de wagon con carga de 8 8/10 toneladas: (pero este hecho, además de estar en contradicción con la hipótesis que hacen nuestros adversarios, obsérvese que en él la carga útil no la transporta el wagon, sino en una sola dirección, de modo que el peso productivo por milla recorrido no es más que 2 7/10 toneladas)»

«3.º Que el tráfico más pesado que hay sobre ese ferro-carril, es sobre un espacio de 46 millas, en donde la vía es horizontal, ó descendente, á razón de 20 pies por milla, y que sobre este trozo hay muchas curvas de 955 pies de radio.»

«4.º Que sobre este trozo de la vía, una máquina puede arrastrar con la misma facilidad cuesta abajo el mismo número de wagones cargados que la misma máquina puede arrastrar vacíos cuesta arriba.»

«5.º Que este número, por término medio, suele ser, con buen tiempo, de 150 wagones, arrastrados por la máquina de 10 ruedas, y que ha habido casos en que ha llegado á 200.»

«6.º Que las «Consolidacion» han arrastrado 250 wagones sobre el mismo trozo de vía, y que probablemente podrían arrastrar más de 300, sin desarrollar toda su potencia.»

«7.º Que sobre otro trozo de 12 millas de la vía, hay un desnivel de 96 pies por milla, con curvas de 955 pies de radio. Sobre esta cuesta las máquinas de 10 ruedas suelen arrastrar 22 wagones cargados, que pesan 194 toneladas, y las «Consolidacion» arrastran 33 con 290 toneladas.»

«8.º Que sobre una pendiente, ascendente de 146 pies por milla, de 2 millas de extension, las máquinas de 10 ruedas arrastran 37 wagones vacíos de 122 toneladas de peso, y las «Consolidacion» arrastran 55 wagones vacíos de 182 toneladas de peso.»

Todos estos datos son interesantes, por cuanto ofrecen algunos detalles relativos al trabajo que ejecutan ciertas máquinas que se emplean hoy en los Estados-Unidos, pero no por otra cosa.

Para que los mismos lectores puedan formarse una opinión propia y exacta, basada también sobre hechos prácticos recogidos en las vías estrechas de 3 pies 6 pulgadas, y aun de ménos ancho, reproduciré aquí algunos datos relativos á los principales ferro-carriles de vía estrecha que ya llevan algunos años de explotación.

En el ferro-carril de Festiniog, de 1 pié 11 1/2 pulgadas de ancho, empezado en 1832 con la pendiente más pequeña de 1 por 186, y la mayor de 1 por 68,69; de 13 1/4 millas de extension, sin el ramal de Duffws de 1 milla y con 700 pies de desnivel; con curvas de 8 á 1 y 3/4 cadena de radio y 200 pies de extension estas últimas en forma parálóica; con el ancho de la vía de 8 á 10 pies: dos túneles de 60 varas (yardas) el uno y de 730 varas el otro, de ménos de 8 pies de ancho, cortados en pizarra aquél, y el grande en sianita; y con muros pedraplenes, terraplenes ó parapetos hechos en piedra seca, ó con dos muros de retención y rellenos de tierra y declive lateral de 1 por 6: con rails de doble reborde de 48,66 libras de peso por vara.

La máquina Fairlie «Little Wonder» usada en ese ferro-carril en miniatura del Condado de Gales, en Inglaterra, desde 1869, esta montada en trenes de vapor delanteros, teniendo cada tren 4 ruedas acopladas de 2 pies 4 pulgadas de diámetro, con un peso de 19 1/2 toneladas, la cual arrastra 118 wagones de viajeros, pizarra y mercancías de 127 1/2 toneladas cuesta arriba; y cuesta abajo el peso total del tren con la máquina es de 336 1/2 toneladas, y de éstas 230 son por lo ménos peso productivo, y esos trenes miden 1.200 pies de longitud, y se va en ellos por lo ménos con tanta comodidad, velocidad y seguridad como en los trenes sobre vías de 4 pies 8 1/2 pulgadas; y esas máquinas gastan un 25 por 100 ménos de combustible que las ordi-

narias, caminando 30 y 36 millas por hora aquellas.

En ese año viajaron 97 000 personas, hubo 18.600 toneladas de mercancías y 118 132 de pizarra, habiendo recorrido los trenes 45 619 millas, y las locomotoras 50 314. Los ingresos totales subieron á 23 676 libras, 12 s., 10 d., mientras que la conservación ascendió á 10 518 libras, 6 s., 3 d., y los gastos imprevistos á 2 535 libras, 11 s., 7 d., lo que da un gasto total de 13 053 libras, 17 s., 10 d. De suerte que las ganancias en aquel año fueron de 10.662 libras, 15 s., lo que equivale á un dividendo de 29 y medio por 100 del capital primitivo, de 36.185 libras, 10 s.; ó sea un 12 y medio por 100 del capital actual, 86 135 libras, 10 s.

M. Nordling, ingeniero jefe que fué del ferrocarril central de Orleans, y desde 1869 asociado del baron de Weber, ingeniero jefe de los ferrocarriles del Gobierno austriaco, coleccionó há tiempo y publicó importantes noticias en su libro, *Stimmen über Schmalspürigen Eisenbahnen*, relativo á los ferrocarriles de vía estrecha, cuya obra tiene datos nuevos y útiles que se refieren directamente á la cuestión que se discute.

Hace en él referencia á las observaciones del ingeniero francés del cuerpo de puentes y calzadas, Mr. M. A. Thirion, acerca de las leyes francesas de 1865, relativas á las líneas secundarias, en sus *Observations sur le Projet de loi des Chemins de fer départementaux*. Se consideran hace ya tiempo como completadas las redes principales de los ferrocarriles franceses, y la ley esa tendia á facilitar la construcción de las líneas transversales para poner los distritos retirados en comunicación con las estaciones de las principales líneas, las cuales quedaban á cargo de las autoridades del distrito que atraviesan, subvencionadas por el Estado. Así se han construido varias en la Alsacia francesa y en otros departamentos, y costaron sin contar la expropiación, compra del terreno, etc., cerca de 5 000 libras esterlinas inglesas por milla; los gastos de explotación suben en más de veinte líneas por término medio á más de 384 libras y cerca de 400 por milla; con un tráfico de 640 libras por milla á 700. Los resultados prácticos obtenidos sobre el ferrocarril central de Orleans, revelan que en las líneas departamentales raras veces excede ese tráfico de 380 libras esterlinas por milla. El Gobierno y las notabilidades científicas y financieras francesas reconocieron pronto que no quedaba más recurso que hacer vías estrechas para no privar á muchos distritos de vías férreas, por ser baratas, por consentir un material móvil ligero, curvas rápidas hasta de 200 y 150 piés y menos de radio, rails poco pesados; y si bien tienen un inconveniente al adoptarlas, cual es la variedad de anchos en los puntos donde se juntan con las líneas principales, inconveniente que no es de ellas, sino del estado anterior, lo que hay que ver es si son mayores los gastos e inconvenientes que ocasiona el trasbordo de mercancías de una vía á otra, que la economía efectuada en la construcción de la vía estrecha.

Las minas de hierro y carbon de Auben á la estación de Salle-la-Source, son propiedad de la empresa de Orleans: ha hecho una vía estrecha con rails de 32 á 38 libras de peso por vara, llamada ferrocarril de Mondalazac, de 4 1/2 millas de extensión, con curvas de 130 y 328 piés de radio, y ancho de 3 piés, 6 pulgadas; dos máquinas de cuatro ruedas acopladas que pesan 9 toneladas cada una, y 70 wagones de 3,8 toneladas, es el material móvil.

| | |
|--|-------|
| Costó con material fijo, estaciones, etc. etc. | |
| Libras esterlinas..... | 2.160 |
| El material móvil subió á..... | 1.070 |
| Total..... | 3.230 |

El tráfico es hoy de unas 50.000 toneladas. Los gastos de transporte por milla eran de 1,2 dineros ingleses por milla cuando habia caballos; y hoy que hay vapor por fuerza motriz cuestan 0,6 d. El gasto de trasbordo desde los wagones de vía estrecha á la estación y de allí á los wagones de vía ancha en Salle-la-Source es de 1,5 d. por tonelada: el de explotación mayor que hubo en un año es de 4.260 libras. Si ese ferrocarril fuera hoy una línea independiente, una ganancia de 1,25 d. por milla bastaria para cubrir los gastos de explotación y dar 5 por 100 de ganancia.

Si esta línea hiciera el tráfico general de viajeros tambien, siendo de 15 millas, llevando 120 viajeros diarios, 40.000 toneladas por año, daría á razón de 1,1 d. por viajero y de 1,6 d. por mercancía, un ingreso de 448 libras esterlinas por cada milla. Se necesitarían, 12 trenes por día, 6 locomotoras, 25 coches de viajeros, 40 wagones cubiertos y 60 descubiertos que valen 2 millones de reales; añádase á ellos 1.200 libras por milla de construcción, y tendremos un capital total de 2.500 libras inglesas por milla; con una velocidad de 20 millas por hora á lo sumo y sin tráfico de noche, se pueden calcular los gastos de explotación en 295 libras por milla, lo cual dá una ganancia de 150 libras por milla ó sea una renta de 6 por 100 sobre el capital.

Después de esta reseña, el señor ingeniero M. Nordling, que aconsejó al Gobierno austriaco que aplicase la vía estrecha á todas las nuevas líneas del Estado, escribió una Memoria bien conocida del otro ingeniero francés M. Eugene Flachet reseñando los ferrocarriles de vía estrecha construidos hasta 1867 desde el de Festiniog hasta los

de Noruega y el de la Prusia renana del valle de Brocthal, y aquel constructor abogó siempre por la construcción de vías estrechas en e periódico francés *Memoires et Comptes-rendus des Travaux de la Société des Ingenieurs civils*, proyectando una línea de 6 millas, de 3 piés 3/2 pulgadas de ancho, entre la ciudad de Saint-Pourzain y la estación de Warenes en Allier, calculados todos los gastos en cerca de 17.000 libras. Siempre y cuando que el gasto del trasbordo suba á menos que el interés de la suma economizada en la construcción, estará justificada la construcción de la vía estrecha, y hasta podría emplearse una fórmula en la que teniendo en cuenta los gastos de explotación que son distintos en vías anchas y estrechas, se pudiese calcular si conviene ó no la vía estrecha, que generalmente conviene siempre que exceda su extensión de 3 millas.

En la Revista de la Asociación de ingenieros alemanes se aconseja en varios artículos y épocas la adopción de vías estrechas para que den siquiera una renta de 6 por 100; ya hace algunos años vi en ella un juicio crítico de otro opúsculo sobre ferrocarriles de pequeño tráfico, publicado en Lieja, por una comisión de ingenieros del Estado, cuya opinión definitiva es que á fin de obtener mayor economía en la construcción de sus líneas, era conveniente adoptar un ancho más pequeño que el que se emplea hoy, empleando la comisión recientemente nombrada por la administración de los ferrocarriles alemanes de hace diez años, anchos de 2 piés 5 1/2 pulgadas, y 3 piés 3 pulgadas, y únicamente en el caso de que sirva de comunicación una línea secundaria entre estaciones pertenecientes á sistemas idénticos, recomienda esa comisión el empleo de la vía ancha ordinaria de 4 piés 8 1/2 pulgadas, dando en los demás el ancho de 3 piés 3 pulgadas á 6 pulgadas á lo sumo, pendientes de 0,025 por uno, curvas de 200 piés de radio, rails de 38 á 42 libras, 9 pulgadas de espesor de balasto, máquinas de 20 toneladas, velocidad de 20 millas por hora, moviéndose el material móvil sobre ruedas sueltas. El ferrocarril del valle de Brocthal en la Prusia renana, da un dividendo de 5,75 por 100 con 40 toneladas diarias de tráfico por milla, y con las tarifas ordinarias de mercancías; el de Festiniog construido con grandes dificultades y mucho gasto, rinde un producto de 12 1/2 por 100, otros muchos en Francia como el de Tavaux á Poussiercourt, en Austria como el de Lambach á Gmundi, Alemania, Bélgica, Noruega, Dinamarca, Inglaterra, América, dan el 6, 7, 8 y 10 y 12 por 100 de renta, mientras que los lujosos ferrocarriles ingleses, franceses, etc., etc., de vía ancha dan apenas un 4 á un 6 por 100.

En mi opinión todas las líneas nuevas de España deberían construirse según el sistema de vía estrecha, material móvil nuevo, nuevas máquinas Fairlie, variando á la vez el sistema de explotación de los ferrocarriles, la organización de las empresas, y reduciendo paulatinamente el ancho de los ferrocarriles existentes, puesto que el coste de construcción de aquél es de 1/3 parte, el gasto del material aún mucho menor, y el de conservación la 1/2 ó 2/3 de la de las vías anchas.

Los ingresos del ferrocarril de Amberes á Gante, según el ingeniero Sr. Biglia, cuya línea tiene 3 piés 7 pulgadas, ascendieron en 1868 á 875.222 francos, ó 19.500 por kilómetro ó 0,62 de milla; los gastos de conservación y explotación produjeron con aquellos una ganancia de 369.754 francos, ó sea un 7 por 100 á los accionistas, que continúan reduciendo un poco el dividendo, porque no quieren y hacen bien, admitir ó agotar á la línea con nuevos capitales, para tener fondos de reserva y mejorar las obras, con estos 5 200 000 francos; pues si se calcula la renta sobre el capital primitivo, ella es de 8 por 100.

Y obsérvese que ese ferrocarril se junta en la estación de Lockeren con las vías anchas del Estado belga, y en ella se trasbordan al año hoy sobre 15 á 20.000 toneladas de mercancías del modo, por medio del trabajo manual, y de la manera más primitiva, según he tenido lugar de observar varias veces en mis excursiones, menos para grandes masas que usan gruas poderosas, colocando los wagones de vía estrecha al lado de los mayores, ó detrás sobre un ancho mixto y al alcance de las gruas; dando este método un aumento en el gasto de trasbordo que es un máximo, pues el gasto total de conservación de la estación de trasbordo asciende á 6 638 francos anual, menos 2 007 francos correspondiente al servicio de viajeros, quedando así 4 678 francos para trasbordar 15 000 toneladas, ó sea un gasto de 3,11 d. por tonelada. En otro ferrocarril belga de 1 piés 11 3/4 pulgadas de ancho citado por M. Regnard, se trasbordaban las mercancías por 1,5 d. por tonelada á 1,8 d. que es el precio que más se aproxima al precio normal de trasbordo.

A continuación explico todo lo que teníamos que decir sobre el ferrocarril de Denver á Rio Grande, en apoyo de todo lo que venimos diciendo en estos artículos defendiendo la vía estrecha, lo cual es como sigue:

Hace diez años no habia en todo el Estado del Colorado un sólo kilómetro de vía; sus habitantes no habian oido aun el silbido de la locomotora, y por Denver, centro de aquel, pasan hoy, el ferrocarril del Kansas Pacific al Oriente, como la vía principal: el ferrocarril del Denver Pacific con 100 millas al Norte, y unido en Cheyenne al Union Pacific: el ferrocarril del Boulder Valley con 50 millas al Noroeste, de cuyas montañas saca carbon

hulla, plomos argentíferos para los altos hornos y lugares de Denver; el ferrocarril Colorado central por Occidente en 60 millas que conduce á Golden City y por el maravilloso barranco Clear-Creek al centro minero Central City; y por último, el ferrocarril de Denver á Rio Grande al Sur, avanzando siempre al Mediodía, pasando por Pueblo sobre el rio Arkansas, base de una gran línea de Norte á Sur, desde el centro de los Estados- Unidos al centro de Méjico, atravesando la espina dorsal del Continente, que es país rico en agricultura y minerales y con buen clima, alicientes todos favorables á la inmigración, y el elemento más importante del afamado sistema de ferrocarriles del Estado del Colorado, cuya línea está construida según el ya célebre sistema de la vía estrecha.

Este ferrocarril es el primero que entra en concurrencia franca con las líneas ordinarias de vía ancha, y eligiendo un campo ventajoso para el tráfico y la construcción de ferrocarriles, escoje la vía estrecha, no sólo por la economía de la construcción, sino porque los directores de la Empresa esta tienen la convicción de que será más económica para el tráfico general de todo el continente. La afortunada construcción y explotación de este largo é importantísimo ferrocarril, situado en terreno abierto, tan á propósito para la construcción de una vía ancha, ha excitado la curiosidad de todas las personas facultativas interesadas en el progreso de las vías férreas, no solo de los Estados- Unidos, sino de Europa, y ha inaugurado una nueva fase en la cuestión de los anchos. El ancho de 4 piés 8 1/2 pulgadas ha sido retado por el ancho liliputiense de 3 piés de Denver á Rio Grande, sobre el terreno de la economía, de la capacidad y de la seguridad con la velocidad, para que pruebe la razón que le asiste de ser dueño del campo, y de satisfacer mejor el progreso, en los desiertos casi de la América Central; y nos ofrece hoy ya resultados tan ventajosos é inesperados, y cuyo éxito es en sí tan maravilloso como cualquiera de las innumerables y maravillosas invenciones y revoluciones con que ha asombrado en 50 años la América al Viejo Mundo.

La vía y el material parecen juguetes, en primer lugar si se los compara con esos ferrocarriles de lujo europeos y esas moles y mamotretos inmensos de su material móvil; esbeltos y elegantes, parecen lijeros y endebles para el rudo trabajo á que están destinados, pero aunque lo parecen, están hoy, y ya hace 10 años, casi causando la admiración del formidable adversario que han retado á tan descomunal batalla, y es la prueba decisiva y práctica que anhelaban nuestros contrarios que presentáramos, para convencerse de que con el ancho microscópico casi se pueden construir vías de primera clase, principales y no secundarias, como las suyas del ancho de 4 piés 8 1/2 pulgadas, desempeñando su tarea con facilidad, comodidad, celeridad y buen éxito.

El ancho de la superficie de la vía es de 10 piés en lugar de 15 piés ó 14 piés, el ancho de los carriles de 3 piés, las traviesas son de 6 1/2 piés en lugar de 9 piés; los rails pesan 30 libras inglesas por vara inglesa, en lugar de 56, las máquinas de 12 á 16 toneladas en lugar de 25 á 30, arrojando la mitad del peso sobre las ruedas motrices del que desarrollan las mayores locomotoras: los wagones de viajeros tienen 8 ruedas con 32 asientos, pesando 6 toneladas, en lugar de las 18 toneladas con 8 ruedas y 50 asientos de los ferrocarriles de vía ancha: los wagones de mercancías que hemos visto en uso allí en esa vía estrecha, tienen 2 toneladas, 4 ruedas, y llevan generalmente de 4 á 5 toneladas de carga, en lugar de 9 toneladas de peso, 8 ruedas y 10 de carga que tienen, los de mercancías de vías anchas.

Los wagones de viajeros, tienen de 10 1/2 á 11 piés desde el rail hasta el techo por unos 8 piés de ancho, con 2 asientos á un lado, uno al otro y un paso por medio, estando dividido el vagon en el centro por una portezuela: los wagones, camas y coches salones son de la mayor comodidad, aun para más viajeros que los que ordinariamente llevan con relación á su tamaño y peso que los wagones ordinarios de esta clase en las vías anchas. Los wagones más modernos de mercancías tienen 8 ruedas, pesan 3 1/4 toneladas y cargan 9 toneladas: los wagones cubiertos para mercancías comunes pesan 4 toneladas y cargan hasta 9. La milla de este ferrocarril costó 14.000 pesos, incluyendo todo lo necesario para el tráfico; mientras que el ferrocarril del Kansas Pacific que atraviesa un terreno análogo, y construido por los mismos ingenieros y contratistas, costó 22.000, pesos y la diferencia no dudo que aun sería mayor, á favor de la vía estrecha, en un terreno montañoso; puesto que al atravesar el centro minero de la montaña del Colorado y al atravesar el barranco grande, denominado de Clear-Creek, se presupuestaron las obras hoy ya terminadas para la vía ancha en 90 000 pesos por milla, y se han ejecutado por 20.000 con vía estrecha que es la quinta parte casi. Puede afirmarse con la experiencia de 15 años de construcción de vía estrecha, que estas cuestan las tres quintas partes, próximamente del coste de las vías anchas: otra ventaja que no es despreciable y se debe tener presente, es la de que no hay que satisfacer á los capitales de la vía estrecha más que las tres quintas partes de los intereses que tiene que satisfacer la vía ancha, no olvidando que tiene la misma capacidad que la vía ancha para satisfacer intereses mayores, puesto que lleva, con tráfico

suficiente toda la mercancía é igual número de viajeros que podría recibir la vía ancha: es decir, en lenguaje bursátil y financiero, que á igualdad de condiciones, la garantía que ofrece el dinero colocado en acciones de ferro-carriles de vía estrecha, comparada con la que ofrecen las acciones de vía ancha, está en la proporción de 5 á 3.

Partiendo de Denver, la vía se extiende por los valles del río Platte y de sus tributarios hasta la cumbre de lo que se llama allí la «Divisoria del Colorado.» se llega á un cerro con pretensiones de montaña que arranca de la Sierra, formando con ésta un ángulo cuasi de 90 grados y que separa las aguas del río Platte de las del río Arkansas. La parte más alta tiene 8.000 piés de elevación, ó sean 2.000 piés sobre el nivel de Denver, pero el ascenso es gradual, y en ninguna parte de la vía hay pendientes mayores de 1 por 70 piés por milla. Luego descendiendo la vía sobre una pendiente de la misma inclinación próximamente, hasta llegar al centro de los afluentes del río Arkansas que brotan del Pike Peak á 6.000 piés de elevación. En mi juicio, la vía estrecha, por lo que he visto en América y otros países, tiene entre otras ventajas comparada con la vía ancha en la cuestión de pendientes, la de tener los trenes *ménos peso muerto, por cuya razón, necesitan ménos fuerza para la ascension de pendientes rápidas:* pero en lo que concierne al paso por las curvas, *posee una ventaja doble por lo ménos.*

Vamos á hablar algo ahora de la cuestión vital: de la economía en la explotación.

Los guarismos anteriores, relativos al peso y capacidad de las máquinas y wagones, revelan ya en donde estriban las ventajas que en este sentido posee la vía estrecha. Todas están basadas sobre el siguiente principio: que siendo suficiente el ancho de la vía para que puedan tener los wagones la capacidad necesaria, todo aumento en el ancho de ella da por resultado un aumento en el peso de las máquinas y de los wagones, que no guarda proporción con el aumento en la capacidad de los mismos; ó con otras palabras, que el peso muerto de un tren aumenta con el ancho de la vía. Sobre esta máxima funda su superioridad la vía estrecha: si es cierta como ya lo es, si la práctica la apoya, salirá vencedora, si no, será vencida.

Si el lector consulta los números anteriores, podrá convencerse de que la vía estrecha puede trasportar doble número de viajeros y más del doble de las mercancías por tonelada de wagon, que la vía ancha; ventaja no pequeña, y aunque pudiera hacerse una pequesísima rebaja por creer yo que el material que usan en América para las vías que defendemos era un poco ligero al principio (pues hoy ya no lo es porque lo han aumentado cerca de 1 pié) siendo, en cambio, los de vía ancha excesivamente grandes y pesados, no obstante, aún teniendo en cuenta esta necesidad, siempre resultará que, con trenes completamente cargados podrá trasportar la vía estrecha una proporción mucho más grande de viajeros y mercancías que la ancha; y en la práctica esta ventaja será probablemente más marcada en favor de la vía estrecha que en teoría, porque es cosa sabida que son poquísimos los trenes que llevan siempre cargas completas, pues siempre un tren mixto lleva ménos tonelada de peso útil que de peso muerto, queda siempre un exceso de espacio y de peso que nunca está de parte del peso útil; y si consideramos que en casi todas las vías el tráfico es mayor en una dirección que en otra, y que por lo tanto, son muchos los wagones que tienen que ser arrastrados vacíos ó cargados parcialmente; si consideramos luego el tráfico local y el número de wagones que con tal motivo sólo pueden salir con la 4ª parte ó la 1/2 de la carga máxima, podemos suponer que, por término medio, debe ser muy grande el exceso de peso muerto.

Pues bien, se alega en defensa de la vía estrecha, que en virtud de la máxima citada hace poco, hay la seguridad absoluta de lograr con su empleo, una reducción no pequeña de esta enorme desproporción; y además, que en la práctica en que es forzoso que los vehículos viajen con la 1/2 de la carga ó vacíos en una dirección; *la ventaja de ser más pequeños y ménos pesados los de vía estrecha, es causa de que sea aún mayor la economía en fuerza y material.*

Es verdad que esta aserción, hace quince años, y aun diez, se apoyaba únicamente en la teoría; hoy, con el ferro-carril de Denver y otros muchos de América, Europa, la India, etc., ha habido ya ocasiones de hacer ensayos decisivos, y se han hecho satisfactorios con ferro carriles de vía estrecha destinados á desempeñar un tráfico general, para compararlos con los de vía ancha, y cuantas pruebas nos puede ofrecer la práctica corriente, que son muchas ya, tienden á demostrar la exactitud de aquella teoría, y esta y la práctica han despertado y sostenido una gran fé, han ganado los ánimos del público, el cual se ha convencido ya de la superioridad de la vía estrecha, generalizándose su uso.

El gobierno ruso hace diez años eligió la vía estrecha, 3 piés 6 pulgadas, para la construcción de vías en aquel país. En la India, después de batallas y discusiones formidables entre unos y otros partidarios, se ha adoptado el ancho de 3 piés 3 3/4 pulgadas para la gran red de ferro-carriles de aquel país, y ya se han construido muchos miles de millas.

De estos ligeros apuntes que damos en estos artículos, los cuales ya tocan á su fin, dedúcese

que los partidarios de la vía estrecha no estamos de acuerdo, al parecer, relativamente al ancho normal ó definitivo de dicha vía. Efectivamente, en la vía de Festiniog se adoptó hace veinte años un ancho de 2 piés nada más, escasos; los segundos, los de Noruega, tienen 3 piés 6 pulgadas, aunque no los consideremos como modelos de dicho sistema. En Rusia, por imitar á sus vecinos y no romper abiertamente con los ingenieros de la vía ancha, han adoptado el mismo ancho. En la India han elegido el de 3 piés 3 1/4 pulgadas, *por ser ésta la medida del metro francés,* que en los círculos científicos de todo el globo se considera como la norma futura de la medida longitudinal. M. Fairlie, ingeniero civil inglés, sostiene que 3 piés de ancho da suficiente capacidad y reduce el peso muerto á su mínima expresión; si se reduce disminuye la capacidad, si se aumenta crece el peso muerto en igual proporción, y por esto se ha adoptado este ancho de 3 piés en América.

Sino es hoy, dentro de pocos años aseguro que habrá una verdadera epidemia en el mundo por construir vías estrechas de 3 piés. En América he visto trasformar el ferro-carril *Colorado central,* que va desde Denver hácia las montañas en vía estrecha, así como su prolongación hasta el *Union Pacific* y su unión con él en Pine Bluff. El de Ogden á Montana, terminado hará ocho ó diez años, denominado *del Utah Septentrional,* es de vía estrecha; otra línea nueva que atraviesa las llanuras desde el río Missouri hasta Denver, partiendo de Leavenworth, llamado *de Leavenworth á Denver,* de 600 millas, y que habiéndolo yo visto explanado en 100 millas hace pocos años, debe estar terminado á estas fechas del todo, gracias á la gran fortuna del caballero Len Smith, verdadero rey de los ferro-carriles de esa comarca, y al S. Tom Scott, infatigable y activo consejero de la Junta del ferro-carril central de Pensilvania, puesto que uno y otro les prestan su patrocinio y apoyo. El gran ferro-carril *Southern Pacific,* que se ha construido en Texas hace poco, ha adoptado el ancho de 3 piés con el beneplácito del Gobierno de Washington.

Está terminado con vía estrecha hace poco, otro desde Cincinnati á Terre Haute; otra línea secundaria en el Central Pensilvania, estará ya terminada con ramales á los distritos de carbon semibituminoso; se ha terminado hace poco un ferro-carril de vía estrecha por la compañía del Arkansas Central, y en casi todos los estados desde California al Massachusetts, hay proyectos del nuevo sistema, ya principales de primera clase, ya secundarias y locales. *De este sistema es el nuevo ferro-carril de la ciudad de Denver.* Otro gran proyecto había á mi llegada al mundo nuevo de un ferro-carril de aire en el estado de San Luis, con vía estrecha, por supuesto, directamente á Nueva York, con líneas secundarias hácia Nueva Inglaterra, Filadelfia y Washington, el cual está ya construido; y por último se ha construido otro, entre tantos como podría aún citar, desde las minas carboníferas de Pensilvania hasta el corazón de Nueva Inglaterra, para abaratar el combustible en los distritos fabriles.

Es una verdad que la construcción de tantos ferro-carriles de vía ancha es un obstáculo para el progreso del nuevo sistema; pues algunos proyectos tal vez se paralicen, y se ataje el desarrollo, demasiado rápido, de los de vía estrecha, hasta que su superioridad absoluta quede demostrada con grandísima seguridad, por los gastos de trasbordo que ocasionan los distintos anchos, y que los contrarios nuestros tienen buen cuidado de exagerar, pues está demostrado que con procedimientos mecánicos ese gasto puede reducirse á una proporción infinitesimal de los gastos de transporte; y no hay razón ninguna, ni en cuanto á este punto ni en cuanto á ninguno, para combatir la aplicación de la vía estrecha en terrenos montañosos, agrícolas, fabriles ó manufactureros para que no queden atrasados en su desarrollo, y condenados á consumirse en un aislamiento lastimoso.

Las personas más interesadas en la empresa colosal de la construcción del ferro-carril de 1.750 millas á 1.800, desde Denver por Pueblo, Trinidad, Rio Grande, Santa Fé, Albuquerque, el Paso (frontera mejicana), Chilmalma y Méjico, capital de los Motezumas, que atravesara la vía férrea del *Texas Pacific* y la línea del Atlántico al Pacífico, que se dirige al Occidente, hácia la California, son hijos de Filadelfia y de Colorado; el capital procede del primer punto en parte, y de Inglaterra y Holanda: sus principales auxiliares son el general William, J. Palmer, de la empresa central de Pensilvania y del *Kansas Pacific;* es su ingeniero presidente, J. Edgar Thomson; S. M. Felton; Robert H. Lamborn, de Filadelfia, y el ex-gobernador de Colorado A. C. Hunt. La construcción de la vía está contratada en 16.000 pesos por milla, y pronto llegará á Méjico, tal vez á facilitar algún día la anexión de este reino á los Estados Unidos, porque ella facilitará la emigración hácia esta llanura elevada, situada en el centro del Continente, que forma una región vasta, con el clima templado, rica en productos de la zona templada, saludable, férax, y bajo todos conceptos susceptible de gran desarrollo, siendo esta vía de una importancia nacional é internacional, aún mayor que la que tiene, por ser el ferro-carril iniciador y típico de la vía estrecha en América.

Y así como el ferro carril que se extiende hácia el Sur desde Missouri y Kansas, atravesando el territorio indio hasta Tejas, será fuente y origen

de una nueva era de prosperidad y riqueza para aquella región, esta línea gemela hácia Méjico en feraces comarcas, limpia de toda atmósfera infecta, no sujeta á las tentaciones tropicales, ni á las influencias enervantes y degradantes del litoral, inaugurará una nueva era para la ciudad de Méjico, por la que deseamos y hacemos votos de prosperidad, la dará nuevos habitantes, nuevo desarrollo, y un porvenir político y social más halagüeño.

El general Rosecrans y algunos asociados, han obtenido del Gobierno mejicano una línea desde Veracruz al Océano Pacífico, pasando por Méjico, rica en terrenos, y exenta de contribución, que será provechosa con la línea ya citada de Norte á Sur, y bien deben los Estados Unidos y aquella república unir sus esfuerzos á fin de apoyarla y construirla; porque así como Veracruz dista 200 millas de Méjico al Este, y que el Océano Pacífico al Oeste dista 600 millas de la misma capital, se abarcará así la gran riqueza mineral argentífera de poblaciones respectivamente de 20 y 80.000 almas, como Querétaro, Guanajuato, San Luis de Potosí, Zacatecas, Durango, Chihuahua, casi todas dispuestas á embarcar la plata por toneladas.

De todos modos, la vía estrecha está resuelta á arrojar el guante y á desafiar á las líneas antiguas á un combate singular y provechoso para la humanidad, con armas iguales, sin ambages ni rodeos, sin exigir ventaja ni consideración alguna, sino insistiendo en que, así en terreno llano como en las montañas, lo mismo para el tráfico grande que para el pequeño, por muchas razones, y no una sola, todas las ventajas están de su parte, y antes de poco habrá ganado el pleito.

PEDRO C. CALVO Y MARTIN.

EL HUMANISTA JUAN REUCHLIN.

Fresca todavía la tinta de *Lutero* que perteneció á la selecta familia de los varones de férrea perseverancia que van siempre derechos al cumplimiento de su misión, sin bajar la mirada hasta la tierra, y cuyo centenario, celebrado en Eisteben, Worms, Sena Eisenach, Wistemberg, Colonia, en fin, en cada rincón del mundo germano, demuestra que lo que Alejandro Pidal se complace en llamar en *La Epoca* «el prosaico predominio del germanismo imperante», no impide la explosión del sentimiento religioso, ni el fervor patriótico, recordando al alemán por excelencia, cuya importancia histórica está á la misma altura que su personalidad individual, voy á escribir un artículo en obsequio de otro héroe de la *Walhalla*, pero de un erudito tímido y pacífico, el sábio lleno de dignidad senatorial, el humanista esclarecido *Juan Reuchlin*, que conciliando las ideas más sublimes de la cultura pagana con los pensamientos bíblicos, y abriendo el inagotable venero de su erudición, fué el primero que llevó á Alemania el estudio de la lengua griega, produciendo después el enlace bendito del espíritu alemán con el helénico en los Lessing, Goethe y Schiller; y que ofició á la iglesia entera la ciencia de la lengua hebrea que le parecía la llave para investigar todas las cosas; como colonense y *reuchlinista* escribiré este artículo en desagravio de *Colonia*, la cual, según el mismo Reuchlin decía, estaba llena de una clase de hombres inhumanos, llamados teólogos que se consideraban las columnas de la Iglesia, y no teniendo que hacer otra cosa más que emprender una furiosa contienda contra el que amaba sobre todo el trabajo tranquilo del espíritu y la contemplación solitaria, pero que se vió obligado á pelear en pró del principio de la Reforma, á saber, la libertad de fé y de conciencia, cooperando, á pesar de su naturaleza conservadora, al triunfo del movimiento iniciado por Lutero y alcanzando por aquella famosa contienda á que le arrastraron los dominicos de Colonia y en que tenía por amigo al piadoso Wlibaldo Richeimer y por protector al esforzado Francisco de Siclingen, una popularidad que no habria obtenido por las obras en que tan á su sabor se hallan las dulces preferencias científicas y literarias de nuestro autor, dándose cita como en casa del artista, el filósofo, el cabalista y el cristiano. En aquella célebre contienda en que los *reuchlinistas* formaban la flor y nata de Alemania, hallándose el humanista Erasmo de Rotterdam, que lleva gran ventaja al humanista alemán en elegancia del lenguaje, á honesta distancia de Reuchlin, así como éste de Lutero, la aspiración de los espíritus generosos y cultos hácia horizontes más grandes, fomentada por Gutenberg, el inventor de la imprenta, y por Colon, que invirtió en un solo día el caudal de conocimientos atesorados durante veinte siglos, y que arrojó palpitante á los piés de la atónita Europa na ta ménos que un nuevo mundo, habia encontrado por primera vez un objeto en que pudiera demostrarse.

La importancia que *Reuchlin* tenía para la Reforma, la pone de manifiesto la *Comedia Muda*, escrita en latin ó en francés, cuyas ediciones alemanas salieron en 1524, presentándose un doctor enmascarado, de nombre *Juan Rampion* (ese fué el nombre helenizado de *Reuchlin*), que lleva en sus espaldas una haz de ramujos torcidos y derechos; los echa en medio de la escena y sale. Después entra Erasmo vistiendo un traje eclesiástico y tratando de enderezar los ramujos torcidos; pero viendo que todo es en balde abandona indignado el trabajo y el cuarto. Entonces aparece fray

Martin: éste enciende los ramujos corvos, y llega el emperador que con la espada levantada, trata de destruir el fuego. Por fin, entra el papa Leon X, y buscando medios para apagar el incendio, encuentra dos cántaros, uno lleno de óleo y otro lleno de agua: ase aquel y le echa al fuego.

Juan Reuchlin, que desde relaciones estrechas subió á la cátedra y desde la tranquilidad del estudio produjo un efecto poderoso sobre su época; él cuya existencia habian de envenenar los dominicos, nació el 28 de Diciembre de 1455 en Pforzheim, la de las artes y de las ciencias, la de las praderas alegres y del agua cristalina, y rodeada de montes altos y selvas frondosas, de un padre que estaba en los servicios de los dominicos. En la ciudad de su nacimiento estudió la gramática y la música, y á la edad de quince años y medio pasó á la Universidad de Friburgo; cuando regresó á la patria, supo cautivar á todos por su bella voz, y el jóven fué recibido en la capilla del margrave Carlos I, que en 1473 le eligió para acompañar á su tercer hijo Federico, el que fué obispo de Utrecht, á la Universidad de París. Allí aprendió Juan el griego y lo que no podría aprender sino de los griegos, un hermoso desarrollo humano, el desarrollo libre de las fuerzas individuales, pues el espíritu romano, por benéfico que sea, se reduce á la noción de dominio, el cual no puede existir sino por la uniformidad.

Por la conquista de Constantinopla por los turcos muchos sábios griegos se vieron obligados á abandonar su patria y buscar asilo en el Occidente, haciéndose los maestros de los que les habian recibido. El primero que enseñó el griego en París, fué Gregorio de Tiferna (Italia). A los discípulos de éste debió Juan sus primeros conocimientos del idioma de Homero, y junto con Erasmo y Rodolfo Agrícola se hizo el fundador de los estudios helénicos de Alemania.

A la sazón se encontraba en París también un discípulo del Kempis, el ilustrado y piadoso Juan Wessel de Groningen, que, derramando por doquier las semillas de más profundo reconocimiento religioso, impulsó á Juan al estudio de la Biblia. Esta y los clásicos se hicieron las lumbreras de Reuchlin.

Desde 1474 le encontramos en Basilea aprendiendo y enseñando en la nueva Universidad fundada por el papa Pío II; enseñó el latín, y más tarde el griego; pero aunque los padres de la Iglesia, esos grandes poetas de la cristiandad, eran para él los tesoros más preciosos que se proponía sacar de sus estudios griegos, éstos parecieron perniciosos á los monjes de Basilea, porque los griegos no pertenecían á la Iglesia romana, y Reuchlin salió otra vez para París, donde aprendió la caligrafía griega, y copiando para mantener cantos de Homero y fragmentos de la Dialéctica de Aristóteles, penetró tanto en las obras helénicas que aun anciano sabia de memoria muchos párrafos. En 1478 continuó en Orleans su actividad académica, escribiendo una gramática griega que llamaba *Micropedia*, pero cuánto causal de tiempo y de fuerza perdió para sus aspiraciones ideales, para su investigación de la verdad, para su conocimiento de Dios, dedicándose al derecho que le abrió en cambio el paso á honras y cargos que despues le pudiesen ser provechosos en sus luchas!

En 1481 se graduó en Biliers de licenciado del Derecho civil, y el mismo año fijó su residencia en Fubinga, donde el conde de Wurtemberg, Everardo de la Barba, hace cuatro años habia fundado una Universidad, en que nuestro Juan se graduó de doctor en leyes, haciéndole el conde su compañero, secretario y consejero íntimo. Acompañó, pues, á Everardo en 1482 á Roma, donde hablaba con elegancia el latín, teniendo un admirador entusiasta en el papa Sixto IV, y en Florencia el conde Juan Pico de Mirandola, á quien la afición á la verdad, tan ardiente como fuego de amor, llevaba de una parte á otra, despertó en Reuchlin la afición á las cabalas, á saber: al sentido más profundo del Antiguo Testamento, pues dijo la leyenda que éste existía y que Dios mismo lo habia comunicado á Moisés y éste á Josué, habiéndose propalado aquel sentido más profundo como tradición secreta.

Hasta el error tiene su bien. Así como para Keplero la astrología era la cortesana que con su ganancia deshonesto habia de alimentar á la casta astronomía, las supersticiones cabalísticas impulsaron á Reuchlin á conquistar la lengua hebrea para la ciencia alemana. Pero en Tubinga, á donde volvía, no tuvo ocasion de aprenderla, porque en Wurtemberg, lo mismo que en España, no pudo residir ningun judío, y no la aprendió hasta 1492, cuando acompañaba al conde Everard á Linz, donde le enseñó el hebreo el médico de cámara del emperador Federico y donde éste le hizo noble y le confirió el título y los derechos de un conde Palatino.

En los mismos dias en que el audaz Ligns, el primer almirante del Océano, empezaba su nunca bastante bien ponderada odisea á través del Atlántico, el sábio alemán consagró sus vigilias á la tarea inmensa de abrir la sabiduría antigua del Oriente, pues lo que le impulsaba á los estudios hebraicos no fué solo el interés lingüístico del filólogo, ni el científico del teólogo, sino la aspiración misteriosa de Fausto hacia el trato con el Espíritu primitivo. Eso lo demuestra su obra, publicada en latín en 1494, y titulada *De Verbo mirifico* sobre la palabra mágica, que hoy día tiene solo

un valor histórico, pero que encantaba á los contemporáneos por el conocimiento de la Biblia, unido á la erudición clásica. En aquella obra de la Edad Media, que respira ya el espíritu nuevo, aparece un filósofo griego, el ecléctico Sidonio, que llega á Pforzheim para disputar con el judío Baruch y el cristiano Reuchlin, acerca de las cosas más altas; la disputa dura tres dias, hablando cada cual un dia.

Despues de la muerte de su protector Everardo de la Barba, ocurrida en 1496, parecían haber llegado para Reuchlin dias de amargura, amenazándole la cárcel, porque el consejero del sucesor de Everardo, Everardo el Menor, era su enemigo acérrimo. Se espatrió, pues, el sábio de Pforzheim y huyó al Palatinado, siendo huésped del canciller de la Universidad de Heidelberg, el ilustre obispo de Worms, Juan de Dalberg, que residía en Ladeuburg, donde tuvo una biblioteca riquísima. El elector del Palatinado, Felipe, hizo de Reuchlin su bibliotecario, compañero y preceptor de sus hijos.

¿Qué vida tan alegre pasó en Heidelberg, volviendo á sus tareas de erudito! Aún hoy existe su comedia latina *Sergio*, y otra titulada *Henno*, que se estrenó por los estudiantes de Heidelberg. Allí escribió también un compendio de la Historia universal, que se hizo el libro favorito del elector. Cuando éste fué excomulgado por el papa Alejandro VI, que prestaba oídos á las calumnias de los monjes de Wissemburgo, salió en 1498 para Roma, en defensa de su protector, llamando la atención del Pontífice por su franqueza y la del griego Argiropolo por la habilidad suma con que explicaba á Thucídides.

Destituido el duque de Wurtemberg en 1498, Reuchlin pudo volver á Suabia, que amaba como á su patria verdadera, y durante once años desempeñó el cargo de juez primero de la Confederación de Suabia, fundada nuevamente para mantener la paz pública, teniendo por recompensa de sus penas el amor de sus amigos y el estudio de las ciencias. Veraneando en el convento de Deupendorf, próximo á Stuttgart, dió lecciones á los dominicos acerca del *Arte de predicar*, diciendo que el mayor arte consiste en ocultarlo. En 1504 dió á luz aquellas lecciones, y en 1505 publicó un folleto titulado: *¿Por qué viven los judíos tanto tiempo en la miseria?*

No adivinó entonces el erudito que aquella miseria estribaba en que los cristianos no eran cristianos como debieran serlo; pero más tarde se remontó á una contemplación más libre, encontrándose hasta el principio de la Reforma en su notable obra *Rudimentos de la lengua hebrea*, en que culminaron sus méritos científicos por haber sido el primero que haya publicado obra semejante, destinada á contribuir al estudio de las Santas Escrituras y á difundir en el Occidente el conocimiento del hebreo, cuando los españoles habian perdido su contacto con los judíos y estos fueron expulsados á Turquía.

Decía: «Muchos me acusarán de arrogancia por haber atacado los comentarios de los Padres, de San Jerónimo y del venerable Nicolás de Liva. Estos los consideran todos los cristianos creyentes como intérpretes reconocidos de la Escritura Sagrada, y viene un Reuchlin diciendo que aquellos grandes hombres hubieron traducido mal muchos párrafos. Pero la Septuaginta fué censurada por San Jerónimo, á éste le ha corregido Liva y en Liva tuvo que reprender mucho el obispo de Bourges. ¿Por qué no debía ser permitido también comunicar mi opinión acerca de la interpretación científica? Pues si reverencio á San Jerónimo como á un ángel y respeto á Liva como á un gran maestro, me inclino ante la verdad como ante Dios.»

¿No fué aquel principio reuchliniano, según el cual la verdad hallada por la ciencia tiene razon frente á la autoridad eclesiástica, y la Biblia y su libre interpretación científica son la fuente del conocimiento cristiano, el principio de la Reforma? Así con sus estudios del Antiguo Testamento llegó, sin adivinarlo, á un contraste con la Iglesia; contraste que poco tiempo despues adivinó el instinto de los dominicos.

El que tenia así la timidez propia de sus compatriotas como la urbanidad del hombre culto y hasta la flexibilidad del cortesano, y que no interrumpió sus estudios sino por la cítara con que acompañaba el canto, fué arrastrado por un destino fatal y trágico á una contienda que amargaba los últimos doce años de su vida, cuando se habia retirado á la soledad de su biblioteca. El neófito Juan Pfefferlon habia lanzado varios folletos contra sus antes correligionarios los judíos, y así él como los dominicos de Colonia, rogaron al emperador Maximiliano se examinase y destruyesen los libros sacrilegos de los hebreos, pidiendo el canciller del imperio, el arzobispo de Maguncia, la opinión de Reuchlin. Este escribió luego su famoso *Consejo*, en que decía que el *Talmud* era provechoso sin duda también para los teólogos cristianos, que la *Cábala* no necesitaba ninguna apología habiendo sido aprobada por el papa Alejandro VI, que los comentarios del Antiguo Testamento eran trabajos útiles para los intérpretes cristianos, y por último que los que perteneciesen á la religión del Gólgota, no habian de beber sino lo bueno en las obras de los hebreos y paganos, y que el quemar los libros en vez de refutarlos, era sólo un argumento de bacantes. Cuando Pfefferborn recibió copia del Consejo citado, dirigió en 1511, en union del catedrático y prior de los domi-

nicos de Colonia, Jacobo de Hogstraden, un libro contra Reuchlin, titulado *Handspiegel*, á que éste contestó en el mismo año con su *Augenspiegel*, que apenas habia salido fué condenado por toda la facultad teológica de Colonia.

No me detendré á narrar los pormenores de la contienda en que, así los colonenses como Reuchlin escribieron folletos, dedicando al emperador los unos su acusación y al otro su apología escrita en latín, y descendiendo á las invectivas. El emperador ordenó en 1513 que ambos partidos callasen, y en vano el furioso Hoogstraten, que fué también inquisidor de las diócesis de Colonia, Tréveris y Maguncia, trató de lograr la condenación de Reuchlin ante el tribunal de Maguncia, y á pesar de que el de Spira habia declarado al *Augenspiegel* libre de herejía, ambos partidos, como si la causa no fuese todavía materia juzgada, pidieron la opinión de la Universidades, poniéndose las de París, Lovaina, Maguncia y Erfart del lado de los colonenses, y Reuchlin llevó la causa al sòlio pontificio, hablando en Roma en pró de él y contra Hoogstraten, el despues sindaco de Brema, Juan Von der Wick. Pero aunque el *Augenspiegel* fué declarado en Roma un libro bueno, los dominicos, mejor diré, los vicofantas colonenses, no se contentaron con ese juicio. Entonces lo que no pudieron lograr ni el emperador, ni el Papa, lo logró un caballero alemán, Francisco de Sickingen. Este se hizo el protector del sábio y escribió á los dominicos de Colonia: «Que si no dejaban en paz al doctor Reuchlin, harian de él y sus amigos, la provincia entera, de modo que pudiese vivir tranquilo aquel anciano tan piadoso como erudito.»

Así terminó la contienda de los dominicos para honra del sábio y para satisfacción del mundo culto.

No pasaremos por alto las satíricas *Cartas de hombres oscuros* (Epistolae obscurorum virorum) que, de manera tan hábil y con palabras tan gráficas, reflejaron la índole y el inculto lenguaje latín de los monjes de aquel tiempo tan bien que en Inglaterra y en los Países-Bajos muchos monjes las consideraban genuinas, recomendando su lectura como solaz y recreo, hasta que la risa que resonaba de un rincón á otro, despertó á los ilusos. En la segunda parte de aquellas epístolas, que una vez lanzadas al gran mercado de novedades y de impresiones llamaban la atención universal, habia tomado parte Hutten desde Italia y Pircheimer desde Nuremberg.

Así como Reuchlin habia preparado la Reforma por su actividad académica, por sus escritos, y sobre todo por la contienda mencionada, puso también en la primera fila de los reformadores, su querrello, al nieto de su hermana, Felipe Melanchthon, á quien, no teniendo hijos, profesaba un cariño paternal, y gracias á un nepotismo que han de aplaudir siempre los protestantes, recomendó á aquél jóven al elector Federico de Sajonia para la cátedra de la lengua griega en Wittemberg, asociándose con esto á la fuerza impetuosa de Lutero la templanza que en Melanchthon era quizá el fruto de sus estudios clásicos más que de su índole.

Pero el anciano Reuchlin, cansado ya de luchas eclesiásticas, no aplaudió el movimiento de Lutero, temiendo que éste trastornaría el mundo, y manifestó su descontento, rayano de hostilidad, hasta para con Melanchthon, no legándole al nieto de su hermana el amor de su vida, su biblioteca, sino á su patria, lo cual hizo exclamar á Melanchthon en el primer momento de desengaño: «Aquella biblioteca no valia gran cosa.»

Eso diremos nosotros de una obra reuchliniana, en que no veremos una obra seria de esas que honran las naciones en que se escriben; nos referimos al libro que publicó en 1516 con el título de *Arte cabalístico*, pues creyendo inspiradas por Dios las tradiciones de los cabalistas, se pareció á Oxion, que, abrazando una nube, creía que abrazaba á Juno, siendo el fruto de aquel abrazo seres disformes, los centauros.

Hasta los postreros años del sábio fueron perturbados, á causa de la guerra entre el duque Ulrico de Wurtemberg con los duques de Baviera y la Confederación de Suabia, defendiéndole primero Francisco de Sickingen como jefe del ejército de la Confederación, y despues el duque Guillermo de Baviera, que le ofreció una cátedra en la Universidad de Ingolstadt. Reuchlin la aceptó, viviendo en casa del doctor Eck, á quien le unió la comunidad del saber más que la de la voluntad, pues Eck, aunque como erudito se llamaba reuchlinista, queria quemar en Ingolstadt los escritos de Lutero, á lo cual se opuso con éxito satisfactorio el sábio, de quien han dicho que haya tenido un punto de vista aún más universal que el héroe de la Reforma, que frente al tráfico de indulgencias, fué llevado por la polémica á desarrollar la doctrina de la justificación de un modo del todo opuesto á la de la Iglesia.

En 1521, Reuchlin se vió obligado por la peste á abandonar á Ingolstadt, y ya habia vuelto á dar lecciones académicas en Fubinga cuando cayó enfermo, y el 30 de Junio de 1522 exhaló en Stuttgart su último suspiro el que habia dado nuevos rumbos y abierto horizontes nuevos á la ciencia y á la patria. Esta le ha de consagrar gratitud eterna, saludándole en el alegre Olimpo, mientras los que le combatieron quedan sumergidos en la Estigia lastimosa.

JUAN FASTENBATH.

Colonia, 6 de Diciembre de 1883.

VISITA Á LOS MUERTOS.

(CONTINUACION)

V

El rostro de Felipe Dolmeda iba alterándose por momentos, de una manera increíble, tanto que más de una vez se me figuraba que no le veía sino en sueños. Ninguno de sus ademanes, ninguna de las inflexiones de su voz, poseedora antes de una nota patética con extremo penetrante, privativo don de su espíritu originalísimo, ninguna de sus miradas, ninguna de sus sonrisas parecían ya ser las suyas distintivas, ni rastro de ellas. Habíanse apagado ya todos aquellos encantos indecibles con que acentuando más lo exquisito de su lenguaje, la amenidad de su trato y una elocuencia incomparable, especialmente cuando la ternura ó la admiración cándida se apoderaban de él, en presencia de una desventura excepcional, ó de una injusticia de la suerte, ó de un esclavo risible del destino, nos le hicieron amigo predilecto y consultor y casi oráculo de todos sus compañeros de universidad, desde que cursábamos los años de filosofía. Llegué á sospechar si mi extraño interlocutor del cementerio en aquel *dos de Noviembre* que estoy recordando sin olvidar detalle, no sería realmente Felipe Dolmeda el inolvidable; sino cualquier otra persona, algún impostor que abusaba, con algún objeto, interesado ó burlesco, de la cualidad de asemejarse un poco al llorado amigo. Acaso era, pensé también, el hombre que remedaba á un muerto, víctima de una monomanía como se han conocido varias de igual obstinación.

Yo sabía que Felipe y su hermano Filemon eran gemelos, pero esto lo sabíamos muy pocos de sus íntimos, porque Felipe nunca hablaba de su familia ni de su patria, ni de sus primeros años; y estoy por asegurar que sólo á mí reveló el nombre de su hermano. Era pues, natural que en el atolondramiento, en el malestar ya difícil de combatir, en la especie de limbo en que habían ido sepultando gradualmente mi espíritu las sorprendentes impresiones de aquella mañana y de la noche anterior, llegase yo á dudar si el que tenía delante de mí era Felipe ó mas bien Filemon, puesto que el primero, según voz general, se había arrojado al mar desde un peñasco de Biarritz.

—Siéntate, siéntate,—le dije de pronto, viendo que su palidez cadavérica aumentaba, pero más asustado todavía al observar que se le erizaba el cabello dándole una expresión fisionómica muy otra de la que sus amigos habíamos amado en él. Se sentó en su sepulcro, enjugándose con el pañuelo la frente lívida, perlada por un frío sudor.

—¿Quién eres, pobre amigo?—le pregunté tímidamente.

—¡Ah!—exclamó con irónica sonrisa de reconvencción.—¿Con que ya no me conoces, amigo mío? Tan pronto se olvidan los muertos?

—¿Pero quién es el muerto aquí?

—El muerto es el suicida en los mares de Francia, mi hermano Filemon. A éste, ya lo sé, tú no lo conocistes. Vino á Biarritz desde la isla de Cuba donde corrió su vida, y vino solo para morir de amor al pisar tierra europea. Además, á un muerto de hace dos años, aun cuando le hubieras conocido en vida, comprendo que le olvidarás, y en ese caso note reconvencción yo al decirte:—¿Tan pronto, tan pronto se olvidan los muertos?... Puesto que yo no he acabado de morir todavía.

—Por Dios te ruego, Felipe mío, que me saques de dudas ó que te compadezcas de mí. Voy á pedir auxilio. He de gritar. ¡Te estás desfigurando de un modo!

—Eso bien, pero aún no he acabado de desfigurarme. Por eso ha sido repetir mi pregunta: ¿Tan pronto se olvidan los muertos para desconocerlos antes de que se desfiguren del todo?

No pude remediarlo, el mismo terror que me tenía clavado al pié de mi amigo, me hizo gritar con la desesperación con que gritaría un enterrado vivo desde el fondo de la muerte:

—¿Sepulturero!... ¡Socorro!

Arrimateas apareció en aquel punto con su sonrisa dolorosa de cariatide y consus inmersiones de cuello de ganso.

—¿Haces inmersiones iguales en la estigria ó cualquier otro pozo de los muertos?—dije en parte para simular valor, pero más positivamente en virtud del pensamiento supersticioso que me contrastaba.

—¿Qué son inmersiones? ¿Entierros?

—Sí. Dime ahora si has acompañado á algún muerto un paso más allá de su sepultura.

—A ninguno.

—¿Sospechas siquiera de algún muerto que haya sufrido en su última morada lo que está sufriendo este hombre?

—Yo no puedo asegurar nada. He oído voces, sí. Pero ya sabe V. que las voces se las lleva el viento, y por tanto no quieren decir nada. Si se tratara de escritos... si dejaran algún testimonio que diese fé... ¡Pero calla! ¡Ahora reparo! Su amigo de V. parece con efecto una visión del otro mundo. Ya me lo parecía también ayer desde que le ví entrar en el cementerio. Por ahora no está más que desmayado. Lo que es yo no le enterraría en este momento, aunque me lo impusiera una última receta de médico, ó aunque me lo pagara á peso de oro algún enemigo suyo.

—Dices bien, sólo está desmayado y espero volverle pronto á la vida con este frasquillo de sales.

—¡Sales!... ¡La sal de la vida! ¿Querría V. darme un poco?

Los ojos del avaro contemplando su tesoro, el asombro de un criminal descubriendo tesoro mayor bajo una baldosa de su calabozo, las lágrimas de un condenado en capilla al oír la noticia de su indulto, no pueden dar idea de lo que por un segundo y de varios modos sucesivos cambió la fisonomía del sepulturero con alternativas de rayos de luz y de sombras negras, de hondas arrugas y de tersura en la frente. Él era entonces como el citado muerto de Quevedo, que de tal manera se había fruncido que podía voltearse en un canuto de alfileres, y á quien luego de pronto le hubieran insuflado vida nueva de modo que aún se sintiese estrecho entre dilatados horizontes y bajo la bóveda celeste.

—¿Un poco de esta sal?, le pregunté ¿Para qué la quieres?

—Para nada,—balbuceó acobardado Arrimateas, como despierta aquel que en sueños ha revelado su secreto de importancia. Para nada, para eso, para hacer lo que hace V. con su amigo enfermo... Para devolverme la vida á mí mismo cuando ella quiera escaparseme.

—¿Tú tienes secretos que esconder!—esclamé con acento mordente, después de quitarme la capa para improvisar con ella un cojín sobre el cual acomodé la cabeza de mi Felipe.

Arrimateas dió dos pasos hácia atrás huyendo la mirada de ira con que seguía yo amenazándole.

—Yo no tengo, señor mío, más secretos que los mismos que esconde la más vacía de mis sepulturas. La que tiene secretos á mí parecer es esa en que está desmayado su amigo de V.

—¿Cuales? ¡Dílos!

—No sé nada, y he dicho lo que he dicho por las cosas raras que suceden en este patio nuevo, con motivo de ese panteón, desde el día en que pusieron término á esta obra. Los que la han visitado á fé que no tenían la cara ordinaria de los demás existentes que se acuerdan de sus muertos. Usted, usía mismo paréceme que anda, habla, mira, tose y respira como si fuera persona de otro cementerio, quiero decir, de otra clase de vida. Y lo que es ese otro caballero, se me figura que se ha muerto ya alguna vez en otra parte.

—¿Cuándo le has visto por primera vez?

—¿Morir?

—No, sino tal como le conoces.

—Ya he dicho que ayer tarde. Dióme dinero, que yo no le había pedido, y él me pidió algo, que yo no podía negarle.

—¿Dí qué.

—Que procurásemos que este patio quedase completamente solitario en todo el día de hoy. Como usted ve, lo he cumplido. La verja del patio contiguo está cerrada con tres vueltas de llave en cada candado, y además, he apoyado en ella, por la parte de acá, después que ustedes entraron, un rimero de ataúdes, que impide á los del otro lado distinguir lo que está pasando aquí. Esa puerta pequeña que tenemos ahora al frente, dá á un largo pasillo oscuro que conduce á la capilla; pero las dos puertas de ese pasillo están cerradas con el mismo cuidado que la verja. Vea usted aquí las llaves.

—¿Qué más te encargó mi amigo?

—Que tuviese prevenido á Nicodemus, para quien me dió una onza de oro de ley y algunas pesetas falsas (esto, creo que por equivocación, ó porque lo falso busca lo falso) á fin de que mi compañero (en el oficio, se entiende) quisiese ayudarme á abrir esta sepultura cuando el señor nos llamase. Pienso que le ha traído aquí el deseo de conocer el hueco de esta sepultura. Ya ve usted si tenía yo razón en decir que es raro cuanto pasa respecto al panteón nuevo. Pues el hueco, á la verdad, es digno de visitarse. Es espacioso, y digo, ¡muy decente! Parece una cama de matrimonio. Ahí caben dos, sin necesidad de que estén uno encima del otro los ataúdes.

—¿Y costará mucho esfuerzo desenterrar esa gran losa?

—Presumo que no. Todo es cuestión de copas. Yo con seis de amontillado, no digo levanto esa piedra, también la dejaría caer de modo que se deshiciese en cuatro pedazos. Nicodemus, el Lan garuto, no es tan fuerte, aunque bien me copia en eso del copeo. Sin embargo, con solo que sostenga firme un extremo de la palanca, y esto bien puede si usía le presta mano, facilitaréme mi servicio. Y si no, llamaremos también al cochero que trajo á su amigo de usted esta mañana, y que se ha quedado con su coche ahí fuera, junto al paredón del osario. Por supuesto, está borracho, según me tengo olido, borracho y devorando buñuelos, que columbró desde el pescante en una de las sepulturas de la entrada en cuanto el sol asomó. ¡Y qué buñuelos, señor! Yo los ví antes, pero me parecieron otra cosa y estuve por echar pestes. Estaban tan achatados y tan frios, que, al fin, los tuve por buñuelos cocidos por la luna de los cementerios sobre la dura frialdad de una lápida.

—La serenidad que he aparentado después de mi expresión de amenaza parece que te ha hecho perder el miedo que mostrabas hace poco. Vuelve á temerme, por que soy agente importante de la policía secreta.

—¿De los secretos de este cementerio, querrá el señor decir?—preguntó José que con la facilidad mayor del mundo pasaba de una tranquilidad bufona á un pánico ridículo.

—Lo soy de todos los cementerios de vivos y

muertos;—le respondí.—Has de referirme, pues, alguna cosa más de lo que has visto extraordinario con motivo del sepulcro del señor Dolmeda. Tú mismo has dicho antes...

—Y no me desdigo,—replicó Arrimateas del todo arrimado ó sometido á mi despótica voluntad.—Yo he visto... he visto...—añadió con pausa como buscando que decir.

—No mientas.

—Eso nunca. Y aquí en presencia de la muerte que es la verdad en polvo, como el oro de las comparanzas... ¡vamos! Puedo pasar por todas las entradas y salidas del santo Líbano monte, como juraba Loaysa, aquel virote que pinta Cervantes en su *Celoso Extremeño*, puedo jurar que he visto llegar aquí á visitar el sepulcro muchas personas de buen parecer y con aire misterioso. ¡Nas me daban algo, Dios los bendiga, otras no necesitaban hacerlo, porque bastábame sorprender una lágrima en sus mejillas para abrirles paso como sabe Dios que le hubiera abierto las alas de mi corazón. Unas depositaban coronas en el sepulcro, otras no hacían más que arrodillarse á rezar al pié de su cruz. Estas debieran ser enamoradas del muerto que aun está por venir.

—Tal vez.

—Pero lo que he visto mas digno de ser contado á usía, aconteció á fines del último Agosto. La noche era calurosa, el aire sofocante, la pereza de la gente de marca mayor, las calles sin paseantes, el cementerio vacío del todo y la luna llena. Habían pasado cuatro días. créalo usted, sin que se hubiese presentado ningún muerto á pedirnos acomodo. Yo estaba en mi cuarto, que está á la derecha de la entrada principal no jugando á la brisca como de costumbre con Nicodemus, pero si meditando en una jugada de la noche anterior que me dejó ganar, cuando llamaron á la puerta. Serían las once y parecíame bien esperar á que llamasen dos ó tres veces más para convencerme de que no era ilusión mía y que alguno querría entrar. Decidíme á abrir y mi sorpresa fué en aumento al ver delante de mí dos personas ó persona y media, una mujer y un hombre, quiero decir, un negro.

La mujer cayó de rodillas en el dintel y el hombre habló como hombre verdadero. Era muy alto, y aún me parecía que se iba alargando, agigantándose más y más, conforme seguía hablándome, tanto que llegué á preguntarme si era yo el que sin querer, dominado por la pereza de la noche, me había arrodillado delante de aquel retazo de la misma. Estaba él, además de serlo, vestido de negro. La mujer venía vestida de blanco y era más blanca que el vestido. Nunca he visto otra mescolanza igual de blanco y negro como no fuera en el teclado de un piano. El negro no habló mucho, pero se explicó á las mil maravillas, poniendo en mis manos una bolsa que me pareció el edificio de la de Londres, quedando yo por ella muy semejante á nuestro padre San Francisco, á quien representan con una catedral de oro en la palma de la mano.—Para el señor de Arrimateas, me dijo, y dándome otra en seguida añadió:—Esta para el señor don Nicodemus Díez Piccolomini, á fin de que no se le ocurra escribir artículo alguno ó noticia sobre este caso.

—¿Pues qué, su compañero, además de zacateca, es publicista?

—¡Toma! Es aficionado á escribir necrologías de gentes que no ha conocido, con lo que, según oigo murmurar, parece que entierra dos veces á los muertos ahondándoles la sepultura.

—Prosigue tu cuento.

—No es cuento, pero prosigo. El negro volvió á hablar, mientras la mujer, entonces ya de pié, sollozaba temblando; y me habló para indicarme el objeto de su visita y la necesidad que tenía su señora, su ama, de permanecer algunas horas en soledad haciendo oración ante el sepulcro del señor Dolmeda, sin que nadie la inquietase ni se enterase de nada. Les aseguré que todo lo que pedían era posible. Hice ademán de acompañarlos al patio este, pero el negrazo me detuvo, dejando caer una mano sobre mi hombro para asegurarme que conocía la localidad tan bien como yo y más que Nicodemus. Le entregué las llaves, hice los dos ó tres de mis cortesías que algunos mal intencionados llaman de cuello de ganso, y á la verdad aquella vez, como si después de caer en mi estanque hubiera salido fuera medio ahogado y ciego no volví á ver, ni cerca ni lejos de mí á los estrambóticos visitantes. La mujer era muy jóven y si hay muchas así en el mundo, no veo la necesidad de creer en otros ángeles. Aquella noche hubo aquí dos lunas. El negro aparentaba mejor ser así como un muerto aparecido, tanto por el miedo que me encojó el corazón desde que le ví, como por ser todo negro, en mi concepto, ya ande, ya hable, ya ría, ya gima, ni más ni menos que un hombre enterado. A las dos de la madrugada oí á lo lejos una voz de mujer que decía repetidamente:—*¡Felipe!... Hasta mañana, ¡Felipe!...*

No bien dijo aquello el sepulturero, cuando Felipe, volviendo repentinamente de su desmayo, lanzó otro grito sepulcral que parecía responder al que José daba, procurando remedar los de la mujer misteriosa de su narración.

Nos dirijimos á él, asombrados á cual más, de verle en pié firme, imponente y con nueva irradiación de vida en el semblante.

—Dí, sepulturero del infierno, dí la verdad, exclamó con voz vibrante, estendiendo el brazo hácia José con ademán solemne.—¿Qué nombre fué el

que pronunció Eloá, el ángel, la mujer blanca que vino en Agosto á visitar mi sepulcro?

—Ya lo he dicho, y lo he gritado y lo he suspirado casi como ella lo hizo:—*¡Felipe!... ¡Felipe mio!*

—Estás seguro de que no decía: *¡Filemon del alma! ¡Filemon, mi primer amor!* Júrame que no decía Filemon.

—Señor mio, los nombres que se oyen y las cosas que se ven, como los que oí yo con estas orejas y ví con estos ojos, la noche que recuerdo, se quedan más fijos en la memoria que las estrellas en la noche del cielo.

—¡Filemon! ¡Filemon!—decía.

—No decía sino ¡Felipe! Vaya si decía ¡Felipe! Y no grite su merced, que será obrar contra lo mismo que ha dispuesto. ¡Felipe! fué el grito único de Agosto. Y despues de todo ¿qué testifica esa lápida? ¿De quién es ó para quién ha de ser la sepultura que la dama vino á bendecir con sus oraciones? ¿Y el negro?... No me nombró á nadie más que al señor don Felipe Dolmeda.

—¿Y qué más sucedió?—preguntamos á un tiempo los dos amigos.

—Yo no sé nada más. ¿Y lo dicho les parece poco? A las tres de la madrugada me acerqué por tercera vez á este patio, entré en él, lo registré con mi lámpara por todos lados, y nada, nada más. Los huéspedes habian desaparecido. ¿Por donde? no lo sé. Fuí á preguntárselo á Nicodemus y me contestó medio dormido que ni lo sabia ni tenía para qué saberlo. Al día siguiente, á cosa de las seis de la tarde, en el cementerio pasado por agua que llaman estanque del Retiro, sé que se divertían algunos echando migajas á los gansos ó lo que fueren, cuando de pronto suspendieron aquella tarea para entretenerse en ver sacar del agua el cadáver de un ahogado. Lo descubrió primero un cisne que al verle flotar se encaramó en él, dicen. En cuanto lo supe acudí á San Carlos para ver el muerto, pues me dijeron que era un negro, lo que explica á ustedes mi deseo de ver un cadáver más.

Como notase un señor de aquel hospital que yo miraba demasiado el rostro del que, además de ser negro, era muerto, me preguntó, con mal humor, si yo podía decir algo sobre aquel hombre. Sobre este hombre,—le dije por toda contestación,—no podría yo decir ni más ni menos que lo que habrá dicho el ganso que se le puso encima.

—Bueno, ganso, basta de eso,—exclamó impetuoso Felipe.—Pero, ¿y la mujer, el ángel?

Tras este nuevo esfuerzo, se dejó caer en la misma grada del sepulcro en que habia pasado el anterior parasismo.

—¿La mujer, el ángel? Dudo, en efecto, que aquello fuese cosa de la tierra... ¡Tate, tate! ¡Puede que aquella blancura viva fuese el alma del negro, puede! Vino él aquí á despacharla por el aire la víspera de dar su cuerpo á flete. De todos los suicidas se dice que antes de quitarse la vida, tienen ya perdido el espíritu.

—¡Ay! ¿Dónde estás tú? ¿Dónde estará?—preguntó Felipe al cielo.—¡Ay! *¡Lam ma Saba Ah ani!*

—¿La masa de qué?...—preguntó el enterrador, haciendo una mueca de las más disparatadas.

—Nada,—repuso mi amigo con ira;—que se marche usted cuanto antes y nos deje solos, según lo concertado y pagado. ¿No he pagado, por ventura, más, tres veces más que el negro, para tener por mio este estanque durante todo el día de hoy, hasta que vuelva á llamarle á usted?

El ganso contestó con sus saludos habituales, más humildes que los llamados de espinazos flexibles en los cementerios de la dignidad humana, y se retiró, por la puerta del pasillo, murmurando, amargamente:

—Todos los latines de este... muerto que habla, tienen una misma traducción, todos significan: *despachar al pi ojimo á paseo.*

Quando le perdí de vista, corrí á abrazar á mi amigo, rogándole con efusión que termináramos cuanto antes aquella visita, que parecia serle mortal.

—No ha de terminar... hasta que sepas algo de la dolorosa historia que me ha traído á este sitio y al extremo de agonía en que me ves. Ten paciencia, y óyeme sin miedo, sin lástima, sin la impaciencia de los que se cansan de ser amigos, ó de los amigos que sentados á la cabecera de un paciente, dicen y creen que le ayudan á morir.

Ninguna súplica fué acentuada con tono más dulce y conmovedor. Ofrecí obedecerle con una mirada que equivalía á un juramento, y él me lo agradeció con una lágrima que decía *así sea.*

VI

Felipe me habló sin que yo me atreviera á interrumpirle. Durante su narración apoyábase unas veces en mi pecho y otras dejaba caer la cabeza hácia atrás y de golpe, contra la grada superior á la que nos servía de asiento. Tan pronto sacaba el retrato para besarle frenético y para avivar sus recuerdos, como le volvía á esconder sobre su pecho, temeroso de que algunas de las personas á quienes nombraba apareciesen fantásticas á arrebatarle aquel tesoro. Su voz era más bien débil y entrecortada como de persona con fiebre que habla en sueños, pero dejando oír más de una vez aquella nota alada, tan suya, con que todo Haydn ha soñado, que ningún Beethoven ha conseguido aprisionar en los alambres de su pentágono.

—Ya sabes que Filemon y yo... fuimos... somos hermanos gemelos. Nos amamos con delirio mientras dormimos y despertamos en brazos ma-

ternales, pasando de los de aquella que nos dió el sér á los de la esclava que nos dió el pecho. Pero apenas se sustituyeron aquellas nuestras cunas —abrazos por lechos de pluma,—nuestro amor fué siendo menos fraternal. Y casi dejamos de amarnos, ó teníamos miedo de querernos desde el día en que una maga negra de nuestra isla de Cuba, enemícsima de los niños, castigó, vengó una travesura nuestra, tan inocente que los dos la teníamos olvidada al siguiente día, tan inocente como infernal la venganza, pues nos gritó como en tono de sentencia, que las desgracias eran contagiosas entre los gemelos y que teníamos forzosa-mente que separarnos, si no queria uno de nosotros verse en las tablas de un cadalso, cuando el destino ahogara al otro en un río. Ambos creímos aquello y cuando más añadió en lengua desconocida, pero cuyo sentido querian adivinar nuestras almas. Teníamos seis años. Ella nos añadió seis más con sus terrores. A los quince todavía teníamos los dos el mismo sueño cuando la menor dolencia quebrantaba nuestra salud, padecíamos la misma pesadilla, volvíamos á oír dormidos la amenaza de la hechicera. Al fin convinimos en separarnos para querernos mejor. El escogió quedarse en Cuba, para que yo viniese á fijarme en España despues de recorrer la Europa y parte del Asia en un viaje de cuatro á seis años. No, no volvíamos á vernos más mi Filemon y yo, su Felipe, ni sostuvimos correspondencia; ni él escribió á nadie procurando saber de mí, sino rarísimas veces, por medios laboriosos y pagando liberalmente las promesas de hacérmelo ignorar. Yo tampoco escribí á nadie preguntando por él y fuí más rígido en la observancia de la atroz consigna; por-que habiendo sido yo, tal creo, mas infeliz en la vida que mi hermano, se añadía al motivo supersticioso, otro más humano, para solo procurar que él me ignorase del todo.

Quando hace dos años largos salí de Madrid, allá por Julio, en dirección á Francia, si tú, si cualquier otro, me hubiera preguntado qué habia sido de Filemon, creo que hubiera contestado, con mucho convencimiento, que habia muerto hacia ya muchos años. Mi viaje á París fué motivado por la especie de *neurósis vesánica*, que comenzó á afligirme desde el duelo que ya recordarás con el pobre Argandoña. ¿Por qué no fuí yo el herido entonces? En París no estuve más de tres semanas, porque los médicos, desde las primeras consultas, me recomendaron los baños de mar, conviniendo tambien mis tres doctores, en que los más indicados eran los de Biarritz, termas intermedias en donde los españoles preparan su *toilette* para ir á la eterna fiesta de París; y Santa Piscina, *labacrum concienstiae*, en donde los franceses se purifican de algo para venir á España más devotos á orar en nuestras catedrales, á ver nuestra Semana Santa, en Sevilla. Dirijíme, por supuesto sin tardanza, á este punto doble; pero con tan mala suerte y tan excesiva doblez en él, que no pude tomar baños de ninguna clase, ni desvergonzado, ni hipócrita-místico. Ya el día de mi llegada me fué fatal: no conseguí habitación por ningún dinero. Cansado, aburrido, casi exangüe de haber viajado por la población queriendo hallar, sin conseguirlo, albergue, ya que no á mi gusto, apropiado á mi dolencia, entré en un restaurant cualquiera para cenar lo que fué tambien mi almuerzo y comida de aquel día interminable. Allí encontré un conocido, el mejor que podía haber deseado. Era sir Amyas Sic Klemore, secretario segundo que ha sido, por muchos años, de la embajada inglesa en Madrid. El me descubrió antes que yo á él, lo que me pareció generoso de su parte, pues era yo quien moría de hambre entonces. ¡Con qué rostro de pascua, ó de *Christmas* inglés, vino á mí para abrazarme! Cedió á mis ruegos, y cenó conmigo. Tomando café le referí mis cuitas, que él oyó y rió mucho, saboreando un excelente rom. ¡Ah, noble y generoso espíritu! Sir Amyas, mi baron de Sic Klemore, aunque él dijo siempre que no era más que *baronet*, me aseguró que tenia á mi disposición una cámara *really comfortable* frente al mar, que era mucho, y además vecina á la suya, que era como añadir frente al cielo más alegre de Biarritz. ¿Dónde? En el *hotel del Sagitario*. Así se llamó el albergue que hospedó en Venecia al moro Shakespiriano.

Es decir que me cedia la habitación que tenia tomada para otro amigo, del cual acababa de recibir un telégrama anunciando la imposibilidad de salir de Londres aquel verano. Pasé, pues, la noche mejor que el día, y mi verdadero día aquel lo gocé en el sueño de aquella noche. Pero á la mañana siguiente, la luz del sol volvió á serme funesta. Me asomé al balcón para saludar la segunda manera de mirar el cielo á los hombres. El mar daba saltos alegres al tocar cada peñasco, figurando aquí y allí fantásticos lebreles que acariciaban y lamían á sus gigantescos amos. En mi orgullo de la vida, en aquella hora de renovación, los saltos de las olas delante de mí, para volver más graciosas al mar, al pié de cada columbrete, me recordaban más bien la caída artística del gladiador, exhalando el grito:—*Morituri, César, salutant té.*

Pero poco tardé en sentirme asomado á peores abismos, al ver en el contiguo balcón un rostro muy conocido, muy pálido; pero triste como un recuerdo doloroso, pero tambien hermosísimo en su palidez cadavérica. ¡Mi hermano Filemon! Los dos nos miramos, anegando la vista en un mar de lágrimas. Yo apenas pude hacer un movimiento de cabeza, que él tomaba por un saludo, pero que

no era sino una frente que se doblegaba ante el destino. Luego le oí unas cuantas frases de moribundo que me dirijia á la vez que una de esas miradas ardientes que se quedan para siempre en el corazón que han apuñaleado.

Creo que me decía:—Buenos dias, y adios, ¡Felipe! Nada temas. Esto no ha sido mas que el choque de dos olas en el mar de las casualidades para seguir con más fuerza alejándose la una de la otra. ¿No es verdad que esas olas que asaltan los peñascos, parece que dicen al caer delante de una deidad fatídica:—*¡Morituri, César, salutant té!* Nuestro César es la fatalidad, ó una superstición maldita!...

Las últimas palabras las oí, estando ya dentro de mi cuarto. Pero una vez en el centro de la vasta cámara, tocando con ambas manos el velador que le servia de adorno, dominóme una de las manías peculiares del miedo, la de creer que tocaba mi espalda el fantasma de quien queria escapar. Volvíme bruscamente, me asomé de nuevo al balcón y dirijí una mirada tímida al de la izquierda... pero ya mi hermano se habia esquivado tambien en el interior de su cuarto.

A poco llamaron á mi puerta con blandos golpes. Nuevo terror supersticioso. El corazón me golpeaba más.—¡Adelante!—grité despavorido.—¡Imposible, dormilon!—dijo el de fuera.—Se ha encerrado Vd. con llave. Y eso no se debe hacer con la cama ni con la alcoba, sino con los ataúdes.—

Era la voz invariablemente jovial de Sir Amyas. Corrí á abrirle y me arrojé en sus brazos antes de hacerle entrar. El procuró desprenderse de los míos para contemplar mi rostro.

—¿En mi vida he visto cambio de fisonomía más extraño!—dijo entre asombrado y compasivo. ¿Así al pronto, se me figuró que Vd. no era Vd., si no su vecino de la izquierda, á quien no he tratado. ¿Quién será?

—¡El y yo somos hermanos!

—En hora buena, pero tambien lo es de Vd. y por consiguiente de él, este su vecino de la derecha, Sicklemore, *baronet*.

—Vd. no me ha entendido... Entre Vd. y sentémonos. Aquí nos servirán el desayuno, y entre tanto le hablaré de la desgracia de tener un hermano gemelo.

—¡Bah! ¡Bah! ¿Tambien Vd. cree en esas cosas? ¿Usted, deista casi agnóstico, ó bien agnóstico arrepentido con veleidades de teísmo pan-mesiánico, dando asenso á ridículas supersticiones? Bien dijo Pascal.—*¡Incrédulos! ¡Los más crédulos!*

Sin preocuparme de las burlas que por consuelo me propinaba Sir Amyas, hécete un relato, casi tanto en suspiros como en palabras, de mi pasada vida y de los miedos adquiridos en la niñez por los conjuros de una maga carbonizada, fénix surgiendo de las hogueras de la maga antigua. Hablé con efusión, mientras él comía, hablé con escaso de preguntas é interjecciones, para desahogarme, para evaporar mis lágrimas con el ardor de mis quejidos, para quitarme de encima la losa que me quitaba la respiración. Así pasamos tres horas, al cabo de las cuales entró el criado que nos servia, con una bandeja, en la que traía una carta para mí, protegida contra el viento que soplabá, no por un pisapapel, sino por una botella de *Johannisberg* superior que Sir Amyas habia pedido.

—Oiga Vd., siga Vd.,—dije á este abriendo mi carta.

—Beba Vd. antes de esto,—dijo él abriendo su botella.

—El señor de ahí junto, número 20, que salió hace dos horas, ha dejado en la portería esta carta cuyo sobre no dice más que esto:—*Al caballero del número 19.*

Y dirigiéndose á mi amigo, que era un 18, sin ser Rosa-Cruz, añadió con gravedad masónica:

—El *Johannisberg* se lo envía á Vd. de las bodegas de Weimar, un biznieto de Goethe.

—No hay que leerme nada, ni pedir permiso para leer,—dijo Sir Amyas cuando se marchó el compañero mason.

La carta estaba firmada por Filemon Dolmeda, y entre sus pliegues venia otra en papel finísimo, cuya firma decia en caracteres ténues como contorno inglés, trazados por mano temblorosa:—*Felicitas Galeaza.*

Lo que decia la carta de mi hermano era lo siguiente:

«Mi pobre Felipe: yo te habia prometido á ti, me habia jurado á mí propio despues de prometérselo y jurárselo al Dios de nuestra madre con voto tan solemne como todos los de aquella santa, no abandonar nunca nuestra patria por no servirte de obstáculo en ninguno de tus caminos, por que mis enfermedades no contagiasen tu salud, porque no diese la casualidad de que, adoptada por los dos la vida de viandante con preferencia á la sedentaria, tuvieses que acomodar algun dia tu cabeza fatigada en la huella mórbida que mi cabeza hubiera dejado la noche anterior en la almohada de un lecho alquilado. Pero, créelo, por pensar demasiado en tí, fue que abandoné las posesiones pingües que nuestros padres nos legaron en los montes y valles de Jara, tan rica de resplandores nocturnos que los cubanos llaman *centelleos de los muertos.*

Salí de allí con el exclusivo objeto de colocar, en la más segura casa fuerte de la Habana, un capital considerable que deseaba dejarte al morir, como última demostración de que solo á tí he amado en este mundo del odio, y solo por tu amor me habia resignado á agonizar lejos de tí, para no contaminarte ni con la sombra de desventura con

que ennegreció nuestras almas una maldita superstición. En el vapor mismo que me trasladó desde Baracoa á la bahía de la Habana, debía salir al día siguiente de mi llegada á ésta, y con dirección al Havre de Gracia, según me notificó el capitán, una familia nombradísima en toda la isla, por el valor prudente en la guerra, y la nobleza de hidalgo antiguo en la paz, del jefe de ella, el coronel de ingenieros D. Simon Galeaza: familia notable, asimismo por las virtudes caritativas de la esposa, y más que por todo esto, por la sin par hermosura de la hija, digna del nombre atractivo que el bautismo le había dado, nombre de predestinada, Felicitas, ¡la Felicidad! No quise desembarcar, y se lo dije al capitán en cuanto acabó de enterarme de todo lo concerniente á sus nuevos compañeros de navegación. No vacilé ni un segundo en seguir mi viaje al Havre, á París, á Londres, á Italia, á cualquier parte á que se dirigiera el coronel Galeaza con su interesante familia. El capitán me miró con tamaños ojos, como no los abrió nunca en sus malas noches, para consultar los astros. Me enamoré de Felicitas sin conocerla, y disfracé mi resolución hablando de las conveniencias de colocar mi dinero en un Banco de Europa. Esto atenuó efectivamente la apariencia de locura, con que asustó al capitán mi determinación. El resto de aquel día lo pasé escribiendo á mi casa, dando á mi apoderado, con la noticia de mi viaje, órden de lo que debía hacerse con mis bienes, si el tal viaje no me consentía el regreso. ¡Yo, que me había propuesto, desde la adolescencia llena de fé, no amar á nadie, ni aún á mí mismo, para no ser más que tu hermano, *tu alter ego*, amé delirante, sin embargo, delirante, la sombra que procedía á otro corazón, viniendo á interponerse á lo mejor en la distancia que mediaba del tuyo al mío! Ví embarcar á la familia con indecible deleite. Cada edad traía su encanto, cual en uno, cual en otro de los tres; la ancianidad era majestuosa en el coronel; la virtud, patriarcal en la madre; la belleza, divina y no marmórea, en la adorable Felicitas! Oí con cierta fruición el adiós repetido que ella y sus padres dejaban á los numerosos amigos que se apiñaron en el muelle para despedirlos. Aquel adiós me sonaba á roturas con el pasado, para dejarla más ligada con mi corazón y mi porvenir. Al cruzar aquella aparición celeste la tabla columpiante que subía del muelle á la cubierta del buque, ella tembló, temió caer en el agua, y lo dijo en un grito que tenía más de risa que de miedo; y fué mi mano, entre cien manos ofrecidas, la que escogió la suya por apoyo para saltar á bordo confiada.

En el viaje ella fué el mundo para mí, mi mundo nuevo. Ella mi adoración durante las calmas del golfo; mi serenidad, cuando en el rigor de las borrascas los demás temblaban deprecantes; ella mi única eucaristía del alma, cuando los otros no hacían más que comer ó cuando solo hablaban para decir que se morían de hambre; ella mi astro, mi centro, mi puesto privilegiado en la escala de los seres angelizados, cuando el capitán por medio del sextante y otros instrumentos, forceps para arrancar al astro una noticia feliz, interrogaba al cielo sobre nuestra situación en medio del abismo. ¡Todos seguían navegando, cuando yo solo sentía que había llegado! Sobre los monstruos del abismo hubo algo monstruoso que se componía de fuegos tan vivos como los de una *gehenna*, y luces tan juguetonas como las de una alborada, mi amor, mi pasión, mi vida nueva, mi Felicitas solo para mí! Pero Felicitas no me correspondió con igual cariño, no me quiso ser más que amiga. Dios no consentió que me amara. Ella se ha negado á pedirle el consentimiento. Entramos en el Havre ya tristes los dos, yo de mí mismo, ella por mí á quien solo compadecía. Los seguí á París, á pesar de todo, y á Londres y á Italia, y á Biarritz por último, y á todos estos puntos llegaba yo incansable, buscando vivienda en cuyos cristales viniesen á morir los rayos del sol que se quebraran en los del cuarto de mi vecina de enfrente.

Preferí las chozas que por toda luz recibían los reflejos de sus espléndidas moradas. Del viaje por mar me ha durado hasta hoy el balance del buque en el cuerpo, el mareo de amor y el deslumbramiento vertiginoso de Felicitas en la mente. Pero en la tierra como en el mar Felicitas ha permanecido fija en el *no* inexorable. Solo ha seguido compadeciéndose... solo ha cedido al ruego mío de que me lo revelara en cartas misericordiosas. De estas limosnas de su piedad, tres únicamente he recibido; y ninguna ha llegado á ser ni moneda de plata para mi amor, que oro de amor era lo que perdioseaba. Otros limosneros se equivocan y dan una dobla de gran valor creyendo dar al miserable una pieza de cobre que mancha la bolsa; pero mi ángel no se ha equivocado nunca. Te incluyo su último maravé, la última carta de su mano. Como verás, ese cobre me traía el óleo verduoso de muerte que el aceite y la llama destilan sobre el metal de las lámparas, aunque no sean mortuorias. Ya lo he recogido en besos y me ha envenenado el corazón. Cuando esta carta mía llegue á tus manos, yo estaré en el fondo del mar, ó flotaré juguete de las olas. Haz que te reconozcan por hermano mío, si te agrada seguir siéndolo ó pareciéndolo á los ojos de los demás.

Te he querido tanto, ¡Felipe! Entra en mi cuarto, paga mis gastos últimos, quema mis papeles, menos los que pueden ser útiles, y apodérate de una cajita atandada que hallarás en el fondo de mi maleta, de acero. Encierra dos millones de pesos

fuertes en oro y billetes del banco de Inglaterra. En mis amores mal coronados solo he gastado un millon; más pierden otros que son correspondidos. Si los dos restantes te pueden servir para cualquier cosa que cueste menos que el amor, empléalo á nombre de tu hermano, que muere con estos dos nombres en el alma, Felipe, Felicitas. Registra bien mis papeles antes de quemarlos; entre ellos hay documentos que legalizan mis disposiciones testamentarias á favor tuyo. Hace seis días que recibida la carta adjunta, comencé á morir:—espero descansar el sétimo, que es hoy. ¡Felipe mío! solo me cuesta decir adiós á mi Felipe!...

¿Me permites ahora recordar la carta de Felicitas? Estaba concebida en estos términos:

«Dolmeda: suplico á Vd. por la memoria de su madre, por la amistad envidiable que á su hermano profesa, que desista de seguir escribiéndome. Las cartas que de Vd. he recibido, me han costado muchas horas de martirio cada una. Y cada contestación mía, un siglo de remordimientos.

Se las devuelvo á Vd. en signo de estimación, por que si no quiero volver á leerlas, tampoco me atrevo á quemarlas. Están llenas de vida asombrosa y dudo que el fuego pudiera reducir las á ceniza. Nunca hubiera creído que un hombre pudiera retratar así, derramar, reproducir de ese modo su corazón en hojas de papel. Contesté á la primera por lastima, á la segunda por miedo, pues me anunciaba en ella su resolución de quitarse la vida, ¡y con qué habilidad me lo hizo creer y temer! Contesté á la tercera por una razón más dolorosa que las anteriores; por que tiemblo y lloro pensando que estoy siendo adúltera por anticipación; acusándome á mí misma de robar para el interés que Vd. me inspira dentro de marcados límites, una parte siquiera mínima del amor que debo reservar íntegro, puro y sin mezcla, al que según mi Providencia, ha de llamarme su esposa y poseer mi alma con mi fe, mi amor con toda su virginidad y mi vida hasta más allá de la muerte. ¿Quién es, quién será ese predestinado á llamarme esposa eternamente? No lo sé, pero lo presiento. Sé de cierto que desde que Vd. me habló, necesito amar, sino á Vd., como Vd. ama. Por Vd. y en sus cartas he aprendido vivamente lo que es amor, y cuán superior es la dicha de amar á la de ser amado. Ahora se de que manera convenceré al que espero del amor que ya le preparo en el cielo ó en los abismos de mis entrañas.

Gracias, amigo mío. Y gracias por otro favor, que no vacilo en calificar de más valioso. ¿Querrá Vd. crearme? Mi amado, aquel de mis dos amantes á quien rendiré albedrío, debe asemejarse mucho al retrato que Vd., con pasión de hermano, hace de su hermano Felipe en sus fogosas cartas. ¡Cuánto mayor es el relieve de un retrato sobre fondo de fuego, que sobre el fondo de noche, que prefieren los pintores vulgares! Gracias, otra vez, amigo mío. Démelas Vd. á mí, amigo Filemon, por que y sabe que no sé engañar. Al mismo tiempo, consuélase al saber que su alma generosa ha sido, de varios modos, el maestro de amor, el amor maestro destinado á educar mi alma, para hacerla digna de un ángel semejante á ese Felipe, de quien no ha podido Vd. olvidarse nunca, gemelo inseparable, ni aún cuando trataba de probarme su resolución de morir de amor por mí. Cada frase de las que siguen á este juramento, repetido en cada página de sus cartas, parece significar otro juramento de idéntica abnegación á su hermano. Hay párrafos en esas cartas, que he copiado en las hojas en blanco que hice añadir en París al principio y al fin de mi Devocionario cuando le dí á encuadernar. Los modifiqué poquísimo al copiarlos, y en algunos de ellos la alteración se reduce á sustituir el nombre de Felipe por el de algún santo de mi devoción.

Una vez he puesto, en vez del nombre de la criatura perfecta, el del creador de ella y de sus gemelas, el del creador para quien no se han escrito, hasta que Vd. los dictó, apóstrofes y delirios de caridad apasionada. Usted me ha asegurado en algunas ocasiones que Felipe ha muerto. Si, cuando me hablaba de la superstición incomprendible que los había obligado á desherrerse por la ausencia, para quererle bien. ¡Dios mío! ¡Un amor que busca el auxilio de las repulsiones! ¡Los centros atractivos enviando á las fuerzas centrifugas sus arrebatos! Esta exclamación es de Vd. ¿La recuerda? Otro párrafo de su carta segunda me dice que sentiría morir por no poder seguir velando de lejos por la vida de su hermano si todavía no ha muerto; de ese hermano á quien ha protegido infinidad de veces, sin que él supiera, valiéndose siempre con sutileza exquisita de intermediarios bien aleccionados, en todo accidente adverso de los muchos que han combatido la vida de su hermano de Vd. Esto ha quebrantado en gran parte mi primera vocación, amor primero que acarició mi madre, que hizo sonreír á mi padre, quien levantándose en sus brazos me ofreció al señor cual hostia de alabanza. Yo he soñado con mi entrada en un convento de la fundación de la baronesa de Champtal; y solo he tenido confesor para acrisolar con sus consejos sacramentales mi vocación de amor puro.

Pero al saber yo que en el mundo suele haber ángeles como Felipe, que ya caídos, ya incólumes, inspiran siempre eficaces abnegaciones, ¿á qué buscarlos, me dije, á qué buscarlos ó soñarlos en el claustro para la práctica de la santidad? Y al saber por Vd. mismo que uno de estos ángeles, Aristides del cielo, confinado á este mundo, vivía tal vez aquí

víctima de todos y de todo, hasta de sus propios pensamientos, ¿por qué no acompañar, volví á decirme, por qué no acompañar á Filemon en la tarea de velar por su hermano desde lejos, haciendo de esta vigilancia una religión, un culto sin testigos, castamente solitario? Seamos Vd. y yo, usted porque yo se lo pido, y yo porque usted me lo consiente, los dos polos de la protección á su hermano, yo el oriente de sus días cuando usted se decida á ser el occidente, teniendo en cuenta que ha sido ya por muchos años el astro providente único de su vida terrenal. ¿No me llamo Felicitas? Consienta Vd. que él llame así también algún día mis influencias sobre su destino. ¿Y no le contentará á Vd., hermano mío Filemon, que sea su alma sola la que se despose con mi alma, para que unidas, unificadas en una sola virtud, circunden de favores á un sér que necesita de Dios, de Vd. y de Felicitas? Pero otras frases de sus cartas, aquellas especialmente que poseen dejos de exaltaciones celestiales y que yo he copiado para rezarlas, me han inclinado á pensar que Felipe no está ya en Madrid ni en ningún otro punto de la tierra. Las últimas noticias que de él recibí al pisar la Europa, Vd. mismo me ha dicho que eran tristemente vagas y confusas. Pienso que Felipe ha muerto. No me atrevo á creer en la fé de los espiritistas, porque estoy acostumbrada á temer como tentaciones todas las ideas que arrebatan, todas las creencias lindas. Pero le juro á Vd. que sus cartas me han parecido en ocasiones dictadas por el espíritu de Felipe, cerniéndose protector sobre Vd. cuando usted quería enamorarme. No puedo arrepentirme de haber acariciado esta tentación, ni me atrevo á darle higas como Santa Teresa á las milagrosas visitaciones de su Cristo, por más que se lo ordenara el más celoso de sus confesores; porque yo, á la verdad, me siento más cerca de Dios cuando pienso que el espíritu de Felipe ha estado, con haberse ido al cielo, mucho más cerca y más fraternal de su hermano Filemon, comunicándole los divinos dictados del amor de los ángeles. Me respeto más á mí misma, cuando pienso también que el amor que Vd. me profesa sin haberlo solicitado ni acogido como Vd. pedía, no ha sido en realidad más que una emanación de su amor fraternal tan bien probado por las distancias, por las ausencias más crueles por las supersticiones más tiránicas, por los peores accidentes de la vida en el purgatorio-tierra. No quiera Vd. morir, Filemon, porque yo le lloraría demasiado, y porque recordándole muerto, pensaría tanto en Vd. como pienso ahora en Felipe; porque le amaría al fin con el amor que vivo no ha acertado á inspirarme. En este caso, mi alma los confundiría á los dos en un mismo culto supersticioso, ó como quieren calificarle los que entienden algo menos que yo de estas dulces suposiciones. Y su alma de usted, si acaeciera lo que le prohibo, sentiría entonces en el cielo mismo el acibar de los celos, que sólo es útil para avivar los amores deficientes de la tierra. Y yo acá sentiría el dolor de haber hecho dos celosos en la eternidad; celoso á un hermano contra otro, á dos gemelos cuyos corazones tanto y tanto se habían compenetrado al pasar por este mundo.

«Filemon: en la primera carta me pedías una crencha de mis cabellos, que no podía concederte. En la segunda, me decías pidiendo mi retrato, «deja siquiera que mi corazón sea eterna imagen y semejanza de tu hermosura de hoy.» y no consentí tal cosa. En la última me pides que te trate de tú por tú. A tu último ruego accedo para dirigirte mi único ruego, segura de que algo me concederás también por tu parte. «No te mueras, sino de amor por Felipe, y nunca como los *violenti contra loro stessi*, ni menos por causa mía.»

«Si como eres Filemon fueras Felipe, terminaría mi carta de este modo: ¡Tuya, si Dios quiere, para siempre!...»

No sé explicar lo que pasó por mí al terminar aquella lectura. Había perdido la vista, y sin embargo, me empeñaba en volver á leer una y otra carta. Sir Amyas, asustado sin duda, por mi aspecto y ademanes, que le hacían temer un arrebatado de locura, me arrebató las cartas y caí en sus brazos, balbuceando estas palabras:

—Sí, léalas Vd., entérese de lo que debemos hacer, y haga en lugar mío todo lo que pueda. Me siento morir. ¡Oh, mi cabeza, mi cabeza!

No sé si era de tarde ó de mañana, ocho días después del golpe, cuando me sentí surgiendo de nuevo á la vida desde el fondo de mi profundo sueño. Ví entonces por primera vez, después de una fiebre tan prolongada, al generoso Sir Amyas, que se acercaba á mi lecho, evitando hacer el menor ruido, y diciéndome en voz baja:

—¡Valor! A tu hermano ha sido imposible salvarle; pero á tí te hemos arrancado de las garras de la muerte, dos médicos amigos y yo, tu segundo hermano. Mi amor fraternal ha sido más poderoso que la profecía de la bruja negra. El cadáver de Filemon fué arrojado á playas españolas por las mareas, y á estas horas le estarán dando sepultura en Santander. Las recomendaciones que te dejó en su carta, quedan cumplidas por mí: cuanto te dejó está ya aquí en tu poder, después de todas las formalidades aconsejadas por el consúl de España en Bayona.—

Quise incorporarme para estrecharle entre mis brazos, pero aun me faltaban las fuerzas. Ni aun me fué dado hablarle de algo, de mi reconocimiento. El comprendió este deseo y me acercó

una pizarra. En ella escribí palabras aisladas de amor, de gratitud, y por último, con pulso más firme tracé algunos renglones ordenándole que hiciese labrar inmediatamente una sepultura decorosa á mi hermano en el mismo Santander y que pusiesen en la lápida en lugar del de Filemon el nombre de Felipe Dolmeda. De aquel pensamiento que súbito me asaltó mientras escribía en la pizarra, nació el propósito, más tarde, cuando recobré la salud, de pasar por muerto y hacerlo creer á todo el mundo por medio de la prensa, y á mis amigos de Madrid con más interés, por cartas de Sir Amyas, que en esto como en cuantas cosas le pedía, procuraba no contrariarme y sí hacer lo que más contribuyese á mi convalecencia.

Sir Amyas pasó á España á vigilar los trabajos de la sepultura de Filemon y cuando vió terminada la obra principal volvió en busca mía para llevarme á verla y proporcionarme el consuelo de dirigir los últimos detalles artísticos, y de plantar algunos arbustos al rededor del mármol. Los médicos me declararon en disposición de viajar, y aún añadieron que los viajeros completarian la curación.

—Si la completarán, les dije por segunda vez al despedirnos en la estación; y más seguramente si Vds. me ayudan á pasar por muerto.

—Desde que caísteis en nuestras manos, caballero, todo el mundo os dió por muerto irremisiblemente, tal era el estado de gravedad en que os encontramos.

Les di un fuerte abrazo por el magnífico epigrama que se les escapó en medio de las efusiones de cariño con que me despachaban para un viaje bien distinto del de sus otros enfermos...

No estrañes ahora, amigo mio, si es que oyes con la atención con que todos recojen las palabras de un moribundo, no estrañes que mi voz cambie de timbre y llegue á tí como si la exhalará un naufrago de la Medusa que ya no puede hablar cuando gritar quisiera. Quisiera yo en pocas frases llenas de la vida que me resta, hablarte de la mañana que visité el sepulcro de Filemon y de la noche de mis amores.

(Concluirá.)

TRISTAN MEDINA.

FRASES.

No hay gozo seguro, ni soberbia que tenga potestad sobre un instante.

Solo Dios existe. Los hombres solo sabemos que lloramos.

Alégrate sin olvidar el derecho de los oprimidos.

No des el perfume de tu corazón al polvo de una sepultura, sino al espíritu de tus hermanos.

La vida acaba como un pensamiento de misericordia.

¿Quién ama fuera de la vida? Y fuera de tí, Señor, ¿á quién esperamos?

Ni el espíritu se cansa de amar, ni Dios se cansa de vivir en el espíritu que le busca.

Dije cuando yo era feliz: ¿Para qué?—Y ahora pregunto: Dolor, ¿tú también eres un vacío?

El sabio morirá, y el necio morirá: ¿qué serán el necio y el sabio?

No confíes en tu soberbia, porque Dios hará lo que quiere.

¿Qué es mi vida? Lo que fué. ¿Qué será? Lo que es. Siempre lo mismo: un dolor debajo del cielo.

Alégrate, sé feliz, descansa tu corazón en la adversidad y en el estudio; pero no dejes de ser bueno.

Vale más una virtud, que toda la vida del hombre.

El sol, como el deseo, es aurora, sale y se pone, y vuelve á ser aurora... Pero ni el sol deja de ser sol, ni el deseo deja de ser vanidad.

Damos nuestro amor á la sabiduría; pero la sabiduría es ingrata.

¿Sabes lo que deséas?
El que no vive por Dios, pensará vanamente.

El imán atrae al acero, y la adversidad al alma del justo.

¿Qué vale vivir mucho, cuando no vivimos con nosotros?

Si tú no amas, ¿quién tendrá cuidado de tí?

¿Obras bien? Pues pasarás por bueno, aunque nadie sabe lo que piensas.

Aventaja en humildad á todos los hombres; pero compadécete si eres más soberbio que uno solo.

En todas partes eres frágil y peregrino: solo en el amor hay descanso.

¿Para qué buscas placeres, sabiendo que has nacido para la virtud?

¿Qué vale un nombre? ¿Es religión? ¿Es prodigio? ¿Es esperanza? ¿Qué importa? Lo que importa es amar.

El espíritu crea y destruye. La estupidez es una ruina. Crear es existir por la luz. El amor trabaja.

¡Pronto te abandonamos, Dios mío! Pero pronto volvemos á tu misericordia. ¿Qué naufrago no piensa en su patria? ¡Piedad infinita! ¿qué sentimiento no te pertenece?

La poesía, como la luz, como la caridad, como el amor, es de todos. El espíritu para el pueblo.

Amar es decir á Dios: Ya te sigo.

Como el amor es su pensamiento, medita en lo que medita el amor, en la caridad enseñada por un ángel!

Sociedad: tienes virtudes, porque tienes poetas. Espíritus privilegiados: teneis genio, porque teneis amor.

No confíes en lo que carece de ternura.

Felicidad, eres altiva.

No hay trabajo que no deba tener un pensamiento virtuoso.

El que tiene espíritu llegará en la caridad al límite de las vanidades.

Risa, llanto, desesperación, amores, dudas: todo esto muy conocido.

¡Cosa extraña! Lloramos por todo, y únicamente nos reimos de la vida.

Obra pensando en lo infinito, y no sacarás obstáculos de tu ciencia.

Si eres feliz, acuérdate de que hay justos que lloran, porque así serás justo.

¡Oh virtud! Háblame siempre de los hombres, para que mi espíritu viva contigo en una caridad perfecta.

No sé lo que soy; pero la desgracia descubre lo que puedo.

El espíritu sencillo y humilde vivirá sin trabajo, porque la inteligencia que le guía no le pertenece.

Duda de Dios, y crearás que todo llora sobre tu pensamiento.

El amor es la fortaleza de la sabiduría.

Pon tus ilusiones en el bien, que no es deleznable.

La estrella resplandece en la oscuridad; mas la oscuridad es ingrata.

El verdadero pensamiento sale del espíritu humano para buscar á Dios ó para consolar á los oprimidos; mas el pensamiento del necio nunca sale de una casa de prostitución.

Polvo, ¿qué fuiste? Felicidad, ¿qué eres? ¿De dónde venís, huracanes? Amor, espíritus adorados, tristezas, amigos, generaciones... ¿adonde váis?

Todo es amor: el amor resplandece en el espíritu, como la idea de Dios en la muerte.

Tú, que ignoras el pensamiento de Dios, ¿qué sabes?

Sueña en el arte, en la mujer, en la gloria: eso es bello; pero es más bello soñar en la caridad.

Jóvenes vencidos, genios que agonizan bajo el peso de una quimera, espíritus inmensos, desterrados de la amistad y del amor, ángeles despreciados por el hastío... ¿qué os he de decir?

No hables á tu soberbia; siente; pero siente con la humanidad: aflígete, no por tu ignorancia, sino por todos los dolores que desde el fondo de su sombra te piden un pensamiento de ternura.

Dios nos quita la voluntad cuando quiere hacernos felices.

Oigo la voz de lo desconocido que llora entre los rumores de las calles y la serenidad de mi pensamiento.

Id á los bosques; pero pensad en las almas abandonadas, no en las hojas que caen.

La virtud es digna del poeta.

Vano es el que hace de los amores transitorios un motivo para amar á Dios.

No te gloríes de tu ciencia: corónala con humildad, y serás dichoso.

A veces el cuerpo piensa mal del espíritu.

Es necesario que tus sentimientos pasen por lágrimas y por luz antes de que lleguen á Dios.

Las vanidades viejas, se van muy pronto de la memoria.

Mañana es el día de las resoluciones incompletas. ¿Y pensarás mañana?

La vida es corta, y el espíritu crece.

Tu virtud es para todos: el amor es lo único que te glorifica, y el amor no pertenece á los hombres.

Los que piden á la virtud lo que solo puede ser concedido por Dios; ó por mejor decir, los que aman, honran á la caridad, y tienen inspiraciones eternas, porque pasaron de la estupidez á la vida.

¡Ah! Juzgas á otros, y no te juzgas á tí mismo! ¡Confías tu felicidad en un hombre y no confías en la misericordia de Dios! ¡Piensas en un sueño, y no piensas en la verdad de tu deber!... ¿Qué quieres?...

El hombre juzga, y el Espíritu ama.

Vivid, no por apetitos y felicidades, sino por lo único que os pertenece, es á saber, la conciencia, la piedad de Dios y el amor á todos los hombres.

No hay dolores ni misericordia delante de los ojos del necio.

El justo no cae con soberbia.

Lo ideal es necesario en el hombre. El espíritu vacila, pero no cae. Un instante de duda, una mirada de dolor, el principio de un sueño... ¡Bah! El sueño tiene su aurora, la mirada se levanta, la duda no es eterna. Decid á los hombres: Tenéis sabiduría, tenéis pensamientos divinos, tenéis un corazón y un cerebro, tenéis amor. ¡Y no sois libres!

El pensamiento no ha sido creado para la vanidad, sino para el trabajo.

El cielo es luz, el espíritu es amor. ¿Tienes amor? Pues tienes alas. Mira, sal de tu nido, sube. Un nido, un horizonte, una estrella. Y en la cima un ángel.

Tu corazón es un espejo: acércate á lo ideal, y le verás conmovido.

Niega á Dios; pero solo cuando no puedas poner una esperanza entre su misericordia y tu espíritu.

No hay más que una cosa completa: el deseo.

Consuélate con el amor y vive por la libertad.

Después de mi vida, ¿quién se acordará de mi dolor? ¡Oh misterios! ¡Oh tiempo! Todo desaparece. ¡Y el espíritu no llega!

Hay hombres que solo tienen ingenio para despreciar á sus semejantes. Ese ingenio parece tan inútil como la caridad de los tontos.

De la fusión del espíritu humano con las emociones que la naturaleza causa en nosotros, resulta la fé, un misterio, ó por mejor decir, una conciencia conmovida por un ideal.

El deber es la lógica de la inspiración.

La filosofía nos dice: «Sois libres» ¿Y qué es la libertad? ¿Un vicio? No. ¿Una virtud? ¿La más grande de las virtudes? Pues bien: esa virtud es el amor; el amor es la libertad.

Hay almas que quieren ser infelices. Y están en la verdad esas almas.

Cuando medito en el espíritu, obra del amor, y en la naturaleza, obra del espíritu, pregunto: ¿Qué haces, esclavo, para que tu amor esté sobre lo insondable?

Levántate, genio: enseña, castiga, corona, no te olvides de los que padecen.

El verdadero dolor solo prueba al justo.

La esperanza está con el esclavo; la felicidad es del espíritu libre.

Si no amas á Dios, ¿qué haces?

Amor, ilumina mis pasos, para que mi espíritu no caiga.

El amor es una oración hecha con pensamientos de caridad.

Dios, ¿quién estará contigo? ¿Hay amor en los que te alaban? Y si no eres amor; si no enalteces á quien espera; si no miras desde tu luz al infortunio de los hombres, ¿qué vale tu gloria?

No pidas una felicidad inútil para tus semejantes. Lo que pides con ignorancia, no puede ser concedido por el amor.

¿Eres viejo? Pues no te apartes de tu corazón ni de lo pasado. ¿Qué ves? Inquietud en tu espíritu, lágrimas y recuerdos en todas las cosas. Y no hay más que lágrimas debajo del sol y polvo debajo de la soberbia.

¿Qué vale la sabiduría? Lo que vale el dolor, que nos aparta de nosotros mismos.

No: la palabra del rey no es con potestad; y todo ciudadano podrá decirle: ¿Qué haces?

Buscas, pero no consigues. Trabajas, y el premio de tu trabajo es una sombra, y esa sombra pasa como la vida de los necios.

¿Sabes por qué amas? ¿Y por qué odias?

Sé bueno: la virtud es la única felicidad que te pertenece.

Todo es amor. No hay vanidades completas. Solo el amor es como el bien, absoluto.

Mejor es un cuerpo sano, que un espíritu necio.

Hombre virtuoso: regocíjate, come tu pan mezclado con lágrimas de alegría, y saca consuelos de tu ciencia, porque Dios ha puesto su caridad sobre tu alma.

La noche es como la vida, que tiene lágrimas, claridades y misterios. El amor es una estrella.

Amad, y no confiéis en lo transitorio.

¡Dios mío, no castigues á los que no aman, porque su corazón no tiene pensamiento de vida!

Tu felicidad es de Dios, y Dios es del espíritu recto.

Si el amor no fuese una verdad, ¿cómo pensarían los justos?

El espíritu se dilata en la muerte. ¿Quién nos dirá lo que seremos? Verdad, ¿hasta cuándo?

Amaré á Dios, porque me ha hecho desgraciado.

El verdadero amor es perfecto, porque es espíritu; y el espíritu es como Dios, Altísimo y humilde.

La caridad es una flor de invierno: tiene hojas para la nieve, luz para Dios, y pertume para el aire frío.

¿Juzgas al que cae sobre sus lágrimas? Tú caerás sobre polvo. ¿Y qué juicio te levantará?

Tú, esclavo que no amas á Dios, ¿por quién vives?

Abre tus ojos para ver, y tu boca para decir palabras de clemencia.

El amor es la ley de Dios ¡Feliz el que saca del amor el ideal de sus meditaciones!

¿Qué eres? ¿Y qué diré á tu soberbia? Enseñar... ¡Bah! ¡Enseñete Dios con la misericordia de su espíritu no el hombre con las palabras de sus labios.

Besa los ojos que te buscan, y da luz á los caminos del ciego.

Levántate, corazón; ayúdame, Dios omnipotente, porque tuyo es el amor de mi espíritu.

Mueren... ¿Quién podrá detener el último pensamiento de una vida?

Abre tu corazón al derecho del menesteroso, y juzga con espíritu de caridad.

No tiene miedo á la luz quien está vestido de pureza.

Entre el pensamiento y la desesperación no cabe más que una esperanza.

La felicidad debe ser hija de una idea.

—¿Qué recuerdas de los consejos de Dios?— Nada.—¿Y tu corazón?...—Está ausente.—¿Quién se acordará de tu olvido?

Desear es no pensar en nada.

Entre la risa de la estupidez y las lágrimas de la virtud, ¿qué espíritu vacila?

Las ilusiones vanas suelen traer consigo felicidades verdaderas.

El placer tiene semejanza con el polvo: nadie sabe de donde viene.

Todo es esclavitud en la tierra; nada existe fuera de Dios.

Las flores caen, las esperanzas envejecen, las generaciones pasan; mas el polvo es deleznable y eterno.

Unos confían en riquezas, otros en coronas, casi todos en nombres; pero nosotros confiamos en un alma.

Mejor es la tristeza del justo, que la prosperidad de los necios.

Sed humildes, y no seréis despreciados; amad, y viviréis en Dios.

No hay desfallecimientos para los que aman, porque la sabiduría del amor es completa.

Amor: voz del cielo sobre el espíritu humano.

La misericordia y el amor se confunden: Dios y el alma se besan.

Pensamos para saber llorar.

El que ama, juzgará rectamente.

La gloria de los necios es tan insegura como la nube: polvo que se agita y desaparece.

¿Hay amor en lo alto?

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

ESTUDIO CRÍTICO.

Este ilustre escritor nació en Zafrá, en mediados del siglo XVIII. Desde bien niño era ya poeta, y dedicado al arte escénico sobresalió, cual ningún otro de sus tiempos, en el género de la tragedia. Es preciso conocer el estado del teatro español en los últimos del siglo XVIII para apreciar debidamente á García de la Huerta.

El astro del teatro Lope de Vega se apagó para oscurecer bien pronto nuestra literatura escénica. Aquel gran poeta, fecundo sin ejemplo en los pasados y los presentes tiempos, y que como dice Gil y Zárate «há de vérsese cargado con el inmenso caudal de sus obras; vistas juntas asombra, anadando al que las contempla; desmenuzadas, pierden el prestigio, y no pocas veces causan desagrado, y, como Lope de Vega dice, no compuso para el arte, sino para el pueblo.» En sus muchas comedias, las principales son *El Anzuelo de Fenisa*, *Obras son amores y no buenas razones*, *¡Si no vieran las mujeres! Las Flores de Don Juan*, *La Estrella de Sevilla*, *El Mejor alcalde el rey*, *El Premio del bien hablar*, *Lo cierto por lo dudoso*, *Los Milagros del desprecio*, *Querer su propia dicha*, *La Moza de cántaro*, *Por la puente Juana*,

El Perro del hortelano, *La Dama melindrosa*, *La Bella mal mirada*, *La Ilustre fregona*...

Contemporáneo de este fueron el Dr. Ramon, el canónigo Tárrega, Gaspar de Aguilar, y Mira de Méscua, de quien se conservan 50 comedias, entre ellas *El Palacio confuso*; y Luis Velez de Guevara, que dió á luz más de 400 comedias. Entre los imitadores de Lope, se cuenta el célebre Montalvan, que, á pesar de haberse vuelto loco á la edad de treinta y cinco años, escribió 30 comedias y 12 autos sacramentales.

Gabriel Tellez, conocido por el pseudónimo de Tirso de Molina, se apartó de la senda trazada por Lope, y, por confesion propia, sabemos que escribió 300 comedias en catorce años. En el mismo siglo floreció Moreto, que escribió dramas hasta la edad de veinte años, en que tomó el estado eclesiástico, y sus obras serán las más ricas joyas de nuestro teatro, lo mismo que las de su contemporáneo Francisco Rojas. Las mejores piezas de este último, son: *Del rey abajo ninguno*, ó *García del Castañar*. Tomás Corneille imitó, y casi tradujo, una de sus mejores comedias, y Scarron, en *Yodetele*, hizo otro tanto con la de *Donde hay agravios no hay celos*. Juan Ruiz de Alarcón, que por su figura fué ridiculizado y despreciado por los grandes de la corte de Felipe IV, y con sus comedias se encaminaba á reprender los vicios y á ensalzar las virtudes, tiene más profundidad, más juicio, más corrección y filosofía que Lope, aunque no sea tan fecundo como éste.

Además de los ya citados preclaros ingenios, el reinado de Felipe IV, abrazó diez y ocho años, de los más floridos, Calderón de la Barca, príncipe del teatro español. Comenzó su carrera dramática á los trece años, con la comedia *Carro del cielo*, y concluyó á los ochenta y uno, con *Plado y divisa*; y en el espacio de sesenta y ocho años, escribió 109 comedias y autos sacramentales. Sus obras más celebradas son: *La vida es sueño*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *Con quien vengo vengo*, *Certámen de amor y celos*, *El Príncipe Constantino*, *El Médico de su honra*, *Los Dos amantes del cielo*, *El Alcalde de Zúñiga*, *Amar después de la muerte*, *El Purgatorio de San Patricio*, *Luis Perez el Gallego*, *El Gran Príncipe de Fez*, *La Devoción de la Cruz*, y las dos anteriormente citadas. Se distinguen sus obras por la creación de caracteres, de imaginación, pureza y elegancia poco comunes; aunque pecó muchas veces contra las reglas, siempre fué un maestro, y será venerado como uno de los mejores poetas dramáticos, no sólo en España, sino en el extranjero.

El teatro decayó con la muerte de Felipe IV, por haber ordenado la reina viuda que no se representasen obras hasta que el heredero de la corona tuviera la edad para gustar de ellas; y de las cuarenta que existían en su reinado, sólo pudieron reunirse tres cuando se casó Carlos II.

Desde entonces hasta los tiempos en que floreció el célebre Leandro Fernandez Moratin, no encontramos ningún autor dramático que pudiera competir con los precedentes; pero decimos mal, porque estaba García de la Huerta, que, por sí sólo, escribía mejor que todos sus contemporáneos, y con gran ingenio, pues obras tiene con su nombre, que no se hubiera desdenado en darlas el suyo el gran Lope de Vega.

Para saber lo que este poeta extremeño valia, es necesario leer su preciosa tragedia *Raquel*, muy superior á cuantas nos presenta el teatro francés. Y sin embargo, *Agamenon vengado*, como *La Xaira*, tienen rasgos aún mejores que la *Raquel*. En este género literario, García de la Huerta es solo en sus tiempos. El comprendió muy bien la decadencia del teatro en el siglo XVIII, y cuán difícil le sería restaurarla sin el concurso de un gran número de autores que á él se asociaran para tan laudable empresa. Y apeló á la tragedia, donde, con menos esfuerzo y más libertad, logró un gran nombre.

Pero García de la Huerta también escribió en otro género: sus mejores obras literarias son:

- 1.^a *Compendio de poética*. (Madrid, 1779.)
- 2.^a *Sumario á cada reinado* (acompañó á los *Retratos de los reyes de España desde Atanarico hasta Carlos III*, Madrid, 1782.)
- 3.^a *Endecasílabos con motivo del bombardeo de Argel*. (Madrid, 1783.)
- 4.^a *Lección crítica á los lectores de la continuación de las Memorias críticas de Cosme Damian*. (T. VII del *Theatro Español*, Madrid, 1785.)
- 5.^a *Obras poéticas* (segunda edición, Madrid, 1786.)

En esta obra, y al tomo I están comprendidas sus tragedias; en el segundo sus poesías.

Parécenos que el que tanto escribió, bien merece un puesto de honor en la literatura española. Con muchos escritores como el trágico extremeño otra hubiese sido la suerte del teatro nacional en el siglo XVIII. Pero ya al comenzar los mediados del mismo se inició una reforma salvadora á la que contribuyeron quizás García de la Huerta y Fernandez Moratin, aunque estérilmente secundados por los príncipes Borbones, porque es preciso reconocer aquí que entre las innovaciones que se intentaron con el cambio de la dinastía, fué la introducción del estilo del teatro francés, que pocos imitadores tuvo. Leandro Fernandez Moratin, hijo de Nicolás F. Moratin, autor también dramático, es llamado por algunos el Moliere español: sus comedias son verdaderamente clásicas y morales: su estilo fácil, bello y correcto: su primera come-

dia fué *El Viejo y la niña*: la segunda *El café ó la comedia nueva*: fué como un verdadero Quijote del teatro español, contra los que corrompian el teatro. A más de otras varias comedias, le debemos los *Orígenes del teatro español*, que tantos datos y noticias curiosas arrojan á la historia de nuestro teatro.

La guerra de la Independencia y las luchas civiles, que no dejaron en reposo al suelo español, fueron la causa de que hasta Martínez de la Rosa no encontramos ninguno que ni medianamente se haya distinguido en el teatro español. Desde Martínez de la Rosa, han sido muchos los que se han dedicado á la composición dramática, siendo dignos de nombrarse Breton de los Herreros, Hartzbusch, Fernandez Gonzalez, Ventura de la Vega, Lopez de Ayala, Zorrilla, García Gutierrez, y otros.

Por supuesto que el reinado de estos autores, en la escena española, ha sido un meteoro que pasó rápido, y apenas si en los quince ó veinte años que ha durado la sucesión de los unos á los otros, han producido sus obras pequeños resplandores. El gusto del pueblo no se corrige tan pronto, ni los actores se improvisan. Además, la escena española tiene un defecto que nosotros señalamos con el nombre de «la fuerza de la costumbre.»

Muchas veces, humildes espectadores perdidos entre el numeroso público que llena un teatro, nos hemos puesto á reflexionar acerca de ciertos absurdos escénicos que jamás se nos ocurre censurar, porque á ellos estamos ya acostumbrados desde la niñez.

¡La costumbre! ¿Por qué los antiguos no la señalaron un lugar en el Olimpo?

Ella nos ciega hasta el punto de parecernos lógicas y naturales las más monstruosas anomalías; ella nos induce á poner en práctica los actos más estúpidos é irracionales, revistiéndolos de una apariencia de buen sentido; ella sanciona (el uso) en las reglas ortográficas lo que la Academia de la lengua no se atreve á reformar; ella pone (la moda) en nuestra cabeza esa tapadera cilíndrica que llamamos sombrero de copa alta; ella permite, sin temor al escándalo, que jóvenes de distinto sexo celebren con un abrazo íntimo los acordes de un vals; ella, en fin, disculpa á los enamorados de las faltas de cortesía y educación en que incurren cuando en presencia de personas de poca confianza se ponen á cuchichear en un rincón...

Pero volvamos al teatro.

Prescindiendo de lo poco que se cuidan nuestros autores dramáticos de observar las reglas retóricas respecto á las consabidas unidades de lugar, tiempo y acción... porque ¡librenos Dios de meternos ahora en el terreno de la crítica social y haciendo caso omiso también del modo ridículo como en nuestras zarzuelas pasan bruscamente del verso declamado al verso cantado, uniendo en extraño maridaje á Talía con Euterpe, vamos á decir cuatro palabras con respecto á los apartes, los monólogos, la mímica y el verso del teatro moderno.

Los críticos de ahora cogen las disciplinas y gritan hasta el punto de enronquecer: ¡Cuidado, señores, cuidado con dejaros arrastrar por la fantasía: realismo, verosimilitud, naturalidad!

Y en efecto, vamos al teatro, y sólo vemos en escena personajes dementes, sordos y ciegos; esto está muy lejos de ser real y verosímil, puesto que no todos somos ciegos, sordos y dementes.

Comencemos por los apartes.

Es ciertamente asombroso que hayamos podido acostumbrarnos á ello; supongamos una escena entre dos personajes: una señora y un caballero.

Ella.—Doy á Vd. las más expresivas gracias por tan señalado servicio.

El.—Señora, si no merece la pena. (*Aparte.*) ¡Cuándo te morirás, vieja ridícula!

Y este aparte, que se ha oído clara y distintamente en las últimas filas del paraíso, no lo ha oído la aludida, que está precisamente al lado del que acaba de insultarla descaradamente.

No lo ha oído, es decir, suponemos que no lo ha oído; es preciso echar mano de toda nuestra fuerza de voluntad para figurárnoslo así, ó mejor dicho, se necesita nada menos que la *costumbre* para que la tal anomalía no nos parezca lo que es.

De esto hay que deducir que aquella señora era sorda.

¡Los monólogos! ¿Qué juzgaríamos de un hombre que se encerrara en su habitación y se pusiera á hablar á gritos, durante un buen rato, y combinase verbalmente planes maquiavélicos (quizás un asesinato ó una seducción) y se prodigase á sí mismo los más duros epítetos, ó por el contrario, se llamara guapo ó elegante, etc?

Diríamos que estaba demente, porque un hombre cuerdo, aun en los momentos de mayor exaltación ó arrebató, si se halla á solas, apenas pronuncia alguna que otra palabra en alta voz y pronto se sumerge en sus reflexiones y conjeturas.

Pues locos son todos los personajes que vemos puestos en escena; raro es el que no pronuncia su correspondiente monólogo para enterar al público de todo lo que va á hacer.

Y no nos extraña esto, porque ya estamos acostumbrados.

Pasemos al verso.

Es indudable que en la vida real hablamos todos en prosa: si inconscientemente resulta un pareado en la conversación nos sonreímos. ¿Quiéren los autores llevar al teatro la realidad de lo que en el mundo social sucede? Pues que escri-

ban sus obras dramáticas en prosa; esto sería más natural y verdadero.

Escenas hay en que hablan cuatro personajes, y es maravilloso observar cómo se van buscando uno á otro los consonantes hasta formar insensiblemente redondillas, octavas reales ó décimas; ejemplo:

Elvira. No quiero oírle nombrar.
Enrique. ¡Pobre Andrés, te quiero tanto!...
Canuta. Un muchacho que es un santo.
Meliton. Pues con él te has de casar.

Otras veces habla también en verso un palurdo que increpa duramente á su hijo, porque el muchacho le ha salido poeta; el bueno del padre dice poco más ó menos lo siguiente:

Estás hecho un haragán;
yo reuní una lucida
fortuna, pero en mi vida
he dicho un verso, Julian.

Esto trae á la memoria el célebre verso de Virgilio:

Juro juro pater nunquam componere versos.

Ocasiones hay en que el personaje está dando las últimas boqueadas (como suele decirse) y habla en verso: dirán que todo esto es un modo artístico de expresión; pero en ese caso que no hablen de naturalidad ni de verosimilitud.

Respecto á la parte mímica, observamos también que los actores se entregan á los más variados ejercicios, haciendo exageradas señas y contorsiones, todo lo cual es preciso suponer que no lo ve el personaje á hurto del cual se verifican: un guiño, un pequeño movimiento de cabeza es lo corriente en la vida real; pero si alguien manotea y se moviera con tan poco disimulo á espaldas nuestras, algo habría de llamarnos la atención, á menos de no ser ciegos, como hay que suponer que son los personajes teatrales.

Ciegos, sordos, dementes, versificadores (si no poetas): estos son los tipos escénicos usuales; pero todo nos parece moneda corriente porque así lo sanciona la *costumbre*.

Y conveganos que si *costumbre* fuera que se tiñeran los actores la cara y las manos de verde, no nos hubiera costado gran trabajo suponer que el género *homo sapiens* ostentaba el color propio de los vegetales.

Y oíríamos frases como esta:
—¡Qué color verde más *natural* el de las meglillas de la actriz X!

Como cuando decimos ahora:
—¡Con qué *naturalidad* dijo el monólogo Fulano!

¡Después de esto que vengan á hablarnos de regenerar la escena española!

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

CRÓNICA CIENTÍFICA.

En la sangre de los veinticuatro coléricos que hemos observado, hemos visto en los intervalos libres comprendidos entre los glóbulos, pequeños artejos muy pálidos, ligeramente alargados, estrechados en su parte media, comparables á los artos del fermento láctico, pero mucho más pequeños y de una refrigencia tan débil, que son muy difíciles de distinguir. La sangre del corazón contiene á veces en abundancia, pero en general la sangre de las venas mesentéricas, gástrica, porta y hepática es la más cargada. Fijan mal los colores de anilina, de suerte que hay grandes dificultades en obtener preparaciones colorantes demostrativas, tanto más cuanto que se teme siempre confundir un organismo tan pequeño con los depósitos de materia colorante ó las granulaciones de protoplasma.

Si se coloca en una estufa á 38 grados durante veinticuatro á cuarenta y ocho horas tubos de sangre colérica pura, estos artejos aumentan en número, y á veces se reúnen formando cadenas de tres ó cuatro.

En la mayor parte de los casos el suero de la sangre conservada en los tubos, se hace ligeramente ácida, y lo mismo se ha observado en un caso en que el líquido del pericardio y la sangre se han examinado inmediatamente después de la muerte.

Para acabarnos de asegurar que la causa del cólera es un organismo, tratamos de cultivarle en líquidos á propósito; pero nuestras experiencias no dieron resultado en los cultivos más variados, tales como caldo neutro de gallina, de ternera y albuminoso, orina neutra, leche, suero de sangre de vaca, sangre de conejo, etc.

Tampoco nos dieron resultado los numerosos ensayos que hicimos para comunicar el cólera á los animales, tales como gallinas, pavos, pichones; conejos, ratas, ratones, perros, gatos, un mono, cerdos, etc. En vano les introducimos diferentes veces sillas riziformes y materias vomitadas, secas ó frescas, y cantidades considerables de intestinos, de vísceras y sangre de los coléricos. Igual resultado negativo nos dió la inyección intravenosa ó subcutánea de sangre colérica.

Al cabo de tantos ensayos se puede asegurar que los animales no son susceptibles del contagio, quedando, por consiguiente, por descubrir el modo de inoculación y las condiciones de virulencia que permiten esta trasmisión.»

EL HOMBRE TERCIARIO.—El ilustre profesor M. de Quatrefages ha publicado en el *Journal des Savants*, una série de estudios antropológicos que acaba de revisar, refundir y reunir en un volumen con el título de *Hommes fossiles et hommes sauvages*. Diremos cuatro palabras primero del hombre fósil.

La ciencia prehistórica se ha constituido en poco más de veinte años con extraordinaria rapidez, siendo hoy cosa sabida de todo el mundo que el origen del hombre data de una fecha sumamente lejana. «La existencia del hombre terciario, dice M. de Quatrefages en una comunicación reciente dirigida á la Academia de Ciencias, se ha discutido mucho en estos últimos años; y con frecuencia, consideraciones extrañas á la ciencia han intervenido en el debate. Cosa singular; los teólogos y los libre pensadores han estado muchas veces de acuerdo en atribuir á los hombres actuales antecesores más ó menos afines á los monos; mas los primeros creen que estos seres intermedios desaparecieron con las creaciones donde eran los representantes más perfectos; mientras que los segundos suponen que esos mismos animales, ya muy perfectos, han sido nuestros antepasados y nosotros somos fisiológicamente sus descendientes. Fuera de estas especulaciones que nada tienen de científicas, la existencia del hombre terciario, sin estar demostrada con tanta evidencia como la del hombre cuaternario, nos parece que tiene en su favor cierto número de hechos positivos, para lo cual insistimos principalmente en las observaciones de Mr. Capellini.»

Según M. Quatrefages, los dibujos de M. Capellini en su obra «El hombre plioceno y zooceno,» son absolutamente demostrativos. Representan incisiones hechas en huesos de *Balenotus*, lisas por un lado, arrugadas por el otro, que sólo pueden proceder de un instrumento cortante, dirigido oblicuamente, desprendiendo esquirlas que se destacan al trazar surcos semejantes. En el Congreso de Buda Pest se objetó que tal vez estos surcos habrán sido producidos por el diente de algún pez; pero en el Congreso de Lisboa, M. Capellini enseñó porciones del omópato de *Balenotus*, en el que se veían incisiones de forma curva, demostrando que sólo la mano del hombre podía haber causado tales incisiones. Sin duda alguna horda de aquellos tiempos remotos encontró en la costa de Italia el cadáver de ese gran cetáceo, cuya carne despedazó con sus cuchillos de piedra, como hoy lo hacen todavía los salvajes de Australia.

Después de algunas vacilaciones, M. Quatrefages admite también la autenticidad del hombre terciario de Thenay en el país de la Beauce. Hace más de veinte años que el abate Bourgeois encontró en el terreno mioceno, medio de esa localidad, pedruzcos de sílex que consideraba como habiendo sido tallados por la mano del hombre.

Los presentó en 1860 al Congreso prehistórico de París, aunque sin éxito; se discutió de nuevo la cuestión en el de Bruselas, donde se nombró una comisión para que examinase los objetos; pero el punto principal quedó sin dilucidar, cual era el yacimiento mismo de los sílex descubiertos. Respecto á los terrenos de la Beauce, pudieron haberse cometido grandes errores, pues allí el terreno cretáceo está cubierto por una formación de arcilla con sílex, que sufrió en ciertos parajes profundas denudaciones, á consecuencia de las cuales en un mismo corte se pueden encontrar sílex de distintas edades, desde el terreno de la creta hasta el cuaternario. En el Congreso de Bruselas, cinco individuos de la comisión, no reconocieron el trabajo del hombre en los sílex que examinaron; pero los restantes, en número de nueve opinaron por la afirmativa. Las mismas divergencias de pareceres han continuado en el Congreso de Lisboa, y continúan todavía, quedando aún indecisa la existencia del hombre terciario.

Los datos relativos al hombre cuaternario, son por el contrario, abundantísimos y por todas las personas ilustradas bien conocidos, por cuya razón no seguiremos en este punto el examen de la obra de M. de Quatrefages. Pero sí nos haremos cargo de sus observaciones, concernientes á las razas primitivas: «Poco después del comienzo de los tiempos cuaternarios, dice ese ilustre profesor, han existido por lo menos dos razas humanas; perfectamente distintas; y de esto solo puede deducirse que el hombre era ya muy antiguo en la tierra, pues había experimentado muchos siglos antes la acción de diversas condiciones de existencia, ya á fuerza de tiempo, ya por distintas emigraciones en la superficie del globo.» De aquí debe inferirse que el hombre data por lo menos de la época pliocena.

A cualquier tipo que se refiera, resulta que el hombre cuaternario tiene las condiciones de tal, pues en él se observan piés y manos propias de nuestra especie, la doble curvatura de la columna vertebral y el predominio del cráneo sobre la cara.

En el cráneo de Neanderthal, supuesto por mucho de un ser inferior, se nota una capacidad doble por lo menos de la que tenga el mono más perfecto. Hunley mide en él 1.220 centímetros cúbicos, y para el gorila sólo se llega á la cifra de 550.

El hombre fósil de Constadt, francamente dolicocefalo, tenía una frente baja y deprimida y una bóveda craneal rebajada muy prolongada hacia atrás, tallaba toscamente la sílex, las cuernas de ciervo y las mandíbulas de oso; llevaba collares y brazaletes hechos con conchas y corales; se parecía mucho á los hombres actuales más inferiores en la série antropológica, es decir, á los indígenas

de Australia y Nueva Zelanda, y como ellos era nómada y vivía de la caza. Esta raza habitó las cuencas del Rin, del Sena, las vertientes de los Pirineos, Suecia, Italia, España y Boemia. Su tipo se propagó hasta los tiempos modernos por una especie de atavismo.

Otros cráneos semejantes se han encontrado en Inglaterra; y en Francia M. Godion estudió el de San Mausuy, cuya bóveda es todavía más rebajada.

Sin embargo, son muchos los ejemplos que impiden se establezca con toda claridad la distinción de razas fósiles. La craneología es una ciencia que todavía se halla en su infancia. Acumula observaciones, pero no ha llegado á establecer una ley verdadera que relacione los caracteres de la caja huesosa con cierto desarrollo cerebral. La sustancia cerebral tiene una vida misteriosa, cuya verdadera naturaleza es desconocida. No hay persona que no haya podido observar las cabezas mejor conformadas y correspondientes al tipo ideal de la perfección, asociadas á los sentimientos más bajos y á la inteligencia menos vigorosa. ¿Quién no ha visto, por el contrario, en hombres muy eminentes, ó por el talento, ó por la naturaleza moral, formas de cabeza sumamente extrañas?

«Los hechos que acabo de referir, agrega M. de Quatrefages, bastan para demostrar que la forma craneana muchas veces calificada de bestial, no supone la carencia de las facultades humanas más elevadas, y nos autorizan á decir que el individuo cuyos huesos se hallaron en la caverna de Neanderthal, ha podido poseer todas las cualidades intelectuales y morales que permitieron su género de vida y su estado social.

M. de Quatrefages habla despues de la raza llamada de Cro Magnon, que sucedió inmediatamente despues á la de Constadt en las alusiones de Grenelle. Un cráneo de esta raza medido por Broca tiene 1.590 centímetros cúbicos, número superior en 119 al término medio obtenido por el mismo naturalista en 125 cráneos parisienses del siglo XIX. La raza de Cro-Magnon atravesó todos los tiempos cuaternarios y les ha sobrevivido. Despues del valle de la Vézere, que los trabajos de Lartet hicieron célebre, se le encuentra en la caverna de Monstier, en Langerie, en su Magdalena y en otros muchos sitios. Se ve progresar su industria primitiva y presentar analogías con los Pieles Rojas de América, á la vez guerreros y cazadores.

LOS ASTEROIDES INFERIORES.—M. Chapel dá á los aereolitos el nombre de *asteroides inferiores*, y acaba de exponer en una obra reciente ideas muy originales acerca de la naturaleza de estos cuerpos. Les considera como fragmentos de cuerpos planetarios, cuyo paso por nuestra atmósfera se manifiesta por la producción de los bólidos y de las estrellas errantes. Hay ciertas noches en que se cuentan varios centenares de millares de estas estrellas desde el mismo lugar. M. Herrick deduce de las observaciones que hizo en Newhaven que varios millones de estos meteoros entran diariamente en la atmósfera terrestre.

Regnault explica su incandescencia de este modo:

«Cuando un cuerpo atraviesa el aire con una velocidad mayor que la del sonido, la elasticidad del aire es anulada en sus efectos, y la compresión producida por el móvil no tiene tiempo de alcanzar las capas de aire contiguas ántes de que éstas hayan sido comprimidas á su vez por el móvil. A causa de esta inercia, el aire se halla comprimido como lo sería en un pistolete de aire ó eslabon neumático.

Las estrellas errantes y los bólidos tienen un núcleo formado por el asteroide, y una atmósfera incandescente. Los bólidos no son otra cosa que estrellas errantes muy grandes, que se demuestran en la atmósfera de la tierra con mayor diámetro aparente, y que muchas veces tienen una trayectoria más larga. El meteoro desaparecería por estas dos causas: 1.ª, la completa volatilización de la materia que le compone; 2.ª, la rotura del núcleo, bajo la enorme presión formada por la resistencia del aire. Sus fragmentos son lo que se llaman aereolitos y meteoritos.

Los aereolitos, que parecen en una misma noche como procedentes de un mismo sitio por un efecto de perspectiva, se mueven en direcciones marcadas, según líneas que unen los puntos radiantes en el lugar ocupado por la tierra. Año tras año se encuentran á enjambres esos aereolitos que circulan por el espacio en largas cadenas, las cuales emplean años y aún siglos en desfilarse al paso del planeta. Algunas de estas cadenas son más densas y causan las apariciones atmosféricas más brillantes, á modo de lluvias de estrellas como la que ocurrió, por ejemplo, el 12 de Agosto.

Se deduce de las observaciones que la velocidad relativa de los asteroides, aquella con la cual penetran en la atmósfera, es en general una velocidad llamada parabólica, la cual es igual á la velocidad propia del planeta, ó 29 kilómetros multiplicados por la raíz cuadrada de 2, ó sean 41 1/2 kilómetros por segundo.

Esta velocidad, que ha sido calculada por distintos astrónomos, como comprendida entre 12 y 71 kilómetros por segundo, fija la naturaleza de las órbitas descritas en el espacio por los asteroides. Son, según M. Chapel, parábolas cuyo foco está en el centro del sol y cuyos elementos están determinados, puesto que se conoce su punto de en-

cuentro con la órbita terrestre y la tangente tirada en este punto, ó sea la línea dirigida al punto radiante del grupo de asteroides que se considera.

Esta ley no pasa de ser un término medio, pues la velocidad relativa no es siempre la velocidad parabólica. Ciertos enjambres de asteroides circulan por elipses alargadas, lo que explica la vuelta periódica despues de cierto número de años de ciertos enjambres. Hay uno que se observa cada 33 años hacia mediados de Noviembre.

La naturaleza química de los meteoritos ha sido estudiada por varios sabios, entre otros, por M. Daubrée. Se componen principalmente de hierro metálico, y además, se ha reconocido en ellos la presencia de otros 24 cuerpos simples, ninguno de los cuales es extraño á nuestro globo. Hay grandes analogías entre los meteoritos y varias rocas de la corteza terrestre, pues no solamente contienen los mismos cuerpos simples, sino que los tres cuerpos predominantes en los asteroides, el hierro, el silicio y el oxígeno son también los que predominan en nuestro globo; y además se encuentran especies de minerales comunes y asociados del mismo modo. Es también digno de notarse, que las rocas que ofrecen estos rasgos de analogía con los meteoritos, pertenecen á las regiones profundas del globo, pues son lavas ó rocas peridóticas, cuyo asiento tiene lugar por bajo del granito.

Aparte de las analogías, hay diferencias también dignas de atención, entre otras las relativas al estado de oxidación del hierro. Este jamás se halla en estado nativo en nuestras rocas, así como tampoco el fosforo de hierro y de níquel, casi siempre asociado á los hierros meteoríticos y reemplazado por los fosfatos, sobre todo en las rocas silicatadas básicas.

¿Tienen los meteoritos influencia notable en el régimen de los grandes cuerpos celestes? M. Chapel así lo cree, y juzga que, merced á sus enormes velocidades, constituyen una potente fuerza natural, fuerza perturbatriz cuya acción se extiende á todas las partes del mundo, constituyendo la causa primordial de varias plagas que afligen nuestro planeta. Generalizando tal vez demasiado, refiere á esta acción, no solo la luz zodiacal, cuya naturaleza es siempre problemática, sino las inmensas protuberancias solares que se observan en los eclipses y hasta las mismas fáculas y manchas solares.

Tan atrevidas y gratuitas parecen ser también sus hipótesis, suponiendo debidas á las mismas causas las súbitas condensaciones de los vapores acuosos en nubes de granizo ó de lluvia, así como las perturbaciones atmosféricas conocidas con los nombres de trombas y ciclones, y hasta los temblores de tierra.

Hay, sin embargo, en sus teorías mucho instructivo é ingenioso; y si bien no encierran toda la verdad, no dejan de tener una aplicación directa á la meteorología terrestre, muchos de cuyos fenómenos los estudia desde nuevos puntos de vista.

P. RUIZ ALVISTUR.

BIBLIOGRAFÍA.

El Folk-lore bético-extremeño (antes *frexnense*.) Número II y III.

A su tiempo anunciamos la aparición de esta interesantísima Revista, á la cual no pusimos más que un solo defecto: el largo espacio de tiempo en que privaba á sus lectores de su visita, pues sus condiciones de publicación sólo le permitían salir trimestralmente este deber de cortesía. De entonces acá han visto la luz dos nuevos números de *El Folk-lore frexnense*, confirmado el último de éstos con el nombre de bético-extremeño, por haberse hecho órgano de ambos centros folk-lóricos.

Muchas y variadas en verdad son las materias que contienen estos dos cuadernos, de 80 páginas de abundante y provechosa lectura, y puede desde luego asegurarse que, lejos de decaer el interés que en nosotros despertó la lectura del primer número, este interés ha ido, por el contrario, en aumento, y cada vez más nos congratulamos de la existencia de esa Revista, que desde el punto de vista del saber popular viene á llenar en nuestra patria un vacío que se hace más de notar desde que causas independientes de su voluntad obligaron á la sociedad de Folk-lore andaluz á suspender la publicación del que era su órgano en la prensa. No con el detenimiento que la importancia de sus trabajos requeriría, sino con la brevedad que el espacio de que podemos disponer nos impone, vamos á ocuparnos en el contenido de los dos números citados de la Revista folk-lórica.

Un aplauso, ante todo, al Sr. D. Matías R. Martínez que continúa animosamente la tarea que ha emprendido de tratar las fiestas populares en Extremadura, y despues de haber dado á conocer en el número primero una muy característica que ya analizamos, *El paso de la Santa Cruz*, examina ahora otras dos solemnidades igualmente dignas de ser estudiadas con detenimiento: *La fiesta de los pilares* y *El toro de San Marcos*, que se celebran en Burguillos y Brazas respectivamente, la víspera del día de San Juan y el mismo día de San Marcos.

Grande es la importancia del estudio á que el señor D. Matías R. Martínez se dedica con tanto acierto; un eminente escritor italiano, maestro celebrado y reconocido como tal por todos los folkloristas europeos, dice á propósito de esto: «Gli usi, le cerimonie, le superstizioni che si legano alle varie feste popolari dell'anno, per istrano e incomprendibili che sembrino, hanno molta importanza per la storia dell'uomo; e sarebbe troppa ingenuità il vedere in essi nient'altro che usi, cerimonie, superstizioni insignificanti perché incomprendibili, e perché tali, da disprezzar-

si.» (1) Esos usos, esas ceremonias, esas costumbres que á las veces se nos antojan absurdos, porque no vivimos en el pueblo que las dió vida, ni sentimos como sentían los que las instituyeron, son, como las supersticiones populares, ecos perdidos, trozos sueltos de una misma historia variada y entretenida para los que sólo por curiosidad la examinan, grave asunto de profundas meditaciones, para los que á ellos acuden en busca de datos con que fijar la filiación de los pueblos y llegar á reconstruir, en lo posible, la historia no escrita de las primeras sociedades.

Muchas veces hay en esas fiestas que celebramos hoy por la única razón de que también las celebraban nuestros padres, costumbres que chocan con nuestro actual estado de civilización: buscamos concordancias en cuanto conocemos, y no las hallamos, hasta que, por fin, un día, en la relación de un viajero que recorre países extraños, en el volumen de historia que describe la índole y modo de ser de razas desaparecidas, encontramos la misma costumbre y con ella la explicación que con empeño perseguíamos. Tanto abundan los ejemplos de esta clase que solo la falta de espacio nos impide citar alguno de los muchos que por nosotros mismos hemos comprobado. El Sr. Martínez tiene condiciones de fiel narrador de fiestas populares. En sus artículos, el hecho que examina está descrito en todas sus partes, sin repeticiones cansadas, sin galas retóricas que sacrifiquen la verdad de la pintura al esplendor de la frase, sujetándose en todo á contar sencillamente lo que ve. Estas condiciones, que ya reconocimos en el número primero de *El Folk-lore Frexnense*, son ahora confirmadas plenamente.

La fiesta de los pilares describe una extraña costumbre no peculiar á Burguillos, sino á otros muchos puntos de España, según dice el autor del artículo. A las doce de la noche del día de San Juan, mozos y mozas acuden á la fuente para lavarse los ojos, persuadidos de que haciéndolo así se librarán todo el año de enfermedades de la vista. Dos horas antes se reúnen en la calle de los Pilares de Burguillos, y al son de un pandero, único instrumento de que en esta ocasión se sirven, cantan y bailan hasta la media noche en que practican la tradicional ceremonia. El asunto principal de las coplas es el santo en cuyo honor se celebra la fiesta. El pandero se reduce á una piel estirada por medio de un marco de madera de figura cuadrada, y tiene pintado en su centro un sol, á la manera como el vulgo se representa al astro del día, esto es, un rostro humano rodeado de rayos y resplandores.

Esta condición indispensable, según el Sr. Martínez, á todo pandero de los que en tal día se usan, es digna de llamar nuestra atención por lo que se refiere al origen solar de la fiesta que el cristianismo adoptó poniéndola bajo el amparo del Bautista.

Muchas son las propiedades medicinales que tiene el rocío de la noche de San Juan: una de ellas, muy curiosa, es curar la sarna, pues los que padecen esta enfermedad y en el momento de las doce se desnuden y se revuelquen por un campo en que haya mucha hierba, se verán libres de ella (2). En Italia, las aguas de algunos pozos milagrosos sirven ese día para que los creyentes se laven diversas partes del cuerpo enfermas, con objeto de que sanen. Y puestos ya en el camino de concordancias, indicaremos al Sr. Martínez un dato estremadamente curioso que hace unos días hemos hallado en una interesante obra de Reville (3). «La luna es para los caribes un sér masculino, un *Deus lunus*. Celebran con danzas los primeros cuartos y se frotran los ojos con el rocío que cae en este momento, porque le creen infalible contra las enfermedades de la vista.» No hay que decir que apuntamos la cita sólo como mera curiosidad y no con objeto de buscar analogías y comunidades que tal vez no existen; pero no deja de ser digno de mencionarse que en punto tan distante de nosotros, se dé también importancia al rocío de un día determinado y se le reconozca iguales propiedades curativas para una misma enfermedad.

El toro de San Marcos es fiesta no ménos digna de referirse y que se celebraba antiguamente en Brozas (Cáceres) y en otros pueblos extremeños y portugueses. El día del santo Evangelista, y por permisión divina, se amansa un toro bravo, de tal suerte que va á la iglesia, asiste á la Misa Mayor que en honor de San Marcos se celebra, va en procesión hasta la iglesia, sube las gradas del altar y besa el ara, y se deja tocar y estrechar por la gente, llegando hasta el extremo de alzar la cabeza para no herir á nadie con los cuernos en las grandes apreturas; y terminada la misa, y á una señal que le hace el mayordomo, sale de la iglesia, recorriendo en un momento su ferocidad perdida. Lo cual dá público manifiesto de la grandeza del santo. Nada sabe el señor Martínez sobre el origen de esta fiesta, y nada podemos decirle, porque nada hemos oído, pero el asunto bien merece que se tome el trabajo de investigar y poner en claro, en números sucesivos de la Revista, cuanto haya sobre el particular.

Por de pronto, la fiesta tiene analogías en otros puntos y otras épocas.

Leite de Vasconcellos, que trata de esta fiesta en su preciosa obra (4), la refiere así: Em Alter-do-Chão entra na «greja o boiinho de San Marcos, á que os emprezadores «(irmãos de San Marcos) dizem, batendo-lhe com umas varinhas:

«Entra, Márcos,

«Em louvor do sehnor San Márcos.

«O boi chega até ao altár-mór. Depois la festa offere-se «ao santo muitos bezerros que tambem fazem á sua entrada no templo.»

Sin que yo quiera emitir acerca de esto alguna hipótesis que sería en extremo aventurada, creo ver en el paseo del toro por las calles de la ciudad, estrechado y oprimido por

(1) Pitré: *Spettacoli e feste popolari*.—Pág. XI.

(2) *Supersticiones populares*, por L. Giner Arivau. Sup. 555.

(3) *Les religions des peuples non-civilisés*. Vol. I, página 349.

(4) *Tradições populares de Portugal*.

las turbas, algo más que un movimiento de curiosidad; tal vez sea una huella de paganismo, de un antiguo culto al toro, como algunos autores se explican el paseo del *buey gordo* por las calles de los pueblos franceses el día de Carnaval. En Marsella se pasea también á este animal la víspera y el mismo día del Corpus, al son de flautas y timbales, y según un acta del siglo XIV, últimamente descubierta, el origen de esta costumbre es que, habiendo querido los cofrades del Santo Sacramento dar un convite á los pobres, compraron un buey y lo pasearon por todo el pueblo; la idea gustó, y al año siguiente se repitió la fiesta que así se ha conservado hasta nosotros. Desde entonces se han forjado en torno al animal diversas supersticiones. (4) Vea el señor Martínez si en algo pueden servirle estas noticias que, al correr de la pluma, le transmitimos.

Quizá sea preciso ver en el acto que el toro realiza algo así como un homenaje que siente el Dios antiguo á la religión nueva: de este modo se explicaría la mansedumbre del animal mientras va á la iglesia, y el furor que al salir de ella le domina.

No es la *fiesta de los Filares*, ya descrita, el único artículo que publica la Revista referente á la noche de San Juan. También inserta un erudito pasaje de la obra de Rodrigo Caro, *Días bárnicos y geniales*, y que trata de las hogueras que esta noche se encienden en los lugares y las aldeas; y el principio de una bella monografía de Consiglieri Pedroso, famoso folklorista portugués. En el primer estudio afirma su autor que «las grandes hogueras que hace la gente rústica y mozuelos, por cima de las cuales saltan con mucha porfía y regocijo, aunque hoy no tienen humo de gentilidad, es costumbre traducida de ella hasta nuestra edad continuamente.» El autor portugués, aunque manifestando su desconfianza ante los que dan un origen solar á todos los mitos, reconoce en la fiesta de San Juan una antigua fiesta del sol, y hace suyas estas palabras del sábio Afanasiew: «El sol, estinguendo la plena manifestación de su fuerza creadora, se inclina hácia la tierra y cada día va perdiendo más y más su fuego vivificador; los días empiezan á decaer y las noches á aumentar. Esta vuelta del sol, es decir, su ida para la larga carrera invernal es acompañada de celebraciones populares que coinciden con el día de San Juan Bautista. Las llamas de las hogueras hechas en la víspera de este día, son una representación simbólica del abrasador sol de Junio.» La inserción se detiene en lo más interesante: en las supersticiones con que el pueblo portugués conmemora ese día tan señalado en los fastos populares.

Literatura popular gallega llama el Sr. Leite de Vasconcellos á algunos elementos folk-lóricos que inserta en el número II de *El Folk-lore bético extremeño*. Empieza diciendo que el gallego es un dialecto del portugués y no del castellano, «como muchos autores lo consideran,» y se extraña de que los gallegos usen algunas palabras castellanas. Dios le perdone al distinguido literato portugués esas extrañas opiniones, en gracia siquiera á su patriotismo y á los buenos servicios que presta á la ciencia del saber popular. Su trabajo comprende unas cuantas coplas, adivinas, un romance, algunas notas sobre *costumbres gallegas*, y otro romance portugués, en que se cuentan las desventuras que, contra lo que reza el Santoral, supone el pueblo que afligieron á Santa Catalina. En Castilla también se canta ese romance, tal como le damos á continuación:

Version portuguesa.

Tá, na cidade de Roma,
cidade tão celebrada,
havia uma creatura
Cathorininha chamada.
Assim que amanecia
um rosario offercia;
sua mãe a castigava
que deixasse a fé de Christo
é fosse perra malvada.
Quando seu pae soube d'isto
não lhe tornou á dar nada;
mandó fazer uma roda
de cutelos é navalhas
prá castigar Cath'rininha
á ver se á atormentava:
un anjo rein do ceu
toda á roda espedaçou
e lhe disse. «Alto, alto
Cath'rina, Deus te chama!»
(Ella)
—Venha papel é tinteiro
quero fazer minha manda,
quero deixar quanto tenho
á uma pobre cristana.
O meu cabelo estrançado
espalhado pela rua...
que saiba o perro do meu pae
ao que chegó minha ventura!

VERSION CASTELLANA.

En Cádiz hay una niña
que Catalina se llama:
su padre es cazador de perros,
su madre una renegada.
Todos los días de fiesta
su madre la castigaba,
porque no quería hacer
lo que su padre mandaba.
La mandó hacer una rueda
de cuchillos y navajas;
la rueda ya estaba hecha,
Catalina arrodillada.
Y bajó un ángel del cielo
con la corona y la palma:
—Sube, sube, Catalina,
que Dios del cielo te llama.—

(4) *Dict. des Scienc. Ocult.* par l'abbé Migne.

Otro escritor portugués muy apreciable, el Sr. A. T. Pi-rés, dá á luz una numerosa colección de *Cantares populares portugueses* referentes á San Juan y San Antonio. Uno y otro se presentan con su carácter principal de santos casamenteros.

—Santo Antonio do convento
não tem velas no altar;
heide-me casar este anno,
heida-lh' as mandar prantar.

—San João casae as moças
que vos, santo, bem podeis,
casae-as de quinze annos
que vão pra os dezaseis.

y también como protectores de las jóvenes:

No altar de Santo Antonio
'sta um vaso de açucenas
onde vão as moças todas
á chorar as suas penas.
No altar de San João
nascem bellas cerejeiras,
San João subiu ao ceo
á pedir pelas solteiras.

Algunos de estos cantares describen supersticiones referentes á la fiesta de este santo:

Na noite de San João
muita pancada levei
por causa d' uma alcachofra
que p' r'o meu amor deitei.

Ae veem as três Marias,
na noite de San João
á ver s' as alcachofras
'stão floridas ó não.
Ellas não 'stao floridas,
ellas poem se á chorar,
dizem umas par' as outras:
San João não nos quer casar.

Es una colección muy interesante y hecha con gran acierto y que quiséramos ver continuada.

Nos falta espacio para hablar de otros trabajos no menos merecedores de aplauso, como *Cien refranes andaluces*, de Rodríguez Marín, en los cuales resplandece el buen sentido del pueblo que le hace decir:

—Más vale cagarruta de oveja que bendición de obispo.
—Rio, rey y religión, tres malos vecinos son.

También debemos notar los *Dictados tópicos de Aragón*, por D. Joaquín Costa; *Refranes y dichos locales extremeños*, por D. M. N. M.; un concienzudo trabajo sobre *La Cancion del Rey Renand*, por nuestro querido amigo el señor Machado y Alvarez, iniciador del Folk-lore en España; dos pequeños estudios sobre unos romances tradicionales, *Mañanita, mañanita y Camina don Bueso*, que firman respectivamente Micrófilo y L. Giner Arivau, y las bien escritas *Misceláneas*, suscritas por don Sergio Hernandez y otros varios señores de quien sólo podríamos citar las iniciales.

Resumen de nuestro juicio: los dos últimos números de *El Folk-lore bético-extremeño* nos han gustado mucho. La Revista se mantiene á la altura á que se elevó á su aparición, y formará un rico archivo de preciosos materiales que ha de ser muy buscado por cuantos quieran estudiar el saber popular. Una falta encontramos en ellos, y vamos á decirselo francamente, porque la franqueza debe ser la primera cualidad de los verdaderos amigos. En los números 2 y 3 de la Revista folk-lórica extremeña faltan un cuento de Sergio Hernandez, tan lindo como los *Tres claveles*, publicado en el primero, y un trabajo de Romero y Espinosa, tan concienzudo como el que hizo en dicho primer número sobre *dictados tópicos*.

EUGENIO DE OLAVARRIA Y HUARTE.

FOLK-LORE.

CUENTOS POPULARES. (1)

I

Este era un rey con una hija, el rey quería que se casara; pero la princesa no quería casarse; y por más que el padre la instaba y traía retratos, ella no permitía; pues á las muchas instancias del padre, que era menester que se casara, le dijo á su padre: «ha de ser para casarme con uno que me acierte tres cosas.» Pues, señor, el rey dió el edicto por todo el reino, y fueron viniendo á ver cuál adivinaba las tres cosas, que eran: un ramo de todas flores, un cordón con veintinueve cabetes y una cesta con todas aguas. Pues, señor, que viniendo uno dirigido á Palacio, se encuentra una casa de campo, y en ella había un zagalon como de diez y ocho años, y llega:—¡Hola! ¿Quién va allá, qué hace usted?—¿Qué quiere usted que haga? Aquí estoy comiéndome al que sube y esperando al que baja.—¿Qué será eso? Parece una cosa grande. Hombre, dime lo que es eso.—Una cosa muy fácil,—contestó el muchacho—mire usted lo que hago: aquí estoy guisando este puchero, y le dije á usted que me estaba comiendo al que subía y esperando al que bajaba. ¿Le ha parecido á usted un mundo? Pues mire usted, estoy comiéndome los garbanzos que suben al hervor, y aguardando á los que bajan, para comérmelos cuando vuelvan á subir.

—Hombre, pues me parece que yo he venido bien á esta casa, pues has de saber, mozo, que vengo en busca del palacio del rey para ese edicto que tiene dado por el reino, que al que acierte las tres cosas que la princesa tiene notado, se

(1) La falta de espacio nos impide hoy hacer el examen detenido que merecen estos cuentos. Lo aplazamos para uno de los próximos números de LA AMÉRICA, limitándonos por ahora á insertar los cuentos tal y como nos han sido transmitidos por nuestra señora madre que, á su vez, lo ha copiado fiel y escrupulosamente, aun con sus repeticiones de la tradición oral.

casa con ella: ya ves tú si es negocio lo que me trae por aquí; pero, ¿quién será capaz de acertar eso?—Pero, caballero, ¿qué son esas dificultades que Vd. pone?—Hombre, ¿no las he de poner? Son tres cosas, que te las voy á decir. Pues mira, hombre, las tres cosas son: una que tiene que llevar un ramo de todas flores, una cesta de todas aguas y un cordón con 21 cabetes.—¡Hombre! Caballero, ¿Y esas son las dificultades que Vd. me impone? Pues mire Vd. Un ramo de todas flores, presenta Vd. un panal de las abejas y en medio una flor de adelfa, porque de esta no come. La cesta de todas aguas lleva Vd. un puñado de sal. El cordón de 21 cabetes lo lleva consigo, pues las manos, los pies y el centro lo componen.—Pues, hombre, si te vinieras conmigo y me casara con la princesa, te hiciera mi tesorero mayor.—Pues, caballero, voy á dar á Vd. gusto, porque creo logrará Vd. casarse con la princesa.

Llegaron á Palacio y piden licencia para pasar adelante. A la orden que tenía el rey dada por edicto, pase usted adelante, caballero,—y le hicieron entrar en el salón de audiencia, á donde entraban todos los caballeros.—¿Qué trae usted, caballero?—le pregunta el rey.—Vengo á presentar adivinadas las tres cosas que quiere la princesa se acierten.—Pues deje usted pasar al mozo con las flores y la cesta que el cordón de veintinueve cabetes soy yo.

Todos los caballeros y el rey aceptaron el que se casase aquel señor con la princesa. Se hizo conocer á la corte el casamiento, y á poco se celebraron las bodas.

Viviendo casados tan á gusto, había un conde que había estado enamorado de la princesa, y jamás aceptó oferta alguna con el conde.

Lleno de envidia el conde y ya perdidas las esperanzas de casarse con la princesa, buscó trabas á ver si podía hacer suya á la princesa. Tenía un caballo muy bueno el conde, sobresaliente de todos los de la corte, y paseándose con el caballo, se encuentra al príncipe con el suyo, lo saluda al príncipe y le dice:—¿Qué le parece á su alteza de estos dos bichos?—Muy buenos y primorosos, contestó.—¿Le parece á su alteza que publiquemos dar unas carreras con los caballos, haciendo una apuesta?—Convenido.—Dicha apuesta va á ser lo que yo imponga.—Bien, hombre, ¿qué es lo que va usted á imponer? El que gane la carrera, lo que agarre con la mano eso es suyo.—Pues señor, convenidos, se tiraron su guante, aceptando la oferta.—¿Y cuándo verificamos la carrera?—Dentro de tres días, en el Prado.—Convenidos. Se despiden y el príncipe llega á Palacio y participa á Juanillo (este era el nombre de su tesorero):—¿No sabes lo que traigo?—¿Pues qué trae Vd.?—Que he aceptado una carrera con el caballo del conde, y dentro de tres días se celebrará en el Prado.—¿Y nada más, nada tiene su apuesta también, y qué apuesta es?—Hombre, una cosa sencilla: que el que gane la carrera lo que agarre con la mano es suyo. Mira tú, le presento una talega de oro y cogerá un puñado.

Por vida de tantos y cuantos.—le contestó desesperado.—¿qué ha hecho usted, hombre? Pues que ya se quedó usted sin princesa.—Hombre que me has asustado.—Lo que le digo á usted.—Hombre, dame algun remedio.—Pues señor, cuando se marche usted á la apuesta le encargó usted á la princesa que lo que yo le mande lo haga.—Convenido, hombre. Va, que llegó el término para la carrera, y como era una cosa tan notada, fué un día muy festivo y hasta los trabajadores dejaron de sus faenas y iba mucha gente á ver aquella apuesta del príncipe con el conde, sabiendo que el que ganase la carrera cogería y sería suyo lo que agarrase con la mano. Despidiéronse el conde, y Juanillo le encargó muy asustado no perdiese de vista á la princesa. Vaya usted descuidado á su carrera. Despidiéndose de la princesa encargándole lo que le había notificado que obedeciera á Juanillo:—Descuida, príncipe, le dijo ésta.

Enseguida Juanillo llama á un albañil y le manda que el balcón que caía al Prado, adonde había de estar asomada la princesa cuando volvieran el conde y el príncipe, le dejase descolgado quitase la reja al balcón: enseguida, hecha esta operación, manda Juanillo á la princesa que se ponga en el balcón, enseguida Juanillo pone una escalera debajo del balcón y Juanillo al pie de las escaleras. Ganando la apuesta, el conde se conceptuaba ya que la princesa era suya; á la carrera y desparovido venía corriendo á dar con la princesa, y toda la gente detrás deseosa de ver lo que iba á coger con la mano. Antes de llegar el conde á la princesa venía diciendo:—Princesa de mi vida, princesa de mi alma, ya eres mía;—y llegando debajo del balcón con su caballo, se apea, y desatinado, corre á dar con la princesa: llega á las escaleras adonde estaba Juanillo.—Eh, señor conde, ¿á dónde va Vd.?—Por la princesa, que es mía, que la he ganado.—¿Y cómo ha sido esa apuesta?—El que ganare la carrera, lo primero que agarrase con la mano era suyo, y voy á agarrar á la princesa.—Pues para subir por la princesa, lo primero que ha cogido con la mano es la escalera, cargue usted con ella. Entonces todos se burlaron de él y le iban diciendo:—El conde con las escaleras, el conde con las escaleras, haciéndole burla. El príncipe se quedó encantado con Juanillo, que fué al que recurrió en todos sus apuros, de los que siempre le sacó con su ingenio.

II

En este pueblo todos los años se hace una función al Santo, y un niño le dijo á su madre que quería ir á la función; su madre lo vistió con su tragecito nuevo y le dió una rebanadita de pan para no entretenerse en hacerle de almorzar: habiéndolo vestido de mozo, tan limpiito, al entrar en la iglesia había un charco, y el pobre iba por las piedrecitas con mucho cuidado para no mojarse; pero se cayó y se mojó toda la ropa nueva. El pobrecito, como niño, no hacía más que llorar, y no atreviéndose á ir á su casa, dijo: «pues me voy á una era, pues como es verano, allí me desnudo y pongo mi ropa á secar;» ya era por la tarde, y el pobre tenía tanta hambre, pero todavía no estaba la ropa seca. Esperando, vió venir á un fraile y una monja, que por detrás de la parva tendieron un mantel y empezaron á sacar lomo, chorizos, gallinas y muchas cosas buenas.

El muchacho, como estaba hambriento, todo se le volvió alargar la cabeza, contentándose con oler. Una vez, cuando se asomó, se cayó el haz de trigo en que se apoyaba

y el muchacho rodando tras él. Entonces el fraile y la monja dijeron: este es el demonio, —y echaron á correr dejando todo allí. El pobrecito entonces estuvo comiendo, despues se puso su ropa y echó andar por el caminito alante, perdido andando, andando, se encontró con un colmenar, y dijo: Vaya, aunque sea solito, aquí me voy á quedar, y por miedo á que lo cogiese algun lobo estuvo registrando las colmenas y se metió en una que estaba vacía; cuando á poco rato de estar dentro siente gente, la voz de tres hombres, uno de ellos decía: Sópelas, y la que pese más, te la traes, que esta noche nos vamos á dar una buena hartada de miel.

Se la echa uno al hombro, y otro le dice: mira no te piquen las abejas. Entonces, el muchacho sacó un alfiler, y de cuando en cuando lo pinchaba, él se quejaba y los otros le decían: aguántate hasta el charo, y allí las ahogaremos. El muchacho, oyendo esto, empezó pinchar que pincha á más y más. Entonces el hombre tiró la colmena y se marcharon por miedo á que se saliesen las abejas y se enredasen con ellos. Habiéndose marchado los hombres, se salió de la colmena y siguió un camino que lo llevó á un pueblo que él no conocía; pero, rendido de sueño, se quedó dormido en los portales de la plaza. Pasaron por allí dos hombres, y como era forastero, dijo uno á otro: este chiquillo es lo que nos hace falta; entonces lo llamaron y le digeron: vente, que te vamos á comprar un cuarto de castañas. Pues el día antes se había muerto una señora muy poderosa, y la habían enterrado con muchísimas alhajas.

Llevaron los hombres al niño á la iglesia, y le hicieron entrar en la bóveda, dándole un pañuelito para que trajese en él todas las alhajas que tenía puestas una señora que estaba allí dormida; y estando en esto oyeron ruido los hombres y echaron á correr. Los que venían también era á robar las alhajas á la muerta. Conque uno de los hombres le dijo al otro, baja tú; yo no bajo, dijo el otro; es preciso que uno bajemos, baja tú, hombre; echó los piés, y el muchacho que estaba deseando salir de allí se cogió á las piernas de aquél, que espavorido le decía al compañero: Tira de mí, que me agarra, que no está muerta. Tira el compañero del que bajaba y sale también el muchacho agarrado echando á correr enseguida con su pañuelo agarrado.

A el muchacho salieron los padres en su busca y con requisitorias lograron encontrarle; él les contó cuanto le había sucedido, y les entregó las alhajas que le obligaron á coger.

III

Una madre llevó á su hijo á la barbería del maestro Longinos para ver si lo quería tomar de aprendiz, se quedó en la casa, y á medio día, cuando le dieron de comer, se fué con su plato al umbral de la puerta y comenzó á llorar. Pasó una mujer: ¿por qué lloras, hijo? porque me han echado tocino y á mí no me gusta; pues no lo comas, le dijo la mujer. La maestra le dijo que no se lo volvería á echar. Al otro día la maestra echó el mismo tocino, pero con intención de no echárselo á él, pues cuando llegó la hora de comer no había ningun tocino en la olla. Y dice la maestra: el tocino hoy se habrá deshecho; pues echa mañana doble, le dijo el barbero, pues lo echaron; al otro día tocino ninguno, y muchos días lo mismo, hasta que el maestro dijo, yo voy á estar en observacion hasta ver en qué consiste: se metió en una alacena á esperar, y vé que entra el que no le gustaba el tocino.

Entro por mi cocina, me quito mi montera, á un lao señá cobertera, á otro lao señor navo delgaio, á lo jondo señor navo gordo; á un lao señora carne, dese Vd. preso señor tocino: ¿á quién? al oficial del Sr. Maestro Longinos. Al tiempo de irselo á comer salió el maestro y le dijo: ¿con que tú eras el que lloraba porque te echaban tocino? y lo santióguó bien. El chiquillo se fué á su casa. La madre, como tenía tanta pobreza, volvió á suplicarle al barbero para que lo tomase de nuevo; bueno, dijo el barbero, pero con una condición, que me ha de hacer un encargo: toma estos ocho cuartos, traes dos de naa, dos de no naa, dos de queso y dos de hay; le dió los ocho cuartos y una servilleta en que lo trajese.

A la primera tienda que llegó pidió dos cuartos de naa, y le dieron una felpa que lo puso como nuevo, pero él llorando pidió otros dos de no naa y le volvieron á pegar; pidió los dos de queso y se lo despacharon, ya los dos que faltaban de hay, le dijeron allí no se vendía, pero no le pegaron. Rendido de los palos que le habían dado, se sentó al pié de una fuente y encuentra allí una conchilla nadando en la fuente, y dijo: esta naa, y la metió en la servilleta, despues echó una chinilla en el agua, y dijo: pues esta no naa, pero me faltan los dos cuartos de hay, y sino los llevo me van á pegar. Se tiende aburrido y al poner la mano en el suelo, se clavó un cardo correoso y dijo: hay, pues ya están aquí los dos cuartos que faltaban.

El maestro, no aguardaba que él llevase aquello que sólo se lo mandó como pretesto, no trayéndolo, para despedirlo. Cuando vino le entregó la servilleta; se enteró de que traía los seis cuartos primeros, que el concho naa, que la piedra no naa, que el queso estaba allí; pero le dijo el maestro que le faltaban los dos cuartos de hay: pues meta Vd. la mano que ahí dentro está. ¡Ay, ay! dijo el barbero, hincándose el cardo correoso; pues ya ve Vd. como no falta nada. El maestro, viendo era tan ingenioso, lo dejó de aprendiz en su casa.

Por la copia
A. MACHADO Y ALVAREZ.

ELEGIA II.

(DE GAUTIER.)

Ingrate..., pour t'avoir bien servie
adorant ta beauté,
je vois bien qu'á la fin tu m'oteras la vie
après la liberté.

DE LINGENDES.
...Je l'adore et meurs de trop aimer.
PHILIPES DESPORTES.

¡Otra vez su recuerdo! Yo quisiera
olvidarla ó no haberla conocido...

si sospechado hubiese que en mi pecho iba á prender el fuego corrosivo de la ardiente pasión que lo devora y que no ha de extinguirse, mi martirio no hubiera comenzado, pues torciera de repente al hallarla en mi camino. Pero no; ya mi suerte estaba echada: inútilmente me sublevo y grito. Lo que ha de suceder, siempre sucede; mi desgraciada suerte así lo quiso.

.....
Iba siempre á sentarse, por la tarde, bajo la fresca sombra de los tilos y allí la contemplaba trasportado: su pura frente—vaso alabastrino—donde iban á pintarse, pudorosos, sus pensamientos, de rubor teñidos; bajo el arco atezado de las cejas los centelleantes fuegos diamantinos de sus hermosos ojos, que en silencio un idioma me hablaban expresivo; su candidez y su infantil gracejo, el aire melancólico y altivo que se pintaba en su semblante... todo á la embriaguez llevóme y al delirio. ¡Cuánto sueño de amor y de esperanza acaricié pensando en sus hechizos! Y aunque ella para mí lo fuese todo para ella no fui nada. Sólo he sido sombra y espejo fiel de sus afectos: brotaba con su llanto el llanto mio, y en mi boca saltaba la sonrisa al brillar en sus lábios purpurinos. Fundióse con su vida mi existencia y una loca esperanza mi delirio acarició; la de inflamar un día su corazón helado y tornadizo. Pero, incapaz de comprender mi afecto, á una pasión tan pura sólo quiso responder con la vaga indiferencia, el torpe menosprecio y el desvío, ó quizás con el odio... Yo quisiera olvidarla ó no haberla conocido.

CANCION.

(DE MUSSET)

Buscando la respuesta apetecida
le pregunté á mi frágil corazón:
¿no es bastante un amor para esta vida?
Correr tras la mudable variación,
¿no es malgastar, al fin de la partida,
el tiempo del placer en la ilusión?

No es bastante un amor para esta vida;
no es bastante: —me dijo el corazón.—
Cuando ya va la dicha de partida,
correr tras la mudable variación,
¿no es hacer dulce, amable, apetecida
la memoria de un bien que es ilusión?

Y volviendo á mis dudas, con presteza
le pregunté á mi frágil corazón:
¿no es bastante sufrir tanta tristeza?
Correr tras la mudable variación
¿no es ir buscando con tenaz firmeza
de nuevos sufrimientos la ocasión?

No es bastante sufrir tanta tristeza;
no es bastante: —me dijo el corazón.—
Cuando el dolor á mitigarse empieza,
correr tras la mudable variación,
¿no es despojar de su árida corteza
la manzana fatal de la ilusión?

LAS PALOMAS.

(DE GAUTIER.)

Sobre el ribazo donde están las tumbas
verde penacho flota:
es la palmera que gentil levanta
hasta las nubes su ondulante copa.

Allí todas las tardes
se guarecen y anidan las palomas.

Pero al salir el sol, las ramas dejan;
se desparraman todas
—lo mismo que un collar que se desgrana—
del aire azul por las serenas ondas,
yendo á posarse juntas
allá muy lejos, en las pardas chozas.

Un árbol es mi alma, donde anida
—cual banda de palomas—
que baja de los cielos por la tarde—
alado enjambre de visiones locas,
para salir volando
á los primeros rayos de la aurora.

LUIS ROMERO Y ESPINOSA.

UN MOMENTO.

—¡Uno más, uno más!—ruego anhelante
cuando de mí te alejas, vida mía,
y—no entiendo, dijiste el otro día,
por qué das tal valor á un solo instante

Un instante, mi bien, para el que amante
gozara de tu dulce compañía,
compendia muchos siglos de alegría;
é ignoro si aún te digo lo bastante.

En uno se termina la existencia
del sér amado, y dobla, de uno el peso,
la robusta cerviz de una conciencia;

Más vale para mí, te lo confieso,
porque—¡acaso lo ignore tu inocencia!—
basta uno solo para darte un beso.

ANAXARETEA.

A fuerza de desdenes
de su ninfa adorada,
Ífis se dió la muerte,
ahorcándose á la puerta
de su beldad ingrata,
cruel Anaxaretea.
Insensible mirólo
la niña de ojos negros
y de cabellos de oro;
y Vénus, indignada
de ver tanta perfidia,
unida á tanta gracia,
la chiprense doncella
de la raza de Teucro
convirtió en dura piedra.

Hé aquí por qué, bien mio,
aunque me olvides, pérdida,
á vivir me resigno.
Pues gozoso muriera
por tí, si no temiera
que algun Dios irritado
en mármol convirtiera
tu corazón helado.

A MARIA.

I

Esos divinos ojos
vuelve á la tierra, pródiga de flores,
y cesen tus rigores;
¿quién no olvida, mi cielo, sus enojos
al llegar la estación de los amores?

Las luces indecisas
del crepúsculo, el mar, la fuente, el prado,
el viento perfumado...
ménos tu lindo rostro de sonrisas.
—¿Lo ves?—lleno está el mundo á nuestro lado.

Cuanto en su linfa pura
guarda el mar, y en sus brazos la pradera,
y en su azulada esfera
el cielo, ¿no te dice que Natura
hizo para el amor la primavera?

De las flores al beso
el arroyo murmura, aunque se ufana;
dobla el tallo el rosal al dulce peso
del capullo de grana,
y las perlas que bebe la mañana...
Pero ¿qué sabe de eso
mi gentil y sencilla cortesana?

II

Cuando pienso, mi bien, en que estos brazos,
que dióme el cielo para darte abrazos,
no pueden abrazarte;
en que otros, más felices, á otro pecho,
no tan amante como el pecho mio,
te unen en lazo estrecho;
que á la luz de tus ojos
y al dulce néctar de tus lábios rojos,
el más indigno empleo
les dió la suerte, para darme enojos;
que no admira tu dueño tus hechizos;
que, esclavo sólo de brutal deseo,
rompe al acariciar, su mano ruda
la frágil hebra de tus blandos rizos;
cuando pienso en que... No, cese mi canto
hoy, antes de que acuda
á mis ojos el llanto.

Pues mi terrible suerte despiadada,
pensando en aumentar mis aflicciones,
me condena inclemente, prenda amada
á borrar con mi llanto mis canciones.

J. A. TORRE SALVADOR.

ADVERTENCIAS.

1.ª En adelante LA AMÉRICA se publicará los días 13 y 28 de cada mes.

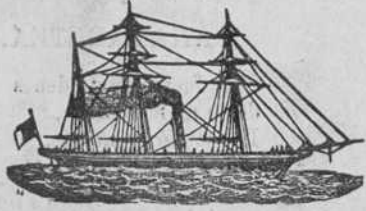
2.ª La Redacción y oficinas de nuestra REVISTA han sido trasladadas á la calle del Soldado, núm. 1 duplicado, principal.

ANUNCIOS.

Perfumería Victoria

DE RIGAUD Y C^{IA}
PARIS—8, Rue Vivienne, 8—PARIS

ARTÍCULOS EXTRAFINOS
Adoptados por la sociedad elegante de ambos mundos



VAPORES-CORREOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA.
(ANTES DE A. LOPEZ Y COMPANÍA).

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y
VERACRUZ. SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA
Y PACIFICO.

Salidas: de Barcelona los días 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27;
de Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.

Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten
carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.

Los que salen los días 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con
servicios antillanos de la misma Compañía Trasatlántica, en combinación
con el ferrocarril de Panamá y línea de vapores del Pacifico, toman pa-
saje y carga a flete corrido para los siguientes puntos:

LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Maya-
güez y Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevititas.
AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Car-
tagena, Colon y todos los principales puertos del Pacifico, como Punta
Arenas, San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina
Cruz.

NORTE DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Pa-
namá a California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco
de California.

SUR DEL PACIFICO.—Todos los puertos principales desde Pana-
má a Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica,
Iquique, Caldera, Coquimbo y Valparaiso.

Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—
Rebajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Ha-
bana, Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con
más comodidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.

SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los
cargadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de
destino.

Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.
En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.
En Barcelona, los Sres. Ripoll.
En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía,
En Cádiz, Delegacion Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

CASA GENERAL DE TRASPORTES

DE
JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID A ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3

EDMUNDO DE AMICIS

MARRUECOS

Traducción española, con permiso del autor, y noticia
biográfica del mismo, por

JOSÉ MUÑOZ CARRO

Un volumen de 450 páginas.—Se vende al precio de 3'50
pesetas.—Los pedidos acompañados de su importe á Victo-
riano Suarez, Jacometrezo, 72, librería, Madrid.

EL BANDOLERISMO

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

EX-DIPUTADO Á CORTES, EX-DIRECTOR DE PROPIEDADES Y DERECHOS DEL ESTADO
Y EX-GERENADOR DE CÓRDOBA

A esta obra se suscribe en Madrid, casa del Autor, calle de San Pedro
núm. 1, piso 3.º derecha.

Se han publicado la INTRODUCCION y los ORIGENES.
Cada una de estas partes consta de tres tomos, y constituye por sí sola
un trabajo completo, que puede adquirirse por separado.

Además se han publicado los cuatro tomos de que consta la PARTE
SEGUNDA, titulada NARRACIONES.

Se vende al precio de DOCE reales cada tomo, para los no suscritores,
en casa del Autor y en las principales librerías de España.

En las Antillas y Filipinas cuesta cada tomo á los suscritores un peso
en oro.

Agua de Tocador, Polvos, Jabon, Extracto, Cold-Cream y Aceite : al KANANGA del Japon — al YLANGYLANG
de Manila — al CHAMPACCA de Lahore — al MELATI de China, perfumes exóticos, propiedad exclusiva de RIGAUD y C^{IA}
— AGUA DE COLONIA DE LA MODA, deliciosa para el tocador — CREMA DENTIFRICA de Rigaud, blancura del marfil,
preservacion del sarro, limpieza dulce — DENTORINA de Rigaud, refresca el aliento, blanquea la dentadura, previene la cáries —
LECHE DE KANANGA contra las pecas, el paño, las eflorescencias, el asoleo, la tez barrosa, etc. — FLUIDO INDIO, para la
barba y el cabello — JABON MIRANDA, da un baño lechoso de suave fragancia — ACEITE MIRANDA, conservacion y
brillantez de la cabellera. — Perfumes para el pañuelo inalterables, moda parisiense: Reseda, Heliotropo blanco, Ixora de
Africa, Jazmin, Heno Cortado (New Mown-Hay), Opoponax, Tubereuse, Cillet, Aubépine, etc.

CAMPOAMOR

COLON.

POEMA

Esta obra forma un volumen de 284 páginas, esmerada-
mente impreso, y se vende al precio de tres pesetas en toda
España.

Diríjanse los pedidos á la librería de D. Victoriano Suarez,
Jacometrezo, 72, Madrid.

TRADICIONES

TOLEDO

POR

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Esta obra, tan encomiada por la prensa y que consta de 316 páginas
de esmerada impresion y excelente papel satinado, se halla de venta en
Madrid en las principales librerías al precio de diez reales.

Los Sres. Montoya y Compañía.—Caños, 1,—son los encargados de
servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

BIBLIOTECA DEMOCRÁTICA

TOMOS DE MÁS DE 100 PÁGINAS, 50 CÉNTIMOS DE PESETA

Obras de los Sres. Ruiz Zorrilla, Salmeron, Figueras, Labra, Carvajal,
Pedregal, Asquerino y otros distinguidos escritores demócratas.

Por suscripción á series de seis tomos, 2 PESETAS 50 CÉNTIMOS, previo
pago adelantado.

SE HA PUBLICADO

A SUS AMIGOS Y ADVERSARIOS

MANUEL RUIZ ZORRILLA

Folleto de Ginebra, impreso en Londres, y publicado ahora por prime-
ra vez en España. Obra interesantísima para los demócratas y cuya pri-
mera edición está próxima á agotarse.

OBRAS EN PREENSA

LA CONTRIBUCION ÚNICA Y DIRECTA, por D. Fernando Garrido.
LA LIBERTAD CIENTÍFICA Y RELIGIOSA, por Felipe Picatoste.
Los pedidos á M. Romero, Ventura Rodriguez, 8, barrio de Argüelles.

LA LÍRICA MODERNA EN ESPAÑA

POR

D. PLÁCIDO LANGLE

Forma un lindo folleto de más de 80 páginas que se vende á 6 rea-
les en todas las librerías.

BANCO HIPOTECARIO
DE ESPAÑA.

Préstamos al 6 por 100 en metálico.

El Banco Hipotecario hace actual-
mente, y hasta nuevo aviso, sus pré-
stamos al 6 por 100 de interés en efec-
tivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á
50 años con primera hipoteca sobre
finca rústicas y urbanas DANDO HAS-
TA EL 50 POR 100 de su valor, excep-
tuando los olivares, viñas y arbola-
dos, sobre los que solo presta la ter-
cera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anual-
dades, ó las que se hayan pactado,
queda la finca libre para el propieta-
rio sin necesidad de ningun gasto, ni
tener entonces que reembolsar parte
alguna del capital.

Lo que se pone por este anuncio
en conocimiento del público.

OBRAS NUEVAS.

GOTTSCHALCK, POR LUIS RI-
cardo Fors, miembro del Liceo y
Conservatorio de Música de Barcelo-
na del Ateneo de Madrid y de otras

corporaciones científicas y artísticas,
nacionales y extranjeras. Obra escri-
ta expresamente para LA PROPAGAN-
DA LITERARIA. Está impresa con
todo lujo, en un tomo de 400 pági-
nas, adornada con un magnífico re-
trato del celebrado pianista y una vis-
ta de la tumba en que descansa, abier-
tos en acero por uno de los mejores
artistas de Nueva-York. Está además
enriquecida con un fragmento de mú-
sica, autógrafa é inédita, del célebre
artista. El autor de esta obra, tan
competente en el arte musical como
apreciado del público, ha escrito una
interesante y minuciosa biografía del
eminente artista, con quien vivió lar-
go tiempo en Sur-América: á esta
biografía, formada con datos auténti-
cos, irá unida la historia anecdótica
de gran parte de las composiciones de
GOTTSCHALCK, reveladas muchas de
ellas en momentos de confianza por
el propio artista. La circunstancia de
que el autor de esta obra conoció in-
timamente á GOTTSCHALCK, facilita la
publicacion de los interesantes deta-
lles de su muerte y de infinitos actos
de la vida íntima del inspirado músi-
co, cuya existencia fué una serie no
interrumpida de accidentes á cual
más dramáticos é interesantes.

Puede asegurarse que el libro de
Sr. Fors sobre GOTTSCHALCK, es una
obra que buscan con avidez y leen
con placer los numerosos amigos del
gran artista norte-americano y los en-
tusiastas admiradores de su potente
génio y vastísimo talento. Reales.. 30

VIDA DE LORD BYRON, POR
Emilio Castelar. Esta obra del emi-
nente orador español, que la conside-
ra su autor como la más predilecta
entre todas las suyas, publicada con
todo lujo, forma un precioso tomo
en 4.º menor, de más de 200 páginas,
impresa con tipos completamente
nuevos y una elegante cubierta de
color.

Está adornada con un magnífico
trretrato del poeta inglés, abierto en
acero por el más célebre grabador de
Nueva-York. Reales..... 20

Los pedidos de cualquiera de estas
obras se harán á la sucursal en Ma-
drid de LARO PAGANDA LITERARIA,
calle de Leon, 12, principal, acompa-
ñando su importe en libranzas del Gi-
ro Mútuo ó sellos de correos.

LA AMÉRICA

Año XXIII

Este periódico quincenal, redac-
tado por los primeros escritores
de Europa y América, y muy
parecido por su índole é impor-
tancia á la REVISTA DE AMBOS
MUNDOS, se ha publicado sin in-
terrupcion durante veintitres
años. En él han visto la luz
más de ocho mil artículos, todos
originales y escritos expresa-
mente por sus numerosos cola-
boradores, lo que puede justifi-
carse consultando el índice que
figura al fin de cada tomo. Para
comprender toda su importan-
cia, bastará decir que el Gobier-
no español, años hace, lo ha re-
comendado de real orden á los
capitanes generales y gobernado-
res de la Isla de Cuba, Puerto-
Rico y Filipinas; así es que nues-
tra REVISTA UNIVERSAL cuenta
en dichos países con numerosos
suscritores, como en toda la
América, España, Francia, In-
glaterra y el resto de Europa.
El número de nuestros comision-
ados ó corresponsales excede
de 400.

LA REVISTA UNIVERSAL consta
de 8 páginas (4 pliegos mar-
ca española) y hace tres grandes
ediciones: una para España y el
extranjero, esto es, toda Europa
y Filipinas.

Otra que vá directamente des-
de Cádiz á Canarias, Puerto-Ri-
co, Cuba, Santo Domingo, Hai-
ti, Jamaica y demás posesiones
extranjeras en Ultramar.

Y otra por San Thomas para
la América Central, Méjico,
América del Sur y América del
Norte, aprovechando los vapo-
res-correos que parten de los
puertos de Inglaterra.

Precio de suscripcion en Espa-
ña, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuer-
tes.

Precio de los anuncios, 4 reales
línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.
Caño 1